AGATHA CHRISTIE

EL MISTERIOSO CASO DE STYLES

Selecciones de Biblioteca Oro

Hastings se está recuperando de sus heridas de guerra cuando recibe una invitación para visitar a sus amigos, la familia Cavendish, en Styles St Mary. Cerca de allí, como invitados de los Cavendish, se encuentra un grupo de refugiados belgas, y entre ellos, para sorpresa de Hastings, está su viejo amigo de la policía belga, el célebre detective Hércules Poirot.

A su llegada, Hastings encuentra mucha tensión en Styles. Emily Inglethorp, viuda de Covendish, posee el control de la gran fortuna familiar desde la muerte de su marido. Para disgusto de sus pródigos hijos John y Lawrence, se ha casado recientemente con Alfred Inglethorp, un hombre de aspecto y pasado dudosos, veinte años más joven que ella.

Una madrugada, todo el mundo se despierta con los ruidos que llegan de la habitación de la Sra. Inglethorp. Al abrir la puerta cerrada con llave, la encuentran sufriendo terribles convulsiones. La mujer grita el nombre de su marido y muere. Cuando el examen *post mortem* revela que la causa de la muerte es el envenenamiento por estricnina, Hastings avisa inmediatamente al famoso detective belga. A las pocas horas, Hércules Poirot emprende su primera investigación…

Agatha Christie

El misterioso caso de Styles

Hércules Poirot - 1

ePub r1.5
Titivillus 11.01.16

Título original: *The Mysterious Affair at Styles*
Agatha Christie, 1920
Traducción: Estella de Call
Ilustraciones: Dr. Doa

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra

ANNIE: Joven camarera de la familia Cavendish.

BAUERSTEIN: Eminente toxicólogo londinense, amigo de esta familia.

CAVENDISH (John): Hijastro preferido de la señora Inglethorp, que antes fue la señora Cavendish y madrastra de John.

CAVENDISH (Lawrence): Hermano del anterior, con el cual convive.

CAVENDISH (Mary): Esposa de John.

DORCAS: Antigua y fiel doncella de los Cavendish.

HASTINGS: El narrador de la novela, gran amigo y colaborador de Poirot por sus aficiones detectivescas.

HOWARD (Evelyn): Compañera y factótum de la señora Inglethorp.

INGLETHORP (Alfred): Secretario que fue de la viuda Cavendish y luego segundo esposo de ésta.

INGLETHORP (Emily): Vieja amable y generosa, esposa del anterior y madrastra de John y Lawrence.

JAPP (James): Inspector de policía de Scotland Yard.

MACE (Albert): Ayudante de farmacia.

MURDOCH (Cynthia): Protegida de la señora Inglethorp y enfermera.

PHILIPS: Fiscal.

POIROT (Hércules): Detective belga, protagonista de esta novela.

WELLS: Abogado de la señora Inglethorp.

WILKINS: Médico de cabecera de la familia Cavendish.

Capítulo I

LLEGADA A STYLES

El intenso interés que despertó en el público lo que fue conocido en su tiempo como «El caso de Styles» se ha apagado algo. Sin embargo, en vista de la resonancia mundial que tuvo, mi amigo Poirot y la propia familia me han pedido que escriba una relación de todo lo ocurrido. De este modo confiamos en acallar los escandalosos rumores que aún persisten.

Expondré brevemente las circunstancias que me llevaron a relacionarme con el asunto.

Desde el frente me habían enviado a Inglaterra, por inválido, y después de unos meses en una deprimente casa de convalecencia me concedieron un mes de permiso. Yo no tenía parientes próximos ni amigos, y no había decidido qué hacer cuando me encontré con John Cavendish. Le había visto muy poco en los últimos años. En realidad, nunca le había conocido muy a fondo. Me llevaba sus buenos quince años, aunque no representaba los cuarenta y cinco que tenía entonces. Sin embargo, cuando chico me habían invitado a pasar temporadas en Styles, la residencia de su madre en Essex.

Después de charlar largo y tendido sobre aquellos años, me invitó a pasar mi tiempo de permiso en Styles.

—A mamá le encantará volverte a ver, después de tantos años —añadió.

—¿Qué tal está tu madre? —pregunté.

—Muy bien. ¿No sabes que se ha vuelto a casar?

Creo que no pude disimular mi sorpresa. La señora Cavendish se había casado con el padre de John, viudo con dos hijos, y era en mis recuerdos una hermosa señora de mediana edad. Debía de tener ya setenta años, por lo menos. La recordaba con una personalidad

enérgica y autócrata, amiga de figurar en acontecimientos sociales y benéficos y con cierta debilidad por organizar tómbolas de caridad e interpretar el papel de Hada Buena. Era una señora extraordinariamente generosa y poseía una cuantiosa fortuna personal.

Su residencia de campo, Styles Court, había sido comprada por el señor Cavendish en los primeros tiempos de su matrimonio. El señor Cavendish había estado en todo tiempo dominado por su mujer, hasta el extremo de que, al morir, le dejó la finca en usufructo, así como la mayor parte de su renta, decisión a todas luces injusta respecto a sus dos hijos. La madrastra de éstos, sin embargo, había sido muy generosa con ellos; eran tan jóvenes cuando su padre volvió a casarse que siempre la habían considerado como su propia madre.

Lawrence, el más joven, era un muchacho delicado. Había estudiado la carrera de Medicina, pero pronto abandonó la profesión y vivió en la casa materna, entregado a trabajos literarios, aunque sus versos no habían alcanzado gran éxito.

John había practicado algún tiempo como abogado, pero más tarde se había retirado a la vida de campo, para la que se sentía mejor dispuesto. Se había casado dos años antes y vivía con su mujer en Styles, aunque me pareció que hubiera preferido que su madre le aumentara la pensión y tener un hogar propio. Pero a la señora Cavendish le gustaba hacer sus planes e imponerlos y en este caso tenía la sartén por el mango, es decir, los cordones de la bolsa.

John se dio cuenta de mi sorpresa ante la noticia del nuevo matrimonio de su madre y sonrió tristemente.

—¡Es un condenado patán! —tronó furioso—. Te aseguro, Hastings, que está haciéndonos la vida imposible. En cuanto a Evie, ¿te acuerdas de Evie?

—No.

—No habría venido todavía en los tiempos en que tú frecuentabas nuestra casa. Es la compañera de mi madre, su factótum, su correveidile. Buena persona, aunque no precisamente joven y guapa.

—¿Qué ibas a decir?

—¡Ah, sí!, el individuo ése. Se presentó en casa por las buenas, con el pretexto de ser primo segundo o algo por el estilo de Evie,

aunque ella no parece muy dispuesta a reconocer su parentesco. Salta a la vista que el tipo es extranjero. Lleva una gran barba negra y unas botas de cuero, haga el tiempo que haga. Pero mamá se aficionó a él enseguida y le tomó como secretario. Ya sabes que siempre ha dirigido un ciento de sociedades.

Yo asentí.

—Naturalmente, con la guerra, esas cien sociedades se han convertido en mil. Hay que reconocer que el tal sujeto le ha resultado muy útil. Pero excuso decirte cómo nos quedamos cuando, hace tres meses, nos anunció mamá de pronto que ella y Alfred se habían comprometido. Si nos pinchan no sangramos. Él es lo menos veinte años más joven que ella. Un cazadotes descarado, claro; pero ella es dueña de sus actos y se casó con él.

—Debe de ser una situación muy difícil para vosotros.

—¿Difícil? Es endemoniada.

De modo que tres días más tarde descendía yo del tren en Styles Saint Mary, una diminuta estación cuya existencia no parecía muy justificada, colocada en medio de los verdes campos. Cavendish me esperaba en el andén y me condujo en coche.

—Como ves, tenemos un poco de gasolina —indicó—. Gracias a las actividades de mi madre.

El pueblo de Styles Saint Mary estaba situado a unas dos millas de la pequeña estación y Styles Court se asentaba una milla más allá. Era un día tranquilo y cálido de principios de julio. Contemplando la llanura de Essex, tan verde y quieta bajo el sol de la tarde, parecía casi imposible que una gran guerra siguiera su curso no lejos de allí. Sentí como si me hubiera perdido en otro mundo. Al cruzar la verja de entrada, dijo John:

—No sé si te parecerá esto demasiado tranquilo, Hastings.

—Amigo mío, eso es precisamente lo que deseo.

—Es bastante agradable, si te gusta la vida reposada. Yo hago instrucción con los voluntarios dos veces por semana y echo una mano a las fincas. Mi mujer trabaja regularmente la tierra. Se levanta todos los días a las cinco para ordeñar las vacas y sigue las faenas hasta la hora del almuerzo. En conjunto es una buena vida. Si no fuera por ese Alfred Inglethorp.

De pronto detuvo el coche y miró su reloj.

—No sé si tendremos tiempo de recoger a Cynthia. No, ya habrá

salido del hospital.

—¿Tu mujer?

—No, es una protegida de mi madre, hija de una compañera de colegio que se casó con un bribón. Fracasó rotundamente y la niña quedó huérfana y sin un céntimo. Mi madre la recogió y lleva casi dos años con nosotros. Trabaja en el hospital de la Cruz Roja de Tadminster, a siete millas de aquí.

Mientras pronunciaba las últimas palabras, nos deteníamos frente a la casa, antigua y hermosa. Una señora vestida con gruesa falda de *tweed* y que se inclinaba sobre un macizo de flores, se levantó al vernos.

—¿Qué hay, Evie? Éste es nuestro heroico herido. El señor Hastings, la señorita Howard.

Y así hizo las presentaciones mi amigo John.

La señorita Howard me estrechó la mano calurosamente, casi me hizo daño. En su cara, quemada por el sol, resaltaban los ojos, profundamente azules. Era una mujer de unos cuarenta años y de agradable aspecto, con voz profunda, algo masculina, y cuerpo fuerte y anguloso. Enseguida noté que su conversación era cortada, al estilo telegráfico.

—Los hierbajos se propagan como el fuego. Imposible librarse de ellos. Tendré que reclutarle a usted. Tenga cuidado.

—Le aseguro que me encantará ser útil en algo —respondí.

—No diga eso. Se arrepentiría.

—No seas cínica, Evie —dijo John riendo—. ¿Dónde tomamos el té, dentro o fuera?

—Fuera. Demasiado buen tiempo para encerrarse en casa.

—Pues ven, ya has trabajado bastante en el jardín. El labrador se ha ganado su jornal. Anda, ven a refrescarte.

—Bueno —dijo la señorita Howard, quitándose los guantes de jardinero—. De acuerdo contigo.

Nos condujo al lugar donde estaba dispuesto el té bajo la sombra de un gran sicómoro.

Una figura femenina se levantó de una de las sillas de mimbre y avanzó unos pasos para recibirnos.

—Mi mujer, Hastings —dijo John.

Nunca olvidaré el primer encuentro con Mary Cavendish. Se han grabado en mi memoria en forma indeleble su alta y esbelta silueta

recortándose contra la fuerte luz, el fuego dormido que se adivinaba en ella, aunque sólo encontrase expresión en sus maravillosos ojos dorados, su quietud, que insinuaba la existencia de un espíritu indomable dentro de un cuerpo exquisitamente cultivado.

Me recibió con unas palabras de agradable bienvenida, pronunciadas con voz baja y clara, y me dejé caer en una silla de mimbre, feliz por haber aceptado la invitación de John. La señora Cavendish me sirvió el té y sus tranquilas observaciones fortalecieron mi primera impresión: era una mujer extraordinariamente atractiva. Animado por la viva atención que me demostraba mi anfitriona, descubrí con voz humorística ciertos incidentes de la casa de convalecencia, y puedo ufanarme de haberla divertido grandemente. Desde luego, John es muy buen chico, pero su conversación no tiene nada de brillante.

En aquel momento llegó a nosotros, a través de una ventana abierta, una voz que yo recordaba muy bien:

—Quedamos, Alfred, en que escribirás a la princesa después del té. Yo escribiré a *lady* Tadminster para el segundo día. ¿O esperaremos a ver lo que dice la princesa? En caso de que se niegue, *lady* Tadminster podía presidir el primer día, y la señora Crosbie el segundo. Y la duquesa la fiesta de la escuela.

Se oyó una voz masculina y contestar a la señora Inglethorp.

—Tienes razón. Después del té. Estás en todo.

La puerta-ventana se abrió un poco más y por ella salió al césped una hermosa señora de cabellos blancos, con facciones algo dominantes. La seguía un hombre en actitud obsequiosa.

La señora Inglethorp me recibió efusivamente.

—Señor Hastings. ¡Qué alegría volverle a ver después de tantos años! Querido Alfred, señor Hastings; mi marido.

Mire con cierta curiosidad al «querido Alfred». Desde luego, parecía extranjero. No me extrañó que a John le disgustara su barba: era una de las más largas y negras que había visto en mi vida. Llevaba anteojos con montura de oro y su rostro tenía una impasibilidad extraña. Me pareció que su puesto estaba en las tablas teatrales, pero en la vida real resultaba completamente fuera de lugar. Su voz era profunda y untuosa. Me dio la mano rígidamente, diciendo:

—Encantado, señor Hastings —y volviéndose a su esposa—.

Querida Emily, ese cojín está un poco húmedo.

Ella sonrió cariñosamente a su marido, que le cambió el cojín con grandes demostraciones de afecto. Extraño apasionamiento en una señora inteligente como ella.

Con la llegada de Inglethorp, una especie de hostilidad velada se adueñó de la reunión. Sobre todo la señorita Howard no se molestó en ocultar sus sentimientos. Sin embargo, la señora Inglethorp no parecía darse cuenta de ello. Su volubilidad no había perdido nada con el transcurso de los años y habló incansablemente, sobre todo de la tómbola que estaba organizando y que tendría lugar muy pronto. De vez en cuando se dirigía a su marido para preguntarle algo relacionado con horarios y fechas. Él no abandonó su actitud vigilante y atenta. Desde el primer momento me disgustó sobremanera; y me ufano de juzgar certeramente a primera vista.

Poco después, la señora Inglethorp se volvió a Evelyn Howard para darle instrucciones sobre unas cartas y su marido se dirigió a mí con su bien timbrada voz:

—¿Es usted militar de carrera, señor Hastings?

—No, antes de la guerra estaba en la Compañía de seguros Lloyd's.

—¿Y volverá usted allí cuando termine la guerra?

—Puede ser. Aunque quizá empiece algo nuevo.

Mary Cavendish se inclinó.

—Si le fuera posible seguir sus inclinaciones, ¿qué profesión escogería usted?

—Depende de ciertas cosas.

—¿No tiene usted una afición secreta? —preguntó—. ¿No se siente atraído por nada? Casi todos lo estamos, con frecuencia por algo absurdo.

—Se reiría usted de mí si se lo dijera.

Mary Cavendish sonrió.

—Quizá.

—Siempre he sentido la secreta ambición de ser detective.

—¿Un auténtico detective de Scotland Yard, o un Sherlock Holmes?

—Sherlock Holmes, por supuesto. Pero hablando en serio, es algo que me atrae enormemente. Conocí en Bélgica a un detective muy famoso, que me entusiasmó por completo. Era maravilloso.

Decía siempre que el trabajo de un buen detective es únicamente cuestión de método. Mi sistema está basado en el suyo, aunque, por supuesto, lo he mejorado mucho. Era un hombre muy divertido, un *dandy*, pero maravillosamente hábil.

—Me gustan las buenas historias policíacas —observó la señorita Howard—. Sin embargo, son un montón de tonterías muchas veces. El criminal, descubierto en el último capítulo. Todo el mundo equivocado. En el crimen real se sabe enseguida.

—Gran número de crímenes han quedado sin aclarar —repliqué.

—No quiero decir la Policía, sino la gente que está dentro del crimen. La familia. Ellos no se engañan. Lo saben todo.

—¿Entonces usted cree —dije, muy divertido—, que si se viera mezclada en un crimen, digamos un asesinato, descubriría usted inmediatamente al asesino?

—Por supuesto no podría probarlo a los abogados. Pero yo creo que lo sabría. Si se me acercara el asesino, lo notaría en el aire.

—Podría ser «la» asesina —sugerí.

—Podría. Pero el asesinato es algo violento. Más a menudo es asociado con la idea del hombre.

—Salvo en caso de veneno —la voz de la señora Cavendish me sobresaltó—. El doctor Bauerstein decía ayer que es muy probable que haya habido innumerables envenenamientos por completo insospechados, debido a la ignorancia de los métodos cuando se trata de venenos poco comunes.

—¡Por Dios, Mary, qué conversación tan horrible! —exclamó la señora Inglethorp—. Me estáis espeluznando. ¡Aquí viene Cynthia!

Una muchacha con uniforme de enfermera cruzó rápidamente el césped.

—Cynthia, llegas tarde hoy. Éste es el señor Hastings. La señorita Murdoch.

Cynthia Murdoch era una joven de aspecto lozano, llena de vida y de vigor. Se quitó su gorrito y admiré las grandes ondas sueltas de su cabellera rojiza y la brevedad y blancura de la mano que adelantó para coger su taza de té. Con ojos y pestañas negros hubiera sido una belleza.

Se tumbó en el suelo, al lado de John, y me sonrió cuando le acerqué un plato de emparedados.

—Siéntese aquí en la hierba. Se está mucho mejor.

Obedecí prontamente.

—Trabaja usted en Tadminster, ¿verdad?

Cynthia asintió.

—Sí, por mis pecados.

—¿Se portan mal con usted sus jefes? —pregunté sonriendo.

—¡Me gustaría verlo! —exclamó Cynthia con dignidad.

—Tengo una prima en un hospital, que les tiene pánico a las enfermeras diplomadas.

—No me extraña. No tiene usted idea de cómo son. Pero yo no soy enfermera, gracias a Dios. Trabajo en el dispensario.

—¿A cuánta gente envenena usted?

Cynthia sonrió también.

—¡A cientos! —dijo.

—Cynthia —llamó la señora Inglethorp—, ¿puedes escribirme unas cartas?

—Desde luego, tía Emily.

Se levantó de un salto y algo en su actitud me recordó que su posición en la casa era subalterna y que la señora Inglethorp, aun siendo tan bondadosa, no le permitía olvidarlo.

Mi anfitriona se volvió hacia mí.

—John le enseñará su cuarto. La comida es a las siete y media. Hemos suprimido la cena, por el momento. *Lady* Tadminster, la esposa de nuestro diputado, hija del difunto lord Abbotsbury, hace lo mismo. Está de acuerdo conmigo en que somos las personas de nuestra posición las que tenemos que dar ejemplo de austeridad. Aquí seguimos un régimen de guerra; nada se desperdicia, hasta los trozos de papel se recogen y se mandan en sacos.

Expresé mi aprobación y John me condujo a la casa. Subimos la ancha escalera que, bifurcándose a derecha e izquierda, conducía a las dos alas del edificio. Mi cuarto estaba en el ala izquierda y tenía vistas sobre el parque.

John me dejó y unos minutos más tarde lo vi desde mi ventana paseando sosegadamente por la hierba, cogido del brazo de Cynthia Murdoch. Oí la voz de la señora Inglethorp llamando a Cynthia con impaciencia y la muchacha corrió en dirección a la casa. Al mismo tiempo, un hombre surgió de la sombra de un árbol y tomó lentamente la misma dirección. Representaba unos cuarenta años, era muy moreno y su rostro, pulcramente afeitado, tenía una

expresión melancólica. Parecía dominado por una emoción violenta. Al pasar miró casualmente hacia mi ventana y lo reconocí, aunque había cambiado mucho en los últimos quince años. Era el hermano menor de John, Lawrence Cavendish. Me pregunté cuál podría ser el motivo de la extraña expresión que sorprendí en su rostro.

Después me olvidé de él y me hundí en mis propios asuntos.

La tarde se deslizó agradablemente y por la noche soñé con la enigmática Mary Cavendish.

La mañana amaneció clara y llena de sol y presentí que mi estancia en Styles me iba a ser extraordinariamente grata.

No vi a la señora Cavendish hasta la hora del almuerzo. Entonces me invitó a dar un paseo con ella y pasamos una tarde deliciosa, vagando por los bosques y regresando a casa alrededor de las cinco.

Al entrar en el amplio vestíbulo, John nos hizo seña de que le siguiéramos al salón de fumar. Por la expresión de su rostro comprendí enseguida que algo desagradable había ocurrido. Le seguimos y cerró la puerta detrás de nosotros.

—Escucha, Mary; hay un jaleo horrible. Evie ha disputado con Alfred Inglethorp y se marcha.

—¿Que se marcha Evie?

John asintió sombrío.

—Sí, fue a ver a mamá y… ¡Aquí viene ella!

La señorita Howard apretaba los labios con obstinación y llevaba una pequeña maleta. Parecía excitada y decidida, ligeramente a la defensiva.

—¡Al menos —estalló— se las canté claras!

—Querida Evie —exclamó la señora Cavendish—, no puedo creer que te marches.

La señorita Howard asintió, ceñuda.

—Pues es la verdad. Siento haber dicho a Emily algunas cosas que no perdonará ni olvidará fácilmente. No me importa si mis palabras no han hecho mucho efecto. Probablemente no conseguiré nada. Le dije: «Eres vieja, Emily, y las tonterías de los viejos son las peores. Es veinte años más joven que tú y tú te engañas respecto al motivo de su matrimonio: Dinero. No le des demasiado. La mujer del granjero Raikes es joven y guapa. Pregunta a tu querido Alfred cuánto tiempo pasa en su casa». Emily se enfadó mucho. ¡Natural! Y

yo continué: «Te lo advierto, si te gusta como si no te gusta: ese hombre te matará mientras duermes, en un decir "¡Jesús!". Es un mal bicho. Puedes decirme lo que quieras, pero recuerda que te he avisado. ¡Es un mal bicho!».

—¿Y qué dijo ella?

La señorita Howard hizo una mueca muy expresiva.

—«Mi queridísimo Alfred, mi pobrecito Alfred, calumnias viles, mentiras ruines, horrible mujer, acusar a mi querido esposo…». Cuanto antes deje esta casa, mejor. De modo que me marcho.

—Pero ¿ahora mismo?

—En este mismo momento.

Durante unos instantes nos quedamos contemplándola. Finalmente, John Cavendish, viendo que sus argumentos no tenían éxito, fue a consultar el horario de trenes. Su mujer le siguió, murmurando que sería mejor convencer a la señora Inglethorp de que recapacitara.

Al quedarnos solos, la expresión de la señorita Howard se transformó. Se inclinó hacia mí ansiosamente.

—Señor Hastings, usted es una buena persona. ¿Puedo confiar en usted?

Me sobresalté ligeramente. Posó su mano en mi brazo y su voz se convirtió en un susurro.

—Cuide de ella, señor Hastings. ¡Mi pobre Emily! Son una manada de tiburones, todos ellos. Bien sé lo que me digo. Todos están a la cuarta pregunta y la acosan con peticiones de dinero. La he protegido todo lo que he podido. Ahora que les dejo el campo libre, se impondrán.

—Naturalmente, señorita Howard —dije—. Haré todo lo que esté en mi mano; pero tranquilícese, está usted muy nerviosa.

Me interrumpió, amenazándome con el índice.

—Joven, créame. He vivido más que usted. Sólo le pido que tenga los ojos bien abiertos. Verá luego si tengo o no razón.

El ruido del motor del coche nos llegó a través de la ventana abierta y la señorita Howard se levantó, encaminándose hacia la puerta. John llamó desde fuera. Con la mano en la portezuela del coche, Evie me miró por encima del hombro y me hizo una seña.

—Y sobre todo, señor Hastings, vigile a ese demonio, al marido.

No hubo tiempo para hablar más. La señorita Howard

desapareció entre un coro de protestas y adioses. Los Inglethorp no se presentaron para la despedida.

Mientras el coche desaparecía, la señora Cavendish se separó súbitamente del grupo y avanzó hacia el césped, saliendo al encuentro de un hombre alto, con barba, que evidentemente venía de la casa. Sus mejillas se colorearon al darle la mano.

—¿Quién es ése? —pregunté con viveza, porque instintivamente me disgustó aquel hombre.

—Es el doctor Bauerstein —contestó John brevemente.

—¿Y quién es el doctor Bauerstein?

—Está en el pueblo haciendo una cura de reposo, después de haber sufrido un grave desequilibrio nervioso. Es un especialista de Londres, hombre muy inteligente; uno de los mejores especialistas toxicólogos, según creo.

—Y es muy amigo de Mary —apuntó Cynthia, incorregible.

John Cavendish frunció el ceño y cambió de tema.

—Vamos a dar un paseo, Hastings. Todo este asunto ha sido muy desagradable. Siempre ha tenido la lengua muy suelta, pero no hay en toda Inglaterra amiga más fiel que Evelyn Howard.

Tomó el camino que cruzaba el bosque y nos dirigimos hacia el pueblo.

De regreso, al cruzar una de las verjas, una bonita joven de belleza gitana que venía en dirección opuesta nos hizo una inclinación y sonrió afectuosamente.

—Es guapa esa chica —observé apreciativamente.

La cara de John se endureció.

—Es la señora Raikes.

—¿La que dijo la señorita Howard que…?

—La misma —dijo John, con brusquedad que juzgué innecesaria.

Comparé mentalmente a la anciana señora de la casa con la vehemente y picaresca joven que acababa de sonreímos y el presentimiento de que algo malo se avecinaba me estremeció. Sacudí mis pensamientos y dije:

—¡Styles es maravilloso!

John asintió, con voz sombría.

—Sí, es una hermosa propiedad. Algún día será mía. Ya lo sería en derecho si mi padre hubiera hecho un testamento justo. Y yo no

andaría tan endiabladamente mal de dinero como lo estoy ahora.

—¿Estás muy mal de dinero?

—Querido Hastings, no me importa decirte que no sé qué hacer para conseguirlo.

—¿No puede ayudarte tu hermano?

—¿Lawrence? Se ha gastado hasta su último penique publicando versos malos con encuadernaciones de fantasía. No, somos una pandilla de pobretones. Tengo que reconocer que mi madre ha sido muy buena con nosotros hasta ahora. Desde su matrimonio, quiero decir…

Se interrumpió bruscamente, frunciendo el ceño malhumorado.

Sentí por primera vez que con la marcha de Evelyn Howard el ambiente había perdido algo indefinible. Su presencia infundía seguridad. Ahora esta seguridad había desaparecido y el aire parecía lleno de sospechas. Volví a ver con la imaginación el rostro siniestro del doctor Bauerstein. Me sentí lleno de suspicacia, contra todo y contra todos. Por un instante barrunté la proximidad del mal y me sentí hondamente preocupado.

Capítulo II

DIECISÉIS Y DIECISIETE DE JULIO

Había llegado a Styles el 5 de julio. Relataré a continuación los hechos ocurridos en el 16 y 17 de aquel mes. Recapitularé los incidentes de aquellos días con tanta exactitud como me sea posible. Estos hechos salieron a la luz posteriormente, en el proceso, después de largos y pesados interrogatorios.

Recibí una carta de Evelyn Howard un par de días después de su marcha; en ella me decía que trabajaba como enfermera en el gran hospital de Middlingham, ciudad industrial a unas quince millas de Styles, y me rogaba le hiciera saber si la señora Inglethorp daba muestras de desear reconciliarse.

La única sombra que enturbiaba la tranquilidad de mi estancia en Styles era la extraordinaria preferencia de la señora Cavendish por la compañía del doctor Bauerstein, preferencia que me parecía incomprensible. No podía comprender qué era lo que veía en él, pero siempre estaba invitándole y con frecuencia hacían largas excursiones juntos. Sinceramente, su atractivo era para mí un misterio.

El 16 de julio cayó en lunes. Fue un día de mucho movimiento. La famosa tómbola se había inaugurado el sábado anterior, y aquella noche se representaría una función relacionada con la fiesta de la caridad, en la que la señora Inglethorp recitaría un poema patriótico. Habíamos estado toda la mañana muy atareados arreglando y decorando el local del pueblo donde la función iba a celebrarse. Almorzamos tarde y salimos al jardín a descansar. Observé que la actitud de John no era del todo normal. Parecía muy excitado e inquieto.

Después del té, la señora Inglethorp se retiró a sus habitaciones

y yo desafié a Mary Cavendish a un partido de tenis.

A eso de las siete menos cuarto, la señora Inglethorp nos avisó a gritos que la comida se adelantaría aquella noche y que no íbamos a estar a punto. Tuvimos que darnos mucha prisa para llegar a tiempo y, antes de terminar de comer, el coche ya esperaba en la puerta.

La función constituyó un gran éxito y la actuación de la señora Inglethorp fue premiada con una ovación. Hubo también algunos cuadros plásticos en los que intervino Cynthia. La muchacha no regresó con nosotros, por haber sido invitada a una cena y a pasar la noche con unos amigos que habían actuado con ella en la representación.

A la mañana siguiente, la señora Inglethorp desayunó en la cama, por encontrarse muy cansada; pero a las doce y media se presentó muy animada y nos arrastró a Lawrence y a mí a una comida en casa de unos amigos.

—Una invitación amabilísima de la señora Rolleston. Es hermana de *lady* Tadminster. Los Rolleston vinieron a Inglaterra con Guillermo el Conquistador. Una de nuestras familias más antiguas.

Mary se había excusado de asistir, pretextando un compromiso con el doctor Bauerstein.

La comida resultó muy agradable y, al volver, Lawrence sugirió que pasáramos por Tadminster, dando un rodeo de una milla escasa, y le hiciéramos una visita a Cynthia en su dispensario. A la señora Inglethorp le pareció una idea excelente, pero como tenía que escribir varias cartas dijo que nos dejaría allí y que volviéramos con Cynthia cuanto antes en el tílburi.

El portero del hospital nos detuvo por sospechosos hasta que apareció Cynthia y respondió por nosotros. Su aspecto era reposado y estaba muy mona con su larga bata blanca. Nos llevó a su cuarto y nos presentó a un compañero suyo, individuo de aspecto terrible, a quien Cynthia llamaba alegremente *Nibs*.

—¡Qué cantidad de botellas! —exclamé, dejando vagar la mirada por el pequeño cuarto—. ¿Sabe usted realmente lo que hay en todas ellas?

—Diga algo original —rezongó Cynthia—. Todo el que viene aquí dice lo mismo. Estamos pensando en conceder un premio al primero que no diga: «¡Qué cantidad de botellas!». Y ya sé qué es lo

que va a decir ahora: «¿A cuántas personas ha envenenado?».

Me confesé culpable, riendo.

—Si supieran ustedes lo fácil que es envenenar a una persona por error, no bromearían acerca de ello. Vamos, vamos a tomar el té. Tenemos toda clase de provisiones en el armario. No, Lawrence, ¡ése es el armario de los venenos! El grande, eso es.

Tomamos el té alegremente y ayudamos a Cynthia a fregar los cacharros. Acabábamos de guardar la última cucharilla cuando se oyó un golpe en la puerta. Súbitamente, los rostros de Cynthia y Nibs se endurecieron, adquiriendo una expresión antipática.

—Pase —dijo Cynthia, en tono profesional.

Apareció una joven enfermera de aspecto asustado, que entregó a Nibs una botella. Éste, a su vez, se la dio a Cynthia, diciendo enigmáticamente:

—Yo no estoy aquí hoy.

Cynthia cogió la botella y la examinó con la severidad de un juez.

—Tenían que haberla traído esta mañana.

—La enfermera lo siente mucho. Se olvidó.

—La enfermera debería haber leído las instrucciones que hay en la puerta.

Por la expresión de la enfermerita comprendí que no había la menor probabilidad de que se atreviera a transmitir el mensaje a la temible «enfermera».

—De modo que ya no se puede hacer nada hasta mañana —concluyó Cynthia.

—¿No sería posible hacerlo esta noche?

—Estamos muy ocupados, pero si hay tiempo se hará —dijo Cynthia, condescendiente.

La pequeña enfermera se retiró y Cynthia cogió un frasco del estante, llenó la botella y la colocó en la mesa.

Me reí.

—¿Manteniendo la disciplina?

—Eso es. Venga al balcón. Desde allí se ven todos los pabellones.

Seguí a Cynthia y a su amigo, quienes me señalaron las diferentes salas. Lawrence se quedó atrás, pero al cabo de unos segundos Cynthia se volvió y le dijo que se reuniera con nosotros. Entonces miró su reloj de pulsera.

—¿No nos queda nada que hacer, Nibs?

—No.

—Muy bien. Entonces cerraremos y nos vamos.

Aquella tarde había visto a Lawrence bajo un aspecto totalmente distinto. Comparado con John, era extraordinariamente difícil llegar a conocerlo. Era opuesto a su hermano en casi todo. Sin embargo, había cierto encanto en su modo de ser y me pareció que, conociéndolo bien, podría tomársele gran afecto. Por regla general, su actitud respecto a Cynthia era algo cohibida, y ella, por su parte, se sentía tímida en su presencia. Pero aquella tarde estaban los dos muy alegres y charlaban como un par de chiquillos.

Cuando cruzábamos el pueblo, recordé que necesitaba unos sellos y, por consiguiente, nos detuvimos ante la oficina de correos.

Al salir de esta oficina, tropecé con un hombrecillo que entraba. Me hice a un lado, ofreciendo mis excusas, cuando de pronto, con una exclamación, me estrechó entre sus brazos y me besó calurosamente.

—¡Mi amigo Hastings! —exclamó—. Pero ¡si es mi amigo Hastings!

—¡Poirot! —exclamé.

Me volví a explicar a mis amigos, que seguían en el tílburi:

—Cynthia, es un encuentro realmente agradable para mí. Mi viejo amigo *monsieur* Poirot, a quien no había visto desde hace años. Ya comprenderá mi alegría ante tal encuentro.

—Pero si ya lo conocemos —dijo Cynthia, alegremente—. Y no tenía la menor idea de que fuera amigo suyo.

—Es cierto —dijo Poirot seriamente—. Conozco a *mademoiselle* Cynthia. Si estoy aquí es gracias a la bondadosa la señora Inglethorp. Sí, amigo mío, ha ofrecido hospitalidad a siete refugiados de mi país. Nosotros, los belgas, le estamos eternamente agradecidos.

Poirot era un hombrecillo de aspecto fuera de lo corriente. Mediría escasamente 1,60 de altura, pero su porte resultaba muy digno. Su cabeza tenía la forma exacta de un huevo y acostumbraba a inclinarla ligeramente hacia un lado. Su bigote era tieso y de aspecto militar. La pulcritud de su atuendo era casi increíble; dudo que una herida de bala pudiera causarle el mismo disgusto que una mota de polvo. Sin embargo, este curioso hombrecillo, que, por

desgracia, y según pude observar cojeaba ligeramente, había sido en sus tiempos uno de los miembros más destacados de la Policía belga. Como detective, su olfato era extraordinario, y había obtenido resonantes éxitos ventilando algunos de los casos más desconcertantes de la época.

Me señaló la casita donde habitaban él y su compatriota y prometí ir a verle en fecha próxima. Saludó ceremoniosamente a Cynthia, quitándose el sombrero, y nos marchamos.

—Es un hombrecillo encantador —dijo Cynthia—. No tenía idea de que lo conocía usted.

—Han dado ustedes albergue a una celebridad —repliqué.

Y durante todo el camino les recité las hazañas y éxitos de Hércules Poirot.

Llegamos a casa en alegre disposición de ánimo. Al atravesar el vestíbulo, vimos a la señora Inglethorp que salía de su *boudoir*. Parecía nerviosa y trastornada.

—¡Ah!, sois vosotros —dijo.

—¿Pasa algo, tía Emily? —preguntó Cynthia.

—Claro que no —dijo bruscamente la señora Inglethorp—. ¿Qué va a pasar?

Y viendo a Dorcas, la doncella, que se dirigía al salón, le dijo que le llevara unos sellos al *boudoir*.

—Sí, señora —la vieja sirvienta titubeó y dijo al fin, tímidamente—. ¿No cree usted, señora, que haría bien en irse a la cama? Parece usted fatigada.

—Puede ser que tenga usted razón, Dorcas, sí… No, ahora no. Tengo que terminar algunas cartas para que alcancen el correo. ¿Ha encendido el fuego en mi cuarto, como le dije?

—Sí, señora.

—Entonces me iré a la cama inmediatamente después de comer.

Entró de nuevo en su *boudoir* y Cynthia se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos.

—¡Por Dios bendito! ¿Qué pasará? —le dijo a Lawrence.

Él no la oyó, al parecer, pues sin decir una palabra giró sobre sus talones, nos echó una mirada y salió de la casa inmediatamente.

Le propuse a Cynthia un rápido partido de tenis antes de cenar y, habiendo sido aceptada mi proposición, corrí escaleras arriba a buscar mi raqueta.

La señora Cavendish bajaba en aquel momento. Puede ser que fuera mi imaginación, pero parecía agitada.

—¿Fue agradable el paseo con el doctor Bauerstein? —pregunté, tan indiferente como me fue posible.

—No fui —contestó bruscamente—. ¿Dónde está la señora Inglethorp?

—En el *boudoir*.

Su mano se agarraba con fuerza a la baranda. Después pareció acumular energías para una entrevista difícil y, rápidamente, bajó las escaleras y cruzó el vestíbulo en dirección al *boudoir*, donde entró cerrando la puerta tras ella.

Unos minutos después, camino del campo de tenis, tuve que pasar por delante de la ventana abierta del *boudoir* y no pude evitar oír lo siguiente:

—¿Entonces no quiere usted enseñármelo? —decía Mary Cavendish con la voz de una persona que hace esfuerzos desesperados por dominarse.

—Querida Mary, no tiene nada que ver con el asunto —replicó la señora Inglethorp.

—Pues enséñemelo entonces.

—Ya te he dicho que no es lo que te imaginas. No te incumbe en absoluto.

A lo cual Mary Cavendish replicó con amargura creciente:

—¡Claro está! ¡Debería haber supuesto que usted lo protegería!

Cynthia me esperaba y me recibió diciendo con vehemencia:

—¡Oiga, Hastings! ¡Ha habido un lío espantoso! Se lo he sacado a Dorcas.

—¿Qué clase de lío?

—Entre tía Emily y él. Espero que, al fin, sabrá quién es.

—¿Y estaba Dorcas presente?

—Claro que no. Estaba «cerca de la puerta, por casualidad». Ha sido algo serio. Me gustaría saber el motivo.

Recordé la cara agitanada de la señora Raikes y las advertencias de la señorita Howard, pero decidí prudentemente guardar silencio, mientras Cynthia agotaba toda posible hipótesis. Al fin dijo, esperanzada:

—Tía Emily le echará de casa y no volverá a dirigirle la palabra.

Tenía grandes deseos de hablar con John, pero no pude

encontrarle. Era evidente que algo muy grave había ocurrido, sin querer, y a pesar de todos mis esfuerzos, no conseguía apartarlo de mi imaginación. ¿Qué relación tendría Mary Cavendish con el asunto?

Inglethorp estaba en el salón cuando bajé a cenar. Su rostro aparecía tan impasible como de costumbre y volvió a impresionarme la extraña irrealidad que emanaba en gran manera de su persona.

La señora Inglethorp fue la última en bajar. Parecía estar todavía fatigada y durante la comida reinó un silenció un poco forzado. Generalmente rodeaba a su mujer de pequeñas atenciones, colocando un cojín a su espalda y representando el papel de marido complaciente. Después de comer, la señora Inglethorp se retiró de nuevo a su *boudoir*.

—Mándame allí mi café, Mary —pidió—. Sólo tengo cinco minutos si quiero que las cartas no pierdan el correo.

Cynthia y yo nos sentamos junto a la ventana abierta del salón. Mary Cavendish nos llevó allí el café. Parecía excitada.

—¿Quiere la gente joven que encienda las luces o prefieren la semioscuridad del crepúsculo? —preguntó—. Cynthia, por favor, llévale el café a la señora Inglethorp. Voy a servirlo.

—Déjelo, Mary; yo lo haré —dijo Inglethorp.

Él mismo lo sirvió y salió del cuarto llevándolo con cuidado.

Lawrence le siguió y la señora Cavendish se sentó junto a nosotros.

Permanecieron los tres en silencio durante algún tiempo. Era una noche maravillosa, cálida y tranquila. La señora Cavendish se abanicaba suavemente con una hoja de palma.

—Hace casi demasiado calor. Tendremos tormenta a no tardar.

¡Lástima que estos momentos llenos de armonía no puedan durar! El sonido de una voz conocida que yo detestaba profundamente hizo añicos mi paraíso.

—¡El doctor Bauerstein! —exclamó Cynthia—. ¡Vaya unas horas de venir!

Dirigí a Mary Cavendish una mirada recelosa, pero permanecía impasible, sin que se alterase siquiera la deliciosa palidez de sus mejillas. Segundos más tarde, Alfred Inglethorp introducía al doctor, quien se disculpaba riendo por entrar en el salón en aquella

facha. Realmente, estaba cubierto de barro de pies a cabeza y ofrecía un aspecto lamentable.

—¿Qué ha estado usted haciendo, doctor? —exclamó la señora Cavendish.

—Tengo que disculparme —dijo el médico—. No quería entrar, pero el señor Inglethorp insistió con todo ahínco.

—La verdad es, Bauerstein, que está usted hecho una pena —dijo John, que venía del vestíbulo—. Tome una taza de café y cuéntenos qué le ha ocurrido.

—Gracias.

Se rió con melancolía y explicó que había descubierto una especie muy rara de helecho en un lugar inaccesible, y que en sus esfuerzos por apoderarse de él había perdido pie, cayendo de modo lamentable a una charca.

—Me sequé pronto al sol —añadió—, pero mi aspecto es lamentable.

En este momento, la señora Inglethorp llamó a Cynthia desde el vestíbulo y la muchacha salió corriendo.

—¿Quieres subirme la caja morada de los papeles? Me voy a la cama.

La puerta que daba al vestíbulo era ancha. Me levanté al mismo tiempo que Cynthia. John estaba a mi lado. Por tanto, éramos tres los testigos que podríamos jurar que la señora Inglethorp llevaba en la mano su taza de café, que aún no había probado.

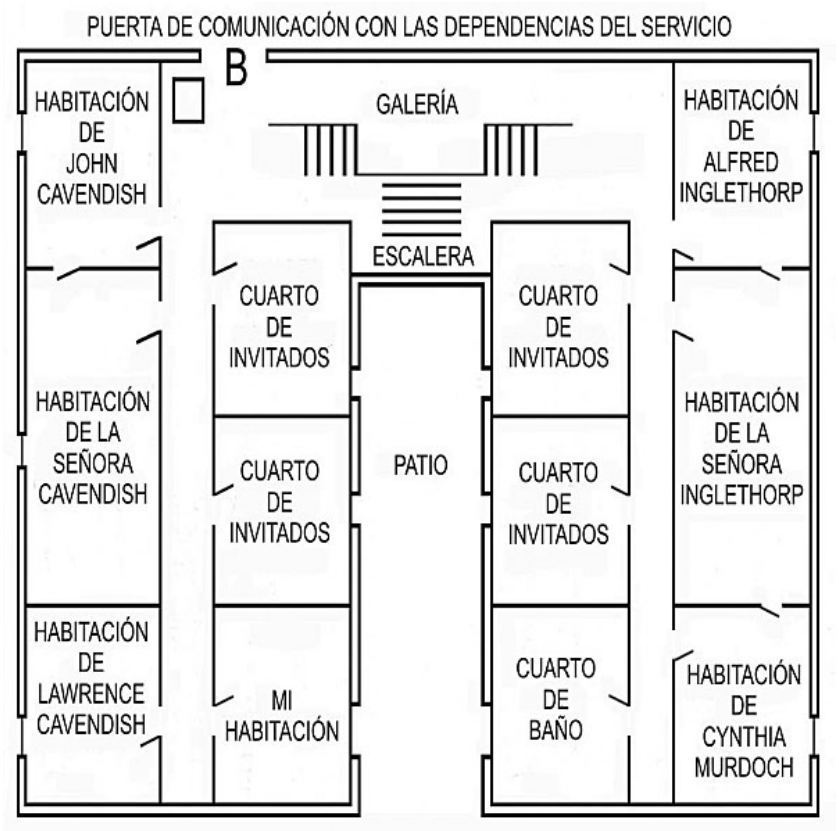
La presencia del doctor Bauerstein me estropeó la velada por completo. Me parecía que no iba a marcharse nunca. Sin embargo, al fin se levantó y suspiré aliviado.

—Bajaré al pueblo con usted —dijo Inglethorp—. Tengo que ver al administrador para tratar de unas cuentas —se volvió a John—. No es necesario que nadie me espere levantando. Llevaré el llavín.

Capítulo III

LA NOCHE DE LA TRAGEDIA

Para que resulte clara esta parte de mi relato, incluyo el siguiente plano del primer piso de Styles. A las habitaciones de la servidumbre se llega a través de la puerta B. No tiene comunicación con el ala derecha, donde estaban situadas las habitaciones de los Inglethorp.



Debía de ser hacia la mitad de la noche cuando me despertó Lawrence Cavendish. Tenía una vela en la mano y por la agitación de su rostro se veía claramente que algo grave ocurría.

—¿Qué pasa? —pregunté, sentándome en la cama y tratando de ordenar mis pensamientos dispersos.

—Parece que mi madre está muy enferma. Debe de tener un ataque. Por desgracia, se ha encerrado por dentro en su cuarto.

—Voy enseguida.

Salté de la cama y poniéndome una bata seguí a Lawrence a lo largo del pasillo y a la galería hasta el ala derecha de la casa.

John Cavendish se unió a nosotros y uno o dos de los sirvientes espantados rondaban por allí, excitadísimos. Lawrence se volvió hacia su hermano.

—¿Qué te parece que hagamos?

La indecisión de su carácter nunca había sido tan evidente.

John sacudió con violencia el picaporte, pero sin resultado positivo. La puerta, evidentemente, estaba cerrada con llave o echado el cerrojo por dentro. Ya toda la casa se había levantado. Desde el interior de la habitación llegaban ruidos alarmantes. Había que hacer algo con urgencia.

—Trate de entrar por el cuarto del señor Inglethorp, señor —gritó Dorcas—. ¡La pobre señora!

De pronto caí en la cuenta de que Alfred Inglethorp no estaba con nosotros. Era el único que no había hecho acto de presencia. John abrió la puerta de su cuarto. Estaba oscuro como boca de lobo, pero Lawrence le seguía con la vela y a su luz vacilante pudimos ver que la cama estaba sin deshacer y no había señales de que el cuarto hubiera sido ocupado aquella noche.

Fuimos directamente a la puerta de comunicación. También estaba cerrada o tenía echado el cerrojo por dentro. ¿Qué hacer?

—¡Ay, señor! ¿Qué vamos a hacer? —gritaba Dorcas, retorciéndose las manos.

—Creo que debemos intentar forzar la puerta. Va a ser tarea dura. Que una de las chicas baje a buscar al doctor Wilkins. Bueno, vamos a la puerta. Un momento, ¿no hay una puerta en el cuarto de la señorita Cynthia?

—Sí, señor, pero también está cerrada. Nunca ha estado abierta.

—Podemos probarlo de todos modos.

Corrió a lo largo del pasillo hasta el cuarto de Cynthia. Allí estaba Mary Cavendish, zarandeando a la muchacha, que debía tener un sueño extraordinariamente pesado, y tratando de despertarla.

John estuvo de vuelta después de unos segundos.

—No hay nada que hacer allí; también está cerrada. Tenemos que forzar la puerta. Creo que ésta es algo menos sólida que la del pasillo.

Todos unimos nuestras fuerzas y empujamos, jadeantes. El armazón de la puerta era sólido y durante mucho tiempo resistió nuestros esfuerzos, pero al fin, con ruidoso estallido, se abrió violentamente.

Entramos todos juntos, dando traspiés. Lawrence seguía sosteniendo la vela. La señora Inglethorp estaba en la cama, agitada por violentas convulsiones, en una de las cuales, al parecer, había

volcado la mesa que estaba a su lado. Sin embargo, cuando nosotros entramos, sus miembros se relajaron y cayó sobre las almohadas.

John cruzó el cuarto y encendió el gas. Volviéndose hacia Annie, una de las doncellas, la mandó al salón a buscar coñac. Entonces se acercó a su madre, mientras yo descorría el cerrojo de la puerta del pasillo.

Me volví hacia Lawrence para sugerirle que era mejor que yo les dejara, ya que mis servicios no eran necesarios, pero las palabras se helaron en mis labios. Nunca había visto a un hombre con semejante expresión de terror. Estaba blanco como la nieve: la vela que sostenía en su mano temblaba y la cera caía en la alfombra, y sus ojos, petrificados por el pánico o algún sentimiento similar, miraban fijamente a algún punto de la pared. Seguí instintivamente la dirección de su mirada, pero no pude ver allí nada extraordinario. Sólo las brasas que chisporroteaban débilmente en la chimenea y la hilera de figuritas en la repisa, pero ni unas ni otras justificaban aquel terror.

Parecía que la violencia del ataque de la señora Inglethorp iba cediendo. Ya podía hablar tan sólo con sonidos entrecortados.

—Estoy mejor… Vino tan de pronto… qué estúpida he sido… encerrándome…

Una sombra se proyectó en la cama, volví la cabeza y vi a Mary Cavendish de pie, cerca de la puerta, sosteniendo con un brazo a Cynthia, que parecía completamente aturdida. Tenía el rostro congestionado y bostezaba repetidamente.

—La pobre Cynthia está muy asustada —dijo Mary Cavendish en voz baja y clara.

Mary llevaba puesta su bata blanca de trabajo. Debía de ser más tarde de lo que había pensado. Un pálido rayo de luz atravesaba las cortinas de las ventanas y el reloj de la chimenea señalaba cerca de las cinco.

Un grito estrangulado me sobresaltó. El dolor atenazaba de nuevo a la infortunada señora. Las convulsiones eran de tal violencia que el presenciarlas constituía una verdadera prueba. Reinaba la mayor confusión. Nos amontonábamos a su alrededor, incapaces de ayudarla o aliviarla. Una última convulsión la levantó de la cama, y luego pareció descansar sobre la cabeza y los tobillos, con el cuerpo arqueado del modo más extraordinario. Mary y John

trataban en vano de darle a beber coñac. Los minutos iban pasando. De nuevo se arqueó su cuerpo extrañamente.

En aquel momento el doctor Bauerstein se abrió paso autoritariamente a través de la habitación. Durante unos segundos permaneció inmóvil contemplando a la señora Inglethorp, y entonces ésta gritó con voz ahogada, los ojos fijos en el doctor:

—¡Alfred! ¡Alfred!

Y cayó inmóvil sobre las almohadas. El doctor se acercó vivamente al lecho, y, cogiendo los brazos de la señora Inglethorp, los zarandeó enérgicamente, aplicándole la respiración artificial. Dio unas cuantas órdenes rápidas a los sirvientes. Un imperioso movimiento de su mano nos llevó a todos a la puerta. Le contemplábamos fascinados, aunque creo que en el fondo de nuestros corazones todos sabíamos que era ya demasiado tarde para conseguir nada. Por la expresión de su rostro comprendí que él tampoco tenía esperanzas.

Por último abandonó su tarea, moviendo la cabeza gravemente. En aquel momento oímos unos pasos que se acercaban y entró atropelladamente el médico de cabecera de la señora Inglethorp, doctor Wilkins, un hombre rollizo e inquieto.

En pocas palabras el doctor Bauerstein explicó que pasaba casualmente por delante de la verja cuando el coche salía en busca del doctor Wilkins, y había acudido lo más aprisa posible. Señaló a la figura de la cama con un vago ademán que hizo con la mano.

—Muy triste, muy triste —murmuró el doctor Wilkins—. ¡Pobre señora! Siempre quería hacer demasiadas cosas, demasiadas, contra mi consejo… Yo se lo advertí. Su corazón estaba muy débil. «Calma, calma», le dije. Pero no, su amor por las buenas obras era demasiado grande. La naturaleza se rebeló, la na-tu-ra-le-za se re-be-ló.

El doctor Bauerstein observaba con atención a su colega.

—Las convulsiones eran de una violencia extraordinaria, doctor Wilkins —dijo sin dejar de mirarle—. Siento que no haya estado usted aquí a tiempo de presenciarlas. Eran… de naturaleza tetánica.

—¡Ah! —dijo prudentemente el doctor Wilkins.

—Me gustaría hablar con usted reservadamente —dijo Bauerstein. Y volviéndose hacia John—: ¿Tiene usted algo que objetar?

—Desde luego que no.

Salimos todos al pasillo, dejando solos a los dos médicos, y oí la llave en la cerradura detrás de nosotros.

Bajamos lentamente las escaleras. Yo estaba excitadísimo. Tengo cierto talento deductivo y la actitud del doctor Bauerstein había despertado en mi imaginación un montón de conjeturas. Mary Cavendish puso su mano sobre mi brazo.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué está tan… extraño el doctor Bauerstein?

—¿Sabe usted lo que pienso?

—¿Qué?

—¡Escuche!

Miré alrededor. Estábamos fuera del alcance del oído de los demás, pero así y todo dije en un susurro:

—Creo que ha sido envenenada. Estoy seguro de que el doctor Bauerstein lo sospecha.

—¡Qué!

Se encogió contra la pared, las pupilas dilatadas violentamente, lanzando un grito desesperado que me sobresaltó.

—¡No, no! ¡Eso no, eso no!

Y voló escaleras arriba, dejándome solo. La seguí, temiendo fuera a desmayarse. La encontré recostada contra el pasamano, mortalmente pálida. Me hizo con la mano una señal impaciente de que me fuera.

—¡No, no, déjeme! Prefiero estar sola. Déjeme tranquila un minuto o dos. Vaya abajo con los demás.

Obedecí de mala gana. John y Lawrence estaban en el salón. Me acerqué a ellos. Todos permanecíamos callados, pero creo que expresé el sentir general cuando rompí aquel silencio y pregunté alterado:

—¿Dónde está el señor Inglethorp?

John negó con la cabeza.

—No está en casa.

Nos miramos. ¿Dónde estaba Alfred Inglethorp? Su ausencia resultaba extraña, inexplicable. Recordé las últimas palabras de la señora Inglethorp. ¿Qué había en el fondo de ellas? ¿Qué más nos hubiera dicho, de haber tenido tiempo?

Al fin oímos a los médicos bajar la escalera. El doctor Wilkins se

daba aires de importancia y parecía como si tratara de ocultar bajo una calma decorosa su excitación interior. Y el doctor Bauerstein se mantenía en segundo término y la expresión de su rostro grave no se había alterado. El doctor Wilkins habló por los dos, dirigiéndose a John:

—Señor Cavendish, deseo su autorización para hacer la autopsia.

—¿Es necesario? —preguntó John gravemente.

Un espasmo de dolor cruzó su rostro.

—Absolutamente necesario —contestó el doctor Bauerstein.

—¿Quiere usted decir que…?

—Que ni el doctor Wilkins ni yo podremos extender un certificado de defunción en las actuales circunstancias.

John inclinó la cabeza.

—En ese caso, mi única alternativa es consentir.

—Gracias —dijo el doctor Wilkins vivamente—. Creemos conveniente que la autopsia tenga efecto mañana por la noche, o mejor esta misma noche —miró rápidamente a la luz del día—. En las presentes circunstancias me temo que no podremos evitar una indagatoria. Son formalidades necesarias, pero les ruego que no se angustien por ello. A todo se proveerá.

Una pausa siguió a las palabras del médico de cabecera. Luego, el doctor Bauerstein sacó dos llaves de su bolsillo y se las entregó a John, diciéndole a la par:

—Las llaves de los dos cuartos. Los he cerrado, y, en mi opinión, deberían permanecer cerrados por el momento.

Los doctores se marcharon.

Había estado dando vueltas en mi cabeza a una idea y me pareció que había llegado el momento de exponerla. Sin embargo, temía un poco hacerlo. Sabía que John sentía horror por toda clase de publicidad y que era un optimista despreocupado, poco amigo de buscar problemas. Podía ser difícil convencerle de la sensatez de mi plan. Por otra parte, Lawrence, menos esclavo de convencionalismos y más imaginativo, podía convertirse en mi aliado. Sin ningún género de duda, había llegado el momento de que yo tomara la dirección del asunto.

—John —dije—, te voy a pedir una cosa.

—Di.

—¿Recuerdas que os he hablado de mi amigo Poirot, el belga que está en el pueblo? Ha sido un detective famosísimo.

—Sí. Bien.

—Quiero que me dejes llamarlo para… investigar el asunto que nos ocupa.

—¡Cómo! ¿Ahora mismo? ¿Antes de la autopsia?

—Sí, el tiempo será un gran aliado si… si hay algo sucio en todo esto.

—¡Tonterías! —exclamó Lawrence con enfado—. En mi opinión, todo es una paparrucha de Bauerstein. A Wilkins no se le ocurrió semejante cosa hasta que Bauerstein se la metió en la cabeza. Como todos los especialistas, Bauerstein tiene su manía. Los venenos son su chifladura, y, claro, conoce bien sus efectos.

Tengo que confesar que me sorprendió la actitud de Lawrence. Muy rara vez se apasionaba por nada.

John dudó un momento.

—No estoy de acuerdo contigo, Lawrence —dijo al fin—. Me inclino a darle a Hastings plenos poderes, aunque prefiero esperar un poco. No queremos escándalo, si puede evitarse.

—¡No, no! —exclamé con ansiedad—. No tengáis miedo. Poirot es la discreción personificada, y procede con sumo tino.

—Bueno, entonces haz lo que quieras. Lo dejo en tus manos. Aunque si es lo que sospechamos, parece un caso clarísimo. Dios me perdone si soy injusto con él.

Sin embargo, me concedí cinco minutos, que empleé en rebuscar en la biblioteca hasta que descubrí un libro de medicina con una descripción del envenenamiento por estricnina.

Capítulo IV

POIROT INVESTIGA

La casa que ocupaban los belgas en el pueblo estaba muy cerca de las puertas del parque. Podía ahorrarse tiempo tomando por un estrecho sendero que cruzaba los prados y evitaba las vueltas de la carretera. Por lo tanto, tomé ese camino. Llegando a la casa del guarda, me llamó la atención la figura de un hombre que corría en dirección a mí. Era el señor Inglethorp. ¿Dónde había estado? ¿Cómo explicaría su ausencia?

Me abordó ansiosamente.

—¡Dios mío! ¡Es horrible! ¡Mi pobre mujer! Acabo de enterarme.

—¿Dónde ha estado usted? —pregunté.

—Denby me entretuvo anoche hasta muy tarde. No terminamos hasta después de la una. Entonces caí en la cuenta de que había olvidado el llavín. Como no quería levantar a toda la casa, Denby me ofreció una cama.

—¿Y cómo se enteró usted de la noticia? —pregunté.

—Wilkins fue a despertar a Denby para contárselo. ¡Mi pobre Emily! ¡Era tan sacrificada, tan noble! Agotó su salud.

Un movimiento de repulsión me sacudió. ¡Redomado hipócrita!

—Tengo prisa —dije, dando gracias al cielo porque no me preguntó a dónde me dirigía.

Minutos más tarde llamaba a la puerta de Leastways Cottage.

No obteniendo respuesta, repetí con impaciencia mi llamada. Una ventana sobre mi cabeza se abrió con cuidado y por ella asomó el propio Poirot.

Profirió una exclamación de sorpresa al verme. En pocas palabras, le expliqué la tragedia que acababa de ocurrir y que solicitaba su ayuda.

—Espere, amigo; entre usted y volverá a contármelo todo mientras me visto.

Momentos después había desatrancado la puerta y subí tras él hasta su cuarto. Me ofreció una silla y le expliqué toda la historia, sin reservarme nada ni omitir ningún detalle, por insignificante que pareciera, mientras él se arreglaba con todo cuidado y esmero.

Le conté cómo me había despertado, las últimas palabras de la señora Inglethorp, la ausencia de su esposo, la disputa del día anterior, el fragmento de conversación entre Mary y su madre política que yo había oído sin querer, pelea entre la señora Inglethorp y Evelyn Howard y las insinuaciones de esta última.

Mi relato no resultó tan claro como yo deseaba. Me repetí varias veces, y en distintas ocasiones, tuve que retroceder para contar algún detalle que había olvidado. Poirot me sonreía bondadosamente.

—Su mente está confusa, ¿no es así? Tómese tiempo, amigo mío. Está usted agitado, excitado. Es natural. Dentro de poco, cuando estemos más tranquilos, ordenaremos los hechos cuidadosamente, poniendo a cada uno en el sitio debido. Pondremos en un lado los detalles de importancia; los que no la tienen, ¡puf!, los echaremos a volar.

Él, hinchando sus mejillas de querubín, sopló cómicamente como un niño.

—Todo eso está muy bien —objeté—, pero ¿cómo va usted a saber qué cosa es importante y qué cosa no lo es? A mi modo de ver, ésa es la dificultad.

Poirot movió la cabeza enérgicamente. Estaba arreglando su bigote con exquisito cuidado.

—No es así. *Voyons!* Un hecho conduce a otro, y continuamos. ¿Qué el siguiente encaja en lo que ya tenemos? *A merveille!* ¡Muy bien! Podemos seguir adelante. El siguiente hecho no. ¡Ah, es curioso! Falta uno, un eslabón en la cadena. Examinamos. Indagamos. Y ponemos aquí ese hecho curioso, ese detallito, quizá insignificante, que no concuerda —hizo con la mano un ademán extravagante—. ¡Es importante! ¡Es formidable!

—Sí…

Poirot agitó su índice con ademán tan terrible que me acobardé.

—¡Ah! ¡Tenga cuidado! Pobre del detective que dice de un

hecho cualquiera: «Es insignificante, no importa, no encaja; lo olvidaré». Este sistema implica confusión. Todo es importante.

—Ya lo sé. Siempre me decía usted lo mismo. Por eso he estudiado todos los detalles de este asunto, me parecieran pertinentes o no.

—Y estoy muy satisfecho de usted. Tiene buena memoria, y me ha contado los hechos con toda fidelidad. De lo que no diré nada es del orden realmente deplorable en que me los presentó. Pero le disculpo; está usted trastornado. A ello atribuyo el que se haya olvidado de un hecho de la mayor importancia.

—¿Cuál? —pregunté.

—No me ha dicho usted si la señora Inglethorp cenó bien anoche.

Me quedé mirándole de hito en hito. Indudablemente, la guerra había afectado el cerebro del hombrecillo. Estaba cepillando su abrigo con todo cuidado antes de ponérselo, y parecía absorto en la tarea.

—No recuerdo —dije— y, de todos modos, no veo qué…

—¿Usted no ve? Pues es de la mayor importancia.

—No veo por qué —dije, algo irritado—. Me parece recordar que no comió mucho. Evidentemente, estaba muy disgustada y no tenía apetito. Es natural.

—Sí… —asintió Poirot, pensativo—; es natural.

Abrió un cajón del que sacó una pequeña cartera de documentos y se volvió hacia mí.

—Ya estoy listo. Vámonos a Styles y estudiaremos el caso sobre el terreno. Perdóneme, *mon ami*, se ha vestido muy deprisa y su corbata está torcida. Permítame que yo se la arregle.

Con gesto hábil la colocó en su sitio.

—*Ça y est!* ¿Qué? ¿Nos vamos?

Cruzamos el pueblo rápidamente y entramos en Styles por la puesta principal. Poirot se detuvo un instante y contempló tristemente el hermoso parque, que aún resplandecía con el rocío de la mañana.

—Tan hermoso, tan hermoso, y sin embargo, la pobre familia sumida en el dolor, postrada de pena.

Me miraba fijamente mientras hablaba y me sentí enrojecer.

¿Estaba la familia postrada por el dolor? ¿Era tan grande la pena

por la muerte de la señora Inglethorp? Me di cuenta de que faltaba emoción en el ambiente. La muerta no tenía poder para hacerse amar. Su muerte constituía un sobresalto y una desgracia, pero no iba a ser sentida muy hondamente.

Poirot pareció adivinar mis pensamientos. Movió la cabeza gravemente.

—No, tiene usted razón —dijo—. No es como cuando hay lazos de sangre. Ha sido buena y generosa con estos Cavendish, pero no era su madre. La sangre llama, recuerde siempre esto; la sangre llama.

—Poirot —dije—. Me gustaría que me explicara por qué quería usted saber si la señora Inglethorp cenó bien anoche. Por más vueltas que le he dado, no veo que tenga nada que ver con el asunto.

Seguimos caminando en silencio durante un minuto o dos y al fin dijo:

—No me importa decírselo, aunque ya sabe usted que no es mi costumbre dar explicaciones antes de llegar al final. Es de presumir que la señora Inglethorp murió envenenada con estricnina, probablemente mezclada con el café.

—¿Y qué?

—Bueno, ¿a qué hora se sirvió el café?

—Alrededor de las ocho.

—Por lo consiguiente, lo tomó entre las ocho y las ocho y media; sin ninguna duda, no mucho después. Pues bien, la estricnina es un veneno bastante rápido. Sus efectos tenían que haberse sentido muy pronto, probablemente una hora después de haber sido tomado. Sin embargo, en el caso de la señora Inglethorp los síntomas no se manifiestan hasta las cinco de la mañana siguiente. ¡Nueve horas! Ahora bien: una comida pesada puede retardar sus efectos, aunque algo difícilmente hasta ese extremo. Sin embargo, es una posibilidad que hay que tener en cuenta. Pero según lo que usted ha dicho, cenó muy poco, a pesar de lo cual los síntomas no se presentaron hasta la madrugada. Es muy curioso, amigo mío. Puede surgir algo en la autopsia que lo explique. Entretanto, recuérdelo.

Ya cerca de la casa, John salió a nuestro encuentro. Parecía cansado y sombrío.

—Todo esto es espantoso, *monsieur* Poirot —dijo—. Supongo que

Hastings le habrá explicado que a toda costa queremos evitar la publicidad.

—Comprendo perfectamente.

—Sólo se trata de una sospecha, por el momento. No tenemos en qué apoyarnos.

—Exactamente. Se trata sólo de una precaución.

John se volvió hacia mí, sacando su pitillera y encendiendo un cigarrillo.

—¿Sabes que Inglethorp ha vuelto?

—Sí. Me lo encontré.

John tiró la colilla a un macizo de flores próximo, lo que resultó excesivo para la sensibilidad de Poirot. Recuperó la colilla y la enterró pulcramente.

—No sabe uno cómo tratarle. Es una situación difícil.

—Esa dificultad durará mucho —declaró Poirot suavemente.

John se quedó perplejo, sin comprender el significado de la misteriosa frase. Me entregó las dos llaves que el doctor Bauerstein le había dado a él.

—Enséñale a *monsieur* Poirot todo lo que quiera examinar.

—¿Están cerrados los cuartos? —preguntó Hércules Poirot.

—El doctor Bauerstein lo consideró conveniente.

Poirot asintió pensativamente.

—Entonces es que está seguro. Bueno, eso simplifica las cosas.

Subimos juntos al cuarto de la tragedia. Por considerarlo de utilidad, incluyo un plano del cuarto y los principales muebles.

A.- Puerta que comunica con el pasillo
B.- Puerta que comunica con la habitación del señor Inglethorp
C.- Puerta que comunica con la habitación de Cynthia

Poirot cerró la puerta por dentro y procedió a una minuciosa inspección. Saltaba de un objeto a otro con la agilidad de un saltamontes. Yo permanecí en la puerta, temiendo destruir alguna pista. Sin embargo, Poirot no pareció agradecerme mi precaución.

—¿Qué le ocurre, amigo mío? —exclamó—. Se queda usted ahí como… ¿Cómo dicen ustedes? ¡Ah, sí!, como un cerdo degollado.

Le explique que tenía miedo de destruir posibles pisadas.

—¿Pisadas? ¡Pero, qué idea! ¡Si se puede decir que ha entrado en el cuarto un verdadero ejército! ¿Qué pisadas vamos a encontrar? No, venga usted aquí y ayúdeme en mi registro. Dejaré aquí mi carpeta hasta que la necesite.

Colocó la carpeta en la mesa redonda próxima a la ventana, pero más le valiera no haberlo hecho, porque el tablero estaba flojo, se ladeó y la carpeta cayó al suelo.

—*Eh voilà une table* —gritó Poirot—. ¡Ay, amigo mío, puede uno vivir en una gran casa y no tener comodidad!

Después de su filosófico comentario, reanudó la búsqueda.

Un pequeño estuche de documentos, color violeta, que descansaba en el escritorio con la llave en la cerradura, llamó mi atención durante algún tiempo. Sacó la llave y me la entregó a mí

para que la examinara. Pero no vi en ella nada de particular. Era una llave corriente, de tipo Yale, atada con un trocito de alambre retorcido.

A continuación examinó el armazón de la puerta forzada, asegurándose de que el cerrojo había sido corrido. Después se dirigió a la puerta del lado opuesto, que comunicaba con el cuarto de Cynthia. También esta puerta tenía echado el cerrojo, como yo había hecho constar. Sin embargo, Poirot llegó al extremo de descorrer el cerrojo y abrir y cerrar la puerta varias veces; lo hizo teniendo mucho cuidado de no hacer ruido. De pronto, algo en el cerrojo mismo pareció llamar su atención. Lo examinó con sumo cuidado y con unas pinzas que sacó vivamente de su carpeta extrajo de él algo muy pequeño que encerró en un sobrecito.

Sobre la cómoda había una bandeja y en ella una lámpara de alcohol y un cazo pequeño. El cazo contenía una pequeña cantidad de un líquido oscuro y cerca de él reposaban una taza vacía, en la que habían bebido de aquel líquido, y un plato.

Me pregunté cómo había podido ser tan mal observador y pasar esto por alto. Aquella pista valía la pena. Poirot introdujo delicadamente un dedo en el líquido y lo probó con cierto escrúpulo, haciendo una mueca.

—Chocolate, creo que con ron.

A continuación pasó a examinar los objetos esparcidos por el suelo, donde la mesilla de noche había sido volcada. Consistían en una lamparita, algunos libros, cerillas, un manojo de llaves y fragmentos desmenuzados de una taza de café.

—¡Qué curioso! —dijo Poirot.

—Le confieso que no veo nada de particular.

—¿No? Fíjese en la lámpara: el tubo de cristal está roto en dos partes; ahí están, tal como quedaron al caer. Pero mire, la taza está completamente hecha cisco.

—Bueno —dije sin mostrar interés—. Alguien la habrá pisado.

—Eso es —dijo Poirot con voz extraña—. Alguien la habrá pisado.

Se levantó, dirigiéndose lentamente a la repisa de la chimenea, donde permaneció absorto, manoseando las figuritas y poniéndolas en orden, viejo recurso suyo cuando estaba agitado.

—*Mon ami!* —dijo volviéndose hacia mí—, alguien pisó esa taza,

desmenuzándola, y la razón para hacerlo fue, o bien que contenía estricnina o bien que no la contenía, lo que es mucho más serio.

No contesté. Estaba desconcertado, pero bien sabía que era inútil pedirle explicaciones. Después de unos minutos, se levantó y continuó sus investigaciones. Cogió del suelo el manojo de llaves y les dio vueltas entre sus dedos hasta escoger una muy reluciente, que introdujo en la cerradura de la caja de documentos, de color violeta. La llave abrió la caja, pero Poirot, después de un momento de duda, volvió a cerrarla y deslizó en su bolsillo el manojo, así como la llave que anteriormente estaba en la cerradura.

—No tengo autoridad para examinar esos papeles. Pero hay que hacerlo, y enseguida.

Examinó cuidadosamente los cajones del lavabo. Luego atravesó la habitación en dirección a la ventana de la izquierda, donde pareció interesarle especialmente una mancha redonda, apenas visible en la alfombra color castaño oscuro. Se arrodilló, examinándola minuciosamente, incluso oliéndola.

Por último, vertió unas gotas de chocolate en un tubo de ensayo, cerrándolo cuidadosamente. A continuación sacó un cuadernito.

—Hemos encontrado en esta habitación —dijo escribiendo afanosamente— seis puntos de interés. ¿Los enumero yo o lo hace usted?

—Usted —repliqué con prontitud.

—Muy bien. Uno, una taza de café triturada; dos, una caja de documentos con una llave en la cerradura; tres, una mancha en el suelo.

—La mancha puede llevar ahí algún tiempo —interrumpí.

—No, porque todavía está húmeda y huele a café. Cuatro, una brizna de tela verde oscuro, sólo un hilo o dos, pero lo suficiente para saber lo que es.

—¡Ah! —exclamé—. Eso fue lo que usted guardó en el sobre.

—Sí. A lo mejor resulta ser de un traje de la señora Inglethorp y carece de importancia. Ya veremos. Cinco, *esto*… —y con gesto dramático señaló una gran mancha de esperma de bujía en el suelo, cerca de la mesa escritorio—. No podía estar ayer; una buena doncella la hubiese quitado inmediatamente con un papel secante y una plancha caliente. Uno de mis mejores sombreros, una vez…, pero éste es otro asunto.

—Es muy probable que date de anoche. Estábamos todos muy agitados. También puede ser que la propia señora Inglethorp hubiera dejado caer su vela.

—¿Sólo trajeron ustedes una vela a esta habitación?

—Sólo una. La llevaba Lawrence Cavendish. Pero estaba muy impresionado. Parecía haber visto algo por ahí —indiqué la repisa de la chimenea— que le dejó completamente paralizado.

—Eso es interesante —dijo Poirot rápidamente—. Sí, es un hecho lleno de sugestiones —sus ojos recorrían, mientras hablaba, toda la extensión de la pared—. Pero no fue su vela la que produjo esa gran mancha, porque, como usted puede ver, esta cera es blanca, mientras que la vela que llevaba *monsieur* Lawrence, que todavía está ahí en el tocador, es de color de rosa. Por otra parte, la señora Inglethorp no tenía candelabro en la habitación, y sí tan sólo una lamparita de alcohol.

—Entonces, ¿qué consecuencia saca usted?

A mi pregunta contestó mi amigo de modo irritante, animándome a usar mis propias facultades.

—¿Y el sexto descubrimiento? —pregunté—. Supongo será el chocolate.

—No —dijo Poirot pensativo—. Debía haber incluido el chocolate en el sexto, pero no lo hice. No, el sexto me lo reservo de momento hasta que lo crea oportuno.

Echó una rápida ojeada alrededor de la habitación.

—No hay nada más que hacer aquí, a menos que… —se quedó contemplando atentamente durante largo rato las cenizas de la chimenea—. El fuego quema y destruye. Pero puede ser que… podría haber… ¡Vamos a verlo!

Se agachó y comenzó a separar las cenizas del hogar, poniéndolas en el guardafuego y manejándolas con sumo cuidado. De pronto profirió una débil exclamación.

—¡Las pinzas, Hastings!

Se las di rápidamente y extrajo con pericia un pedacito de papel medio quemado.

—¡Vaya, *mon ami*! ¿Qué le parece a usted esto?

Examinó el trozo de papel. A continuación incluyo una reproducción exacta.

Me quedé perplejo. Era un papel muy grueso, completamente distinto del papel de notas corriente. De pronto se me ocurrió una idea.

—¡Poirot! —exclamé—. Es un fragmento de un testamento.

—Exactamente.

Le miré fijamente.

—¿No le sorprende a usted?

—No —dijo gravemente—. Lo esperaba.

Le devolví el trozo de papel y lo guardó en su carpeta, con el mismo cuidado metódico con que hacía todas las cosas. Mi cabeza era un torbellino. ¿Qué significaba aquella complicación del testamento? ¿Quién lo había destruido? ¿La persona que había hecho la mancha en el suelo? Evidentemente. Pero ¿cómo había podido entrar nadie en el cuarto? Todas las puertas tenían echado el cerrojo por dentro.

—Ahora vámonos, amigo mío —dijo Poirot vivamente—. Me gustaría hacer algunas preguntas a la doncella… Se llama Dorcas, ¿verdad?

Pasamos a través del cuarto de Alfred Inglethorp y Poirot se detuvo en él para hacer un examen breve, pero eficiente. Salimos por aquella puerta, cerrándola de nuevo, así como la de la señora Inglethorp.

Poirot había expresado el deseo de ver el *boudoir* y bajamos juntos, dejándole allí mientras yo iba en busca de Dorcas. Sin embargo, cuando volví con ella, el *boudoir* estaba vacío.

—¡Poirot! —grité—. ¿Dónde se ha metido?

—Aquí estoy, amigo mío.

Había salido por la puerta-ventana y allí estaba, aparentemente perdido en la admiración de los varios macizos de flores.

—¡Admirable! —murmuró—. ¡Admirable! ¡Qué simetría! Mire aquella media luna y aquellos rombos. Su elegancia alegra la vista. La distancia entre las plantas es también perfecta. Ha sido arreglado hace poco, ¿verdad?

—Sí, creo que estaban haciéndolo ayer tarde. Pero venga usted, aquí está Dorcas.

—*Eh bien, eh bien!* No me escatime una satisfacción momentánea de la vista.

—No, pero ese otro asunto es más importante.

—¿Y cómo sabe usted que esas hermosas begonias son menos importantes?

Me encogí de hombros. Cuando adoptaba esa actitud había que dejarlo.

—¿No está usted de acuerdo conmigo? Pues cosas así han pasado. Bueno, entraremos y haremos unas preguntas a la buena de Dorcas.

Dorcas permanecía en pie, las manos cruzadas en actitud respetuosa y el pelo gris asomándole en ondas rígidas por debajo de su gorro blanco. Era el prototipo de la buena sirvienta antigua.

Su actitud hacia Poirot demostraba desconfianza, pero pronto se vino abajo su resistencia. Mi amigo acercó una silla.

—Siéntese, por favor, *mademoiselle*.

—Gracias señor.

—Ha estado usted con su señora muchos años, ¿verdad?

—Diez años, señor.

—La ha servido usted mucho tiempo y con fidelidad. Debía usted de tenerle mucho afecto.

—La señora era muy buena conmigo, señor.

—Entonces no tendrá usted inconveniente en contestar unas cuantas preguntas. Se las hago con la aprobación del señor Cavendish.

—Por supuesto, señor.

—Entonces empezaré a preguntarle acerca de los sucesos de ayer tarde. ¿Tuvo su señora una disputa?

—Sí, señor; pero no sé si debo…

Dorcas titubeó.

Poirot la miró muy seriamente.

—Mi buena Dorcas. Es necesario que yo sepa todos los detalles

de esa disputa tan fielmente como sea posible. No piense que está usted traicionando los secretos de su señora. Su señora está en su lecho de muerte y tenemos que saberlo todo si queremos vengarla. Nada puede revivirla, pero si ha habido crimen esperamos entregar al asesino a la Justicia.

—Así sea —dijo Dorcas con fiereza—. Y, sin nombrar a nadie, hay *alguien* en la casa a quien ninguno de nosotros ha podido nunca soportar. ¡Desgraciado el día en que él pisó por primera vez el umbral de esta casa!

Poirot esperó a que su indignación se calmara y preguntó, adoptando de nuevo su tono práctico:

—¿Qué hay de aquella disputa? ¿Cómo se enteró usted?

—Pasaba ayer por casualidad por el vestíbulo…

—¿Qué hora era?

—No lo sé exactamente, señor; pero faltaba mucho aún para la hora del té. Puede que fueran las cuatro, o quizá un poco más tarde. Bueno, señor, como le iba diciendo, pasaba por casualidad cuando oí unas voces fuertes y muy enfadadas. Yo no me proponía escuchar, pero… bueno, el caso es que me detuve. La puerta estaba cerrada, pero la señora hablaba con voz muy aguda y clara y pude oír fácilmente lo que decía: «Me has mentido y engañado». No pude oír lo que contestó el señor Inglethorp, porque hablaba mucho más bajo. Pero ella contestó: «¿Cómo te atreves? Te he cuidado, te he vestido, te he alimentado. ¡Me lo debes todo! ¡Y así es cómo me pagas! Manchando nuestro nombre». No pude oír tampoco lo que dijo él, pero ella siguió: «Nada de lo que digas cambiará la situación. Veo claramente cuál es mi deber. Estoy decidida. No creas que me va a detener el miedo a la publicidad o al escándalo entre marido y mujer». Entonces me pareció que salían y me marché a toda prisa.

—¿Está usted segura de que era la voz del señor Inglethorp la que oyó?

—¡Oh, sí, señor! ¿De quién iba a ser, si no?

—Bien. ¿Qué ocurrió después?

—Más tarde volví al vestíbulo, pero todo estaba tranquilo. A las cinco, la señora Inglethorp tocó la campanilla y me dijo que le llevara una taza de té al *boudoir*, nada de comer. Tenía un aspecto espantoso; estaba muy pálida y como trastornada. «Dorcas», me

dijo, «he tenido un disgusto horrible». «Lo siento, señora», dije yo, «se sentirá usted mejor después de tomar una tacita de té, señora». Tenía algo en la mano. No sé si era una carta o sólo un trozo de papel, pero había algo escrito en él y la señora lo miraba como si no pudiera creer lo que estaba leyendo. Hablaba para sí entre dientes, parecía que había olvidado que yo estaba allí. «Sólo estas palabras y todo ha cambiado». Entonces me dijo: «Nunca confíes en un hombre, Dorcas; no lo merecen». Salí corriendo y le llevé una buena taza de té fuerte. Me dio las gracias, diciendo que se sentiría mejor después de haberlo tomado. «No sé qué hacer», dijo. «El escándalo en un matrimonio es una cosa horrible, Dorcas. Lo ocultaría todo, si pudiera». La señora Cavendish entró en aquel momento y ya no me dijo nada más.

—¿Tenía todavía la carta, o lo que fuera, en la mano?

—Sí, señor.

—¿Qué cree usted que haría con ella después?

—No lo sé, señor. Supongo que la guardaría en su caja morada.

—¿Era ahí donde acostumbraba a guardar los papeles importantes?

—Sí, señor. La bajaba con ella todas las mañanas y la volvía a subir por la noche.

—¿Cuándo perdió la llave de la caja?

—La perdió ayer, a la hora de almorzar, señor, y me dijo que la buscara por todas partes. Estaba muy angustiada por la pérdida.

—Pero ¿no tenía duplicado de la llave?

—Sí, señor.

Dorcas miraba a Poirot con curiosidad y, si he de decir la verdad, también yo estaba interesado. ¿Qué significaba todo aquello de la llave perdida? Poirot sonrió.

—No tiene importancia, Dorcas. Mi trabajo consiste en enterarme de las cosas. ¿Es ésta la llave perdida?

Sacó de su bolsillo la llave que había encontrado en la cerradura de la caja de documentos.

Parecía que los ojos de Dorcas iban a salirse de las órbitas.

—Sí, señor; claro que es ésa. Pero ¿dónde la encontró usted? La busqué por todas partes.

—¡Ah, pero es que ayer no estaba donde estaba hoy! Y ahora, cambiando de tema, ¿tenía su señora un traje de color verde oscuro

en su guardarropa?

Dorcas se sobresaltó ante lo inesperado de la pregunta.

—No, señor.

—¿Está usted segura?

—Desde luego, señor.

—¿Tiene alguien en la casa un traje verde?

Dorcas reflexionó.

—La señorita Cynthia tiene un traje de noche verde.

—¿Verde claro o verde oscuro?

—Verde claro, señor; una especie de *chiffon*, creo que lo llaman.

—No, no es eso lo que quiero. ¿Y nadie más tiene nada verde?

—No, señor; que yo sepa, al menos.

El rostro de Poirot no traicionó si estaba o no desilusionado. Sólo observó:

—Bueno, dejemos esto y pasemos adelante. ¿Cree usted que su señora tenía intención de tomar anoche polvos de dormir?

—*Anoche*, no, señor; sé que no los tomó.

—¿Cómo lo sabe usted con tanta seguridad?

—Porque la caja estaba vacía. Tomó la última dosis hace dos días y no tenía más cantidad preparada.

—¿Está usted completamente segura de lo que me cuenta?

—Completamente, señor.

—Entonces está claro. Por cierto, ¿no le pidió ayer su señora que firmara ningún papel?

—¿Firmar un papel? No, señor.

—Cuando el señor Hastings y el señor Lawrence Cavendish volvieron anoche, encontraron a su señora escribiendo cartas. ¿No puede darme usted una idea de a quién iban dirigidas las cartas?

—Lo siento, señor, pero no puedo decírselo. Era mi tarde libre. Quizás Annie lo sepa, aunque es una chica muy atolondrada. No recogió las tazas de café anoche. Eso es lo que pasa cuando yo no estoy para cuidarme de las cosas.

Poirot levantó la mano.

—Ya que no ha recogido las tazas, Dorcas, déjelas un poco más, se lo ruego. Me gustaría examinarlas todas con atención.

—Muy bien, señor.

—¿A qué hora salió usted ayer?

—A eso de las seis, señor.

—Gracias, Dorcas, eso es todo lo que tengo que preguntarle —se levantó y se acercó a la ventana—. He estado admirando estos macizos de flores. A propósito, ¿cuántos jardineros hay en la casa?

—Ahora sólo tres, señor. Había cinco antes de la guerra, cuando esta casa era lo que debe ser una casa de señores. Me gustaría que hubiera usted visto entonces el jardín, señor. Estaba precioso. Pero ahora sólo están el viejo Manning, el joven William y una mujer a la última moda, con pantalones y cosas por el estilo. ¡Qué tiempos más horribles!

—Volverán los buenos tiempos, Dorcas. Por lo menos, eso espero. Bien, ¿quiere decirle a Annie que venga?

—Sí, señor. Gracias, señor.

—¿Cómo ha sabido usted que la señora Inglethorp tomaba polvos para dormir? —pregunté con viva curiosidad cuando Dorcas salió del cuarto—. ¿Y lo de la llave perdida y su duplicado?

—Cada cosa a su tiempo. En cuanto a los polvos de dormir, lo supe por esto.

Súbitamente me mostró una pequeña caja de cartón, como las que los farmacéuticos usan para los polvos.

—¿Dónde la encontró usted?

—En el cajón del lavabo del cuarto de la señora Inglethorp. Era el número seis de mi lista.

—Puesto que los últimos polvos los tomó hace dos días, no es de mucha importancia.

—Probablemente no; pero ¿no hay nada en esta caja que le parezca extraño?

La examiné con cuidado.

—No, la verdad.

—Mire la etiqueta.

Leí la etiqueta con atención: «Tómese una dosis antes de acostarse, si hiciera falta. Señora Inglethorp».

—No, no veo nada de particular.

—¿No le extraña que no tenga el nombre del farmacéutico?

—¡Ah! —exclamé—. ¡Claro que es extraño!

—¿Ha conocido usted algún farmacéutico que despache una caja como ésta sin que lleve su nombre impreso?

—No, nunca.

Mi excitación iba en aumento, pero Poirot me echó un jarro de

agua fría al decir:

—Sin embargo, la explicación es muy sencilla. De modo que no se alarme usted, amigo mío.

No tuve tiempo de contestar, ya que un crujido anunció que Annie se acercaba.

Annie era una muchacha guapa y pizpireta. En aquel momento era presa de gran excitación, mezclada al placer morboso de la tragedia que había ocurrido en la casa.

Poirot fue directamente al asunto, con actividad realmente práctica.

—La he mandado buscar, Annie, porque he creído que quizá usted pudiera decirme algo acerca de las cartas que la señora Inglethorp escribió anoche. ¿Cuántas cartas eran? ¿Recuerda usted los nombres de las personas a quienes iban dirigidas?

Annie meditó un momento.

—Eran cuatro cartas, señor. Una era para la señorita Howard, una para el señor Wells, y las otras dos, creo que no me acuerdo… ¡Ah, sí! Una era para la Casa Ross, los proveedores de Tadminster. De la otra no me acuerdo.

—Trate de recordar —insistió Poirot.

Annie se devanó los sesos, pero en vano.

—Lo siento, señor, pero no tengo ni idea. Creo que no me fijé.

—No importa —dijo Poirot, sin demostrar desilusión—. Ahora quiero preguntarle a usted otra cosa. Hay un cazo en el cuarto de la señora Inglethorp, con un poco de chocolate. ¿Acostumbraba a tomarlo todas las noches?

—Sí, señor, ciertamente. Se lo subía cada atardecer y ella lo calentaba a cualquier hora de la noche, cuando le apetecía.

—¿Qué era? ¿Sólo chocolate?

—Sí, señor, hecho con leche, con una cucharada de azúcar y dos de ron.

—¿Quién se lo llevaba a su cuarto?

—Yo, señor.

—¿Siempre?

—Sí, señor.

—¿A qué hora?

—Por regla general cuando iba a correr las cortinas, señor.

—Entonces, ¿se lo subía usted directamente de la cocina?

—No, señor. Como usted ve, no hay mucho espacio en la cocina de gas, de modo que la cocinera lo preparaba antes de poner las verduras para la cena. Entonces yo lo subía y lo ponía en la mesa junto a la puerta giratoria, y más tarde se lo llevaba a su cuarto.

—La puerta giratoria está en el ala izquierda, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Y la mesa está en este lado de la puerta o en el lado del servicio?

—En este lado, señor.

—¿A qué hora lo subió usted anoche?

—Creo que a eso de las siete y cuarto, señor.

—¿Y cuándo lo llevó usted al cuarto de la señora Inglethorp?

—Cuando fui a cerrar las cortinas, señor, alrededor de las ocho. La señora Inglethorp subió a acostarse antes de que yo hubiera terminado.

—¿Entonces, entre las siete y cuarto y las ocho, el chocolate estuvo en la mesa en el ala izquierda?

—Sí, señor.

Annie se había ido poniendo cada vez más roja y de pronto estalló inesperadamente:

—Y si había sal en el chocolate, señor, no fui yo. Yo no lo puse cerca de la sal.

—¿Qué es lo que le hace pensar que había sal en él?

—La he visto en la bandeja, señor.

—¿Vio usted sal en la bandeja?

—Sí. Parecía sal gorda, de cocina. No me di cuenta cuando subí con la bandeja, pero cuando fui a llevarla al cuarto de la señora, la vi enseguida. Debí haberlo bajado otra vez y decirle a la cocinera que hiciera otro chocolate, pero estaba muy apurada porque Dorcas había salido, y pensé que a lo mejor la sal no había tocado al chocolate, sólo a la bandeja. Así que la limpié con mi delantal y la dejé dentro.

Con gran dificultad pude dominar mi excitación. Sin darse cuenta, Annie nos había suministrado una pista importante. ¡Cómo se hubiera asombrado de saber que su «sal gorda de cocina» era estricnina, uno de los venenos mortíferos que conoce la Humanidad! Me maravilló la calma de Poirot. Su dominio de sí mismo era asombroso. Esperaba con impaciencia la siguiente

pregunta, pero me desilusionó.

—Cuando usted fue al cuarto de la señora Inglethorp, ¿estaba cerrada la puerta que comunica al cuarto de la señorita Cynthia?

—Sí, señor. Siempre ha estado cerrada. Nunca se abre.

—¿Y la puerta del cuarto del señor Inglethorp? ¿Se fijó usted si estaba cerrada también?

Annie dudó.

—No puedo decirlo con seguridad, señor; estaba cerrada, pero no sé si el cerrojo estaba echado.

—Cuando usted dejó el cuarto, ¿cerró la señora Inglethorp la puerta?

—No, señor, no la cerró entonces; pero me figuro que lo haría más tarde. Acostumbraba a encerrarse todas las noches. Me refiero a la puerta que da al pasillo.

—¿Vio usted una mancha de esperma de vela en el suelo cuando arregló el cuarto ayer?

—¿Esperma? No, señor. La señora Inglethorp no tenía vela, sólo una lámpara de alcohol.

—Entonces, si hubiera habido una gran mancha de esperma en el suelo, ¿está usted segura de que se hubiera dado cuenta?

—Sí, señor, y la hubiera limpiado con un secante y una plancha caliente.

Entonces Poirot repito la pregunta que había hecho a Dorcas:

—¿Ha tenido alguna vez su señora un traje verde?

—No, señor.

—¿Ni una capa, ni una mantilla, ni un… cómo dicen ustedes…, ni un abrigo de deporte?

—Verde, no, señor.

—¿Ni ninguna otra persona de la casa?

Annie reflexionó.

—No, señor.

—¿Está usted segura?

—Completamente segura.

—¡Bien! Eso es todo. Muchas gracias.

Con una risa nerviosa, Annie salió del cuarto. Mi excitación, refrenada hasta entonces, estalló.

—¡Poirot! —grité—. ¡Le felicito! ¡Qué gran descubrimiento!

—¿A que llama usted un gran descubrimiento?

—¡A qué va a ser! A que era el chocolate, y no el café, el que estaba realmente envenenado. ¡Esto lo explica todo! Naturalmente, no hizo efecto hasta la mañana, porque el chocolate fue tomado a mitad de la noche.

—¿De modo que usted cree que el chocolate, fíjese bien en lo que digo, *el chocolate*, contenía estricnina?

—¡Claro! ¿Qué podía ser, si no, la sal de la bandeja?

—Podía haber sido sal —replicó Poirot plácidamente.

Me encogí de hombros. Si se ponía así, era inútil hablar con él. Se me ocurrió la idea, y no por primera vez, de que mi pobre Poirot estaba envejecido. Pensé que era una suerte que se hubiera asociado con alguien de mente más rápida.

Poirot me observaba con ojos chispeantes.

—¿No está usted satisfecho de mí, *mon ami*?

—Mi querido Poirot —dije con indiferencia—, no soy yo quién para dirigirle a usted. Usted tiene derecho a su propia teoría, como yo lo tengo a la mía.

—Admirable pensamiento —observó Poirot, levantándose con ligereza—. Ya he terminado con este cuarto. A propósito, ¿de quién es ese pequeño escritorio de la esquina?

—Del señor Inglethorp.

—¡Ah! —hizo una tentativa de abrir la cubierta enrollable—. Está cerrada. Pero puede ser que la abra alguna de las llaves de la señora Inglethorp.

Ensayó con varias, retorciéndolas y haciéndolas girar con mano práctica, hasta que finalmente lanzó una exclamación de júbilo.

—*Voilà!* No es la llave de aquí, pero puede abrir el gabinete en caso de apuro.

Levantó el cierre enrollable y echó una rápida ojeada a los papeles, ordenados cuidadosamente. Con gran sorpresa por mi parte, no los examinó, sino que se limitó a observar, mientras cerraba de nuevo el mueble:

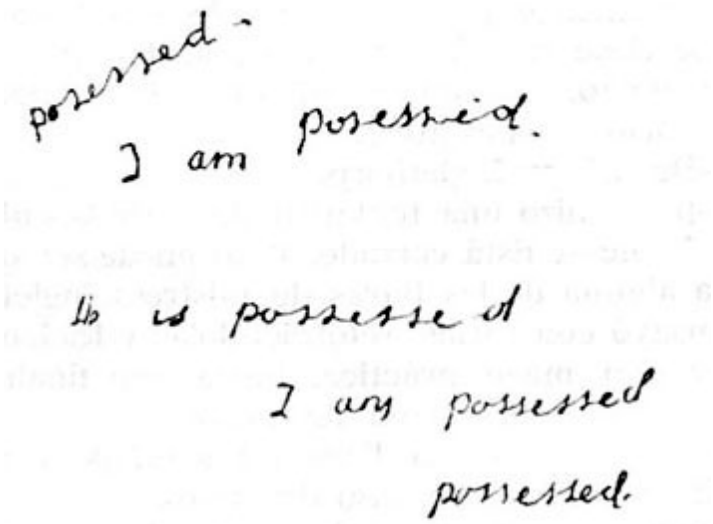
—Decididamente, este señor Inglethorp es un hombre de método.

Un «hombre de método», desde el punto de vista de Poirot, era la mayor alabanza que podía hacerse de un individuo.

Me di cuenta de que mi amigo no era el de antes cuando siguió divagando deshilvanadamente.

—No había sellos en este escritorio, pero podía haberlos habido, ¿verdad, *mon ami*? ¡Podía haberlos habido! No —sus ojos recorrieron la habitación—, este *boudoir* no tiene nada más que decirnos. No nos dio gran cosa. Sólo esto.

Sacó de su bolsillo un sobre arrugado y me lo tiró. Era un sobre vulgar, viejo y de aspecto sucio, y en él, al parecer sin propósito definido, se veían unas cuantas palabras garabateadas. Incluyo en la página anterior un facsímil del sobre.[1]



Capítulo V

NO FUE CON ESTRICNINA, ¿VERDAD?

—¿Dónde lo ha encontrado usted? —pregunté a Poirot con viva curiosidad.

—En el cesto de los papeles. ¿Reconoce usted la letra?

—Sí, es de la señora Inglethorp. Pero ¿qué significa?

Poirot se encogió de hombros.

—No sé, pero sugiere muchas cosas.

Una idea disparatada cruzó por mi mente como un relámpago. ¿Sería posible que la señora Inglethorp tuviera perturbadas sus facultades mentales? ¿Tendría una absurda manía de posesión? Y siendo así, ¿no se habría suicidado?

Estaba a punto de expresar a Poirot estas teorías, pero sus palabras me distrajeron.

—Vamos a examinar las tazas de café —dijo.

—Pero ¡querido Poirot! ¿Qué importancia tiene eso ahora que sabemos lo del chocolate?

—*Oh, là, là!* El pobre chocolate —exclamó Poirot ligeramente.

Y se rió muy divertido, levantando los brazos al cielo, con cómica desesperación, actitud que me pareció del peor gusto.

—De todos modos —dije acentuando mi frialdad—, desde el momento en que fue la propia señora Inglethorp la que subió su café, no sé qué es lo que espera usted encontrar en él, como no sea un paquete de estricnina en la bandeja.

Poirot se serenó inmediatamente.

—¡Vamos, vamos, amigo mío! —dijo, cogiéndome del brazo—. *Ne vous fachez pas!* Permítame que me interese en mis tazas de café y yo respetaré su chocolate. ¿De acuerdo?

Parecía tan sumamente divertido, que no tuve más remedio que

reírme y fuimos juntos al salón, donde seguían las tazas de café y la bandeja, tal como antes las habíamos dejado.

Poirot me hizo reconstruir la escena de la noche anterior, escuchándome con mucha atención y comprobando la posición de las diversas tazas.

—De modo que la señora Cavendish estaba junto a la bandeja y sirvió el café. Eso es. Entonces se acercó a la ventana, donde estaban usted y *mademoiselle* Cynthia. Aquí están las tres tazas. Y la taza de la repisa de la chimenea, a medio tomar, será la del señor Lawrence Cavendish. ¿Y la de la bandeja?

—Es la de John Cavendish. Le vi dejarla allí.

—Bien. Una, dos, tres, cuatro, cinco…; pero… ¿dónde está la del señor Inglethorp?

—Él no toma café.

—Entonces todo está en regla. Un momento, amigo mío.

Con infinito cuidado tomó un granito o dos de los posos de cada taza, sellándolos en tubos de ensayo separados, después de probar uno tras otro. Su fisonomía sufrió una transformación extraña, adquiriendo una expresión mitad de desconcierto, mitad de alivio.

—¡Bien! —dijo finalmente—. Es evidente. Tenía una idea, pero está claro que era equivocada. Sí, completamente equivocada. Sin embargo, es extraño. Pero no importa.

Con un encogimiento de hombros característico desechó la idea que le importunaba, cualquiera que fuera. Pude haberle dicho que aquella obsesión suya por el café estaba destinada desde el principio a terminar en un callejón sin salida, pero me mordí la lengua. Aunque envejecido, Poirot había sido un gran hombre en sus tiempos.

—El desayuno está listo —dijo John Cavendish, que venía del vestíbulo—. ¿Desayunará usted con nosotros, *monsieur* Poirot?

Poirot asintió. Observé a John. Había recuperado casi por completo su ser habitual. La impresión de los sucesos de la noche anterior le habían afectado temporalmente, pero su equilibrio se había restablecido. Era un hombre de muy pobre imaginación, en vivo contraste con su hermano, que quizá tenía demasiada.

Desde las primeras horas de la mañana, John había estado muy atareado enviando telegramas, uno de los primeros para Evelyn Howard, escribiendo las reseñas para los periódicos y dedicándose

en general a todos los melancólicos deberes que una muerte trae consigo.

—¿Cómo van las cosas? —dijo—. ¿Ha descubierto usted si mi madre ha muerto de muerte natural o si… debemos estar preparados para lo peor?

—Creo, señor Cavendish —dijo Poirot gravemente—, que no debe usted abrigar falsas esperanzas. ¿Qué opinan los restantes miembros de la familia?

—Mi hermano Lawrence está convencido de que toda esta excitación no está justificada. Dice que todo indica que mi madre murió de un ataque al corazón.

—¿Ah, sí? Muy interesante, muy interesante —murmuró Poirot suavemente—. ¿Y la señora Cavendish?

El rostro de John se ensombreció.

—No tengo la menor idea de cuál es la opinión de mi mujer respecto a este asunto.

La respuesta fue un poco seca. John rompió el violento silencio diciendo con cierto esfuerzo:

—¿Le he dicho que ya ha vuelto el señor Inglethorp?

Poirot asintió con la cabeza.

—Es una situación muy molesta para todos nosotros. Naturalmente, tenemos que tratarlo como de costumbre; pero ¡diablo!, le revuelve a uno el estómago el tener que sentarse a la mesa con un posible asesino.

Poirot asintió comprensivamente.

—Lo comprendo perfectamente. Es una situación muy difícil para usted, señor Cavendish. Me gustaría hacerle una pregunta. La razón por la que el señor Inglethorp no volvió anoche fue, según creo, que había olvidado el llavín, ¿verdad?

—Sí.

—Supongo que estará usted completamente seguro de que realmente *se le olvidó* el llavín, que no se lo había llevado.

—No tengo idea. No se me ocurrió mirar. Siempre lo guardamos en el mismo sitio del vestíbulo. Iré a ver si está allí ahora.

Poirot levantó una mano, sonriendo débilmente.

—No, no, señor Cavendish; es demasiado tarde ya. Estoy seguro de que lo encontraría allí. Si el señor Inglethorp se lo llevó anoche, ha tenido tiempo sobrado de volverlo a su sitio.

—Pero ¿usted cree que…?

—No creo nada. Si alguien por casualidad hubiera mirado antes de su regreso y hubiera visto allí el llavín, sería un punto a su favor. Eso es todo.

John se quedó perplejo.

—No se preocupe —dijo Poirot suavemente—. Le aseguro que no debe preocuparse por ello. Ya que es usted tan amable, vamos a tomar el desayuno.

Todo el mundo se había reunido en el comedor. En aquellas circunstancias no constituíamos, naturalmente, una asamblea muy alegre. La reacción después de una conmoción es siempre penosa y todos nos resentíamos de sus efectos. Claro que por decoro y buena educación nos conducíamos más o menos como de costumbre. Pero no pude menos de preguntarme si ese comportamiento requería un gran esfuerzo. Nadie tenía los ojos rojos ni en los rostros había esas señales que deja el dolor. Me di cuenta de que estaba en lo cierto al pensar que Dorcas era la persona más afectada por la tragedia.

Miré a Alfred Inglethorp, que representaba el papel de viudo atribulado con una hipocresía que me pareció del peor gusto. Me pregunté si sabría que sospechábamos de él. Es seguro que no podía ignorar el hecho, por mucho que lo disimuláramos. ¿No sentiría miedo interiormente o confiaría en que su crimen quedaría impune? Era imposible que la atmósfera, cargada de sospechas, no le advirtiera de que era ya un hombre marcado gravemente.

Pero ¿sospecharía todo el mundo de él? ¿Y la señora Cavendish? La observé sentada a la cabecera de la mesa, graciosa, serena, enigmática. Estaba muy hermosa con su ligero vestido gris y aquellos volantes de las muñecas que caían sobre sus manos. Sin embargo, cuando se sirvió, su rostro tenía la inescrutabilidad del de una esfinge. Apenas abrió los labios, pero la gran fuerza de su personalidad nos dominaba a todos.

¿Y la pequeña Cynthia? ¿Sospecharía ella? Me pareció muy cansada y enferma. Su actitud era muy lánguida y pesada. Le pregunté si se sentía mal y me contestó sin ambages:

—Sí, tengo un brutal dolor de cabeza.

—¿Otra taza de café, *mademoiselle*? —preguntó Poirot solícitamente—. La animará mucho. No hay nada como el café para el dolor de cabeza.

Se levantó a coger su taza.

—Sin azúcar —dijo Cynthia, viéndole coger los terrones.

—¿Sin azúcar? Sacrificios de guerra, ¿verdad?

—No, nunca tomo azúcar con el café.

—*Sacré!* —murmuró Poirot entre dientes al devolverle la taza llena.

Sólo yo le oí y, levantando hacia él la vista, vi que se esforzaba en reprimir su excitación y que sus ojos eran verdes como los de un gato. Había visto u oído algo que la había afectado extraordinariamente, pero ¿qué sería? No suelo tenerme por torpe, pero debo confesar que nada fuera de lo corriente había llamado *mi* atención.

Momentos más tarde, la puerta se abrió y apareció Dorcas.

—El señor Wells quiere verle, señor —le dijo a John.

Recordé que Wells era el nombre del abogado a quien la señora Inglethorp había escrito la noche anterior.

John se levantó inmediatamente.

—Páselo a mi estudio —luego se volvió hacia nosotros—. Es el abogado de mi madre. Es también —terminó en voz baja— el coronel… Ya me entienden. Si quieren acompañarme…

Asentimos y salimos con él de la habitación. John iba delante de nosotros y aproveché la oportunidad para murmurar al oído de Poirot:

—¿Es que va a haber interrogatorio?

Poirot asintió distraídamente. Parecía tan absorto en sus pensamientos que mi curiosidad se despertó.

—¿Qué ocurre? No está usted escuchando lo que le digo.

—Es cierto amigo. Estoy preocupado.

—¿Por qué?

—Porque *mademoiselle* Cynthia no toma azúcar con el café.

—¿Cómo? ¡No hablará usted en serio!

—Claro que hablo en serio. Hay algo aquí que no entiendo. Mi instinto no se equivocó.

—¿Qué instinto?

—El instinto que me llevó a examinar esas tazas de café. *Chut!* A callar ahora.

Seguimos a John a su estudio y se cerró la puerta tras de nosotros.

El señor Wells era un hombre agradable, de mediana edad. Con ojos penetrantes y la boca característica de los abogados. John nos presentó y explicó la razón de nuestra presencia por nuestra inmediata intervención en el asunto.

—Comprenderá usted, Wells —añadió—, que todo esto es estrictamente confidencial. Todavía confiamos en que no haga falta ninguna clase de investigación.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Wells políticamente—. Me hubiera gustado ahorrarles a ustedes el disgusto y la publicidad de una pesquisa; pero, naturalmente, es inevitable, faltando el certificado médico.

—Sí, ya me lo figuro.

—Es inteligente, ese Bauerstein. Una autoridad en toxicología, según parece.

—Desde luego —dijo John con cierta sequedad. Después añadió, dudando—: ¿Tendremos que presentarnos como testigos…, quiero decir, todos nosotros?

—Usted, naturalmente, y… hum, el señor Inglethorp también, desde luego.

Siguió una breve pausa, antes de que el abogado continuara, con su tono apaciguador:

—Cualquiera otro testimonio será simplemente confirmatorio, pura cuestión de fórmula.

—Ya.

Una ligera expresión de alivio cruzó por el rostro de John. Me sorprendió, porque no aprecié motivo para ello.

—Si no tiene usted nada que oponer —prosiguió Wells—, he pensado en el viernes. Así tendremos tiempo suficiente para el informe médico. ¿La autopsia se practicará esta noche?

—Sí.

—Entonces, ¿le conviene a usted el viernes?

—Desde luego.

—No necesito decirle, querido Cavendish, lo apenado que estoy con este trágico asunto.

—¿No puede usted ayudarnos a resolverlo, *monsieur*? —intervino Poirot, hablando por primera vez desde que habíamos entrado en el estudio.

—¿Yo?

—Sí. Hemos oído decir que la señora Inglethorp le escribió anoche. Debe de haber recibido usted la carta esta mañana.

—Sí, pero no contiene ninguna información de interés. Es sencillamente una nota pidiéndome que viniera a verla esta mañana, pues quería mi consejo en un asunto de gran importancia.

—¿No le insinúa de qué se trataba?

—No, por desgracia.

—Es una lástima —dijo Poirot.

Nos quedamos en silencio. Poirot se perdió en sus pensamientos durante unos cuantos minutos. Finalmente, se volvió de nuevo al abogado.

—Señor Wells, me gustaría preguntarle una cosa, si no es contrario a su ética profesional. En caso de que la señora Inglethorp muriera, ¿quién heredaría su dinero?

El abogado dudó un momento y luego replicó:

—Todo esto será del dominio público muy pronto, de modo que, si el señor Cavendish no tiene nada que objetar…

—En absoluto —intervino John.

—No veo razón que impida contestar a su pregunta. Según el último testamento, fechado en agosto del pasado año, después de varios legados sin importancia a sirvientes, etcétera, deja toda su fortuna a su hijastro el señor John Cavendish, al que quería mucho.

—Perdone la pregunta, señor Wells: ¿no era esta disposición muy injusta con respecto a su otro hijastro, Lawrence Cavendish?

—No, no lo creo así. Según los términos del testamento de su padre, en tanto que John heredaría la propiedad, Lawrence, a la muerte de su madrastra, entraría en posesión de una considerable suma. La señora Inglethorp dejó su dinero a su hijastro mayor sabiendo que él tendría que conservar Styles. A mi modo de ver, fue un reparto muy justo y equitativo.

Poirot asintió, pensativo.

—Sí, ya veo. ¿Pero es cierto que, según la Ley inglesa, ese testamento quedaba automáticamente anulado al volver a casarse la señora Inglethorp?

El señor Wells hizo una señal de afirmación.

—Según iba a decir ahora, *monsieur* Poirot, ese documento no tiene actualmente ninguna validez.

—*Hein!* —exclamó Poirot, preguntando después de reflexionar

un momento—. ¿Conocía este hecho la señora Inglethorp?

—No lo sé. Seguramente…

—Lo sabía —dijo John inesperadamente—. Todavía ayer estuvimos discutiendo acerca de los testamentos anulados por el matrimonio.

—¡Ah! Otra pregunta, señor Wells. Dijo usted «su último testamento». ¿Es que la señora Inglethorp había hecho más testamentos con anterioridad?

—Por término medio, hacía un nuevo testamento por lo menos una vez al año —dijo el señor Wells imperturbable—. Era dada a cambiar de opinión respecto a sus disposiciones testamentarias, beneficiando ahora a uno y luego a otro miembro de la familia.

—Supongamos —sugirió Poirot— que, sin saberlo usted, hubiera otorgado otro testamento en favor de alguien que no fuera de la familia, digamos, en favor de la señorita Howard, por ejemplo, ¿le sorprendería a usted?

—En absoluto.

—¡Ah!

Poirot parecía haber agotado sus preguntas. Me acerqué a él, mientras John y el abogado discutían sobre la conveniencia de revisar los papeles de la señora Inglethorp.

—¿Cree usted que la señora Inglethorp hizo un testamento dejando todo su dinero a la señorita Howard? —pregunté en voz baja, con cierta curiosidad.

Poirot sonrió.

—No.

—Entonces, ¿por qué lo preguntó usted?

—¡Silencio!

John Cavendish se había vuelto hacia Poirot para preguntarle:

—¿Viene con nosotros, *monsieur* Poirot? Vamos a revisar los papeles de mi madre. El señor Inglethorp está dispuesto a confiarnos esa tarea al señor Wells y a mí.

—Lo que simplifica mucho las cosas —murmuró el abogado—, ya que legalmente, por supuesto, estaba autorizado a…

No terminó la frase.

—Miraremos primero en el escritorio del *boudoir* —explicó John —, y después subiremos a su cuarto. Tenemos que revisar minuciosamente una caja de documentos de color morado donde

guardaba sus papeles más importantes.

—Sí —dijo el abogado—, es muy posible que haya en la caja un testamento posterior al que yo tengo.

—*Hay* un testamento posterior.

Fue Poirot quien habló.

John y el abogado miraron a Poirot, sobresaltados.

—¿Qué?

—Mejor dicho —siguió mi amigo, sin perder su calma—, *lo había*.

—¿Qué quiere usted decir con eso de *lo había*? ¿Dónde está ahora?

—Quemado.

—¿Quemado?

—Sí. Miren esto.

Mostró el fragmento chamuscado que había encontrado en el hogar de la chimenea del cuarto de la señora Inglethorp y se lo entregó al abogado, explicándole brevemente dónde y cuándo lo había encontrado.

—Puede ser que fuera un testamento antiguo.

—No lo creo. En realidad, estoy casi seguro de que fue redactado ayer tarde.

—¿Qué? ¡Imposible! —saltaron a una los dos hombres.

Poirot se dirigió a John.

—Si me permite usted que mande a buscar a su jardinero, se lo demostraré.

—Claro que sí, pero no veo…

Poirot alzó una mano.

—Haga lo que le digo. Después formulará cuantas preguntas desee.

—Muy bien.

Tocó un timbre y Dorcas se presentó sin tardar.

—Dorcas, ¿quiere decirle a Manning que venga, que tengo que hablarle?

—Sí, señor.

Dorcas se retiró.

Esperamos en un silencio lleno de tirantez. Sólo Poirot parecía estar completamente a sus anchas y quitó el polvo de una esquina olvidada de la librería.

Las pisadas en la arena de unas botas claveteadas anunciaron la proximidad de Manning. John consultó a Poirot con la mirada y éste asintió con la cabeza.

—Entre, Manning, quiero hablarle —dijo John.

Manning entró despacio y titubeando a través de la puerta-ventana, quedándose tan cerca de ella como le fue posible. Tenía la gorra en la mano y le daba vueltas y más vueltas sin cesar. Se encorvaba mucho, aunque probablemente no era tan viejo como parecía, y sus ojos, vivos e inteligentes, contradecían sus palabras, lentas y cautelosas.

—Manning —dijo John—, este señor va a hacerle unas preguntas y yo quiero que usted le conteste.

—Sí, señor —musitó Manning.

Poirot se acercó a él con ligereza. La mirada de Manning resbaló sobre él con cierto desprecio.

—Estaba usted ayer tarde plantando un macizo de begonias en la parte sur de la casa, ¿no es así, Manning?

—Sí, señor; yo y William.

—Y la señora Inglethorp se acercó a la ventana y les llamó, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Dígame usted exactamente lo que ocurrió después de acaecer esto.

—No gran cosa, señor. Ella le dijo a William que cogiera la bicicleta y fuera al pueblo a buscar papel para un testamento, o algo por el estilo, no sé bien; se lo escribió.

—¿Y qué más?

—William fue, señor.

—¿Y qué ocurrió después?

—Continuamos con las begonias, señor.

—¿No les volvió a llamar la señora Inglethorp?

—Sí, señor; nos llamó a los dos, a William y a mí.

—¿Y luego?

—Nos hizo firmar al final de un papel muy largo, debajo de donde ella había firmado.

—¿Vio usted algo de lo que estaba escrito antes de la firma de ella? —preguntó Poirot vivamente.

—No, señor; había un trozo de secante encima de aquella parte.

—¿Y firmaron ustedes donde les dijo?

—Sí, señor, yo primero y después William.

—¿Qué hizo ella después con el documento?

—Lo metió dentro de un sobre largo y lo guardó en una especie de caja morada que había en el escritorio.

—¿Qué hora era cuando les llamó a ustedes por primera vez?

—A eso de las cuatro, creo yo, señor.

—¿No sería más temprano? ¿A las tres y media, por ejemplo?

—No, me parece que no, señor. Más bien un poco después de las cuatro, no antes.

—Gracias, Manning, está bien —dijo Poirot amablemente.

El jardinero consultó a su amo con la mirada, John asintió y Manning se retiró por la puerta-ventana, llevándose un dedo a la frente a guisa de saludo y murmurando entre dientes algo ininteligible.

Nos miramos unos a otros.

—¡Cielo santo! —murmuró John—. ¡Qué coincidencia más extraordinaria!

—¿Cómo coincidencia?

—Que mi madre hubiera hecho el testamento el mismo día de su muerte.

Wells se aclaró la garganta y observó fríamente:

—¿Está usted seguro de que es una coincidencia, Cavendish?

—¿Qué quiere decir?

—Su madre, según me ha dicho, tuvo una violenta disputa con… alguien, ayer tarde.

—¿Qué quiere decir? —volvió a exclamar John.

Había cierto temblor en su voz a la vez que se había puesto muy pálido.

—Como consecuencia de aquella pelea, su madre, súbitamente y a toda prisa, hace un nuevo testamento. Nunca sabremos el contenido de ese testamento. A nadie habló de sus disposiciones. Sin duda, esta mañana me hubiera consultado a mí el asunto, pero no tuvo oportunidad. El testamento desaparece y ella se lleva el secreto a su tumba. Cavendish, me temo que esto no es una coincidencia. *Monsieur* Poirot, estoy seguro de que está usted de acuerdo conmigo en que estos hechos sugieren muchas cosas.

—De todos modos —interrumpió John—, estamos muy

agradecidos a *monsieur* Poirot por haber aclarado este punto. De no ser por él, nunca hubiéramos tenido noticia del testamento. ¿Puede decirme, *monsieur*, qué fue lo que le indujo a sospechar su existencia?

Poirot contestó sonriendo:

—Un viejo sobre garabateado y un macizo de begonias recién plantado.

Supongo que John hubiera seguido preguntando, pero se oyó el ronroneo del motor de un coche y todos nos acercamos a la ventana, a tiempo de ver un automóvil que pasaba rápidamente.

—¡Evie! —exclamó John—. Perdóneme, Wells.

Salió corriendo al vestíbulo.

Poirot me miró instintivamente.

—La señorita Howard —expliqué.

—Ah, me alegro de que haya venido. Esa mujer tiene cabeza y corazón, Hastings, aunque Dios no le haya dado belleza.

Seguí el ejemplo de John y salí al vestíbulo, donde la señorita Howard luchaba por desembarazarse del montón de velos que envolvían su cabeza. Cuando fijó en mí sus ojos, un doloroso sentimiento de culpabilidad me hirió. Esa mujer me había advertido encarecidamente del peligro y, por desgracia, yo no había tenido en cuenta su advertencia. ¡Qué pronto y qué despectivamente la había alejado de mi imaginación! Me sentí avergonzado al ver comprobados sus temores de modo tan trágico. La señorita Howard conocía bien a Alfred Inglethorp. Me pregunté si la tragedia hubiera ocurrido de hallarse ella en Styles. ¿Habría temido el asesino su mirada vigilante?

Me sentí aliviado cuando me estrechó la mano con aquel apretón doloroso que yo recordaba muy bien. Me miró tristemente, pero sin reprocharme nada. Comprendí por lo rojo de sus párpados que había llorado amargamente, pero su actitud era tan áspera como de costumbre.

—Salí al recibir el telegrama. He tenido guardia de noche. Alquilé un coche. El modo más rápido de llegar aquí.

—¿Has comido algo, Evie?

—No.

—Lo suponía. Ven, todavía no han retirado el desayuno y pueden hacerte té nuevo —se volvió hacia mí—. Cuídate de ella,

Hastings, ¿quieres? Wells me está esperando. Ah, aquí está *monsieur* Poirot. Está ayudándonos en este asunto, Evie.

La señorita Howard estrechó la mano de Poirot, pero miró a John con suspicacia por encima de su hombro.

—¿Qué quiere decir eso de «ayudándonos»?

—Está ayudándonos en la investigación.

—Nada de investigación. ¿Está ya en la cárcel?

—¿En la cárcel? ¿Quién?

—¿Quién? Alfred Inglethorp, por supuesto.

—Querida Evie, ten cuidado. Lawrence opina que mi madre ha muerto de un ataque al corazón.

—¡El tonto de Lawrence! —replicó la señorita Howard—. Está claro que Alfred Inglethorp asesinó a la pobre Emily, como siempre pronostiqué.

—Querida Evie, no grites tanto. Por mucho que pensemos o sospechemos, es mejor hablar lo menos posible por el momento. La indagatoria no se celebrará hasta el viernes.

—¡Rábanos cocidos! —el resoplido de la señorita Howard fue realmente magnífico—. Habéis perdido todos la cabeza. Para entonces el hombre estará fuera del país. Si tiene algún sentido, no se va a quedar aquí esperando a que lo cuelguen.

John Cavendish la miró con desesperación.

—Ya sé lo que pasa —le afeó ella—. Habéis estado escuchando a los médicos. ¿Qué saben ellos? Nada, o lo bastante para hacerlos peligrosos. Lo sé bien; mi padre era médico. Ese Wilkins es el tonto más redomado que me encontré en mi vida. ¡Ataque al corazón! ¡Qué se va a esperar que diga ése! Cualquiera que no esté loco vería enseguida que su marido la ha envenenado. Siempre he dicho que acabaría asesinándola en su propia cama. ¡Alma mía! Ya lo ha hecho. Y todo lo que se os ocurre decir es que si ataque al corazón, que si la indagatoria… Debías estar avergonzado, John Cavendish.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó John, sin poder reprimir una débil sonrisa—. Déjalo ya, Evie, no puedo arrastrarlo al puesto de policía agarrado por el pescuezo como si fuera un perro.

—Bueno, tienes que hacer algo. Descubrir cómo lo hizo. Es un tipo muy astuto. Juraría que usó papeles de matar moscas. Pregunta a la cocinera si le falta alguno.

Comprendí que albergar bajo el mismo techo a la señorita

Howard y a Alfred Inglethorp y mantener la paz entre ellos iba a ser tarea de romanos y no envidié a John. Pude ver por la expresión de su rostro que se daba cuenta de lo difícil de la situación. Por de pronto, trató de salvarse con la retirada y salió del cuarto precipitadamente.

Dorcas trajo el té recién hecho. Cuando se marchó, Poirot se acercó desde la ventana donde había permanecido todo el tiempo y se sentó, mirando a la señorita Howard.

—Señorita —dijo gravemente—, quisiera hacerle una pregunta.

—Adelante —dijo ésta, mirándole con cierta animosidad.

—Quisiera poder contar con su ayuda.

—Le ayudaré con gusto a colgar a Alfred —replicó, ceñuda—. Aunque la horca es demasiado buena para él. Debería ser arrastrado y descuartizado, como en los buenos tiempos.

—Entonces, estamos de acuerdo —dijo Poirot—, porque yo también quiero colgar al criminal.

—¿A Alfred Inglethorp?

—A él o a quien sea.

—No puede ser otro. La pobre Emily no fue asesinada hasta que *él* vino. No digo que no estuviera rodeada de tiburones, lo estaba. Pero lo único que hacían era vigilar su pulso. Su vida no estaba en peligro. Pero viene el señor Alfred Inglethorp y en dos meses, ¡pumba!

—Créame, señorita Howard —dijo Poirot muy seriamente—: si el señor Inglethorp es el hombre que buscamos, no se me escapará. Palabra de honor que haré que lo cuelguen en lo más alto.

—Eso es otra cosa —dijo la señorita Howard con más entusiasmo.

—Pero tengo que pedirle que confíe en mí. Su ayuda puede serme muy útil. Y le diré por qué: porque de todos los de la casa, sus ojos son los únicos que han llorado.

La señorita Howard pestañeó y su voz brusca sonó algo distinta.

—Si lo que quiere usted decir es que la quería, sí, es cierto, la quería. ¿Sabe usted? Emily era una vieja egoísta a su modo. Era muy generosa, pero siempre quería su recompensa. Nunca dejaba a las personas olvidar lo que había hecho por ellas, y por eso no se hizo querer. No creo que se diera cuenta de esto, o echara de menos el cariño; al menos, así lo espero. Mi posición era muy distinta.

Supe ocupar mi puesto desde el primer momento. «Le cuesto a usted tantas libras al año. Muy bien pero ni un penique más ni un par de guantes, ni una entrada al teatro». Ella no lo comprendió. Algunas veces se ofendía mucho. Decía que yo era estúpidamente orgullosa. No era eso. Era algo que no puedo explicar. De todos modos, pude mantener mi propia estimación. Y por eso, estando fuera de la pandilla, fui la única que pudo permitirse el lujo de quererla. Yo la custodiaba, la guardaba de todos ellos. Y entonces aparece un granuja con mucha labia y, ¡hala!, todos mis años de devoción perdidos.

Poirot asintió, comprensivo.

—Comprendo, *mademoiselle*, comprendo todo lo que usted siente. Es completamente natural. Usted cree que somos muy fríos, que nos falta fuego y energía; pero créame, no es así.

En ese momento John asomó la cabeza y nos invitó a subir al cuarto de la señora Inglethorp, ya que él y el señor Wells habían terminado de revisar el escritorio del *boudoir*.

Subiendo las escaleras, John volvió la vista hacia el comedor y dijo en tono confidencial:

—Oigan, ¿qué va a pasar cuando esos dos se encuentren?

Moví la cabeza con desesperación.

—Le he dicho a Mary que haga todo lo posible por mantenerlos separados.

—¿Lo conseguirá?

—Sólo Dios lo sabe. Claro que el propio Inglethorp no estará precisamente ansioso de encontrarse con ella.

—Tiene usted las llaves, ¿verdad, Poirot? —pregunté cuando llegamos a la puerta del cuarto cerrado.

Cogiendo las llaves que Poirot le ofreció, John abrió la puerta y todos entramos. El abogado fue directamente al escritorio y John le siguió.

—Mi madre guardaba la mayor parte de sus papeles importantes en esta caja, creo.

Poirot sacó el pequeño manojo de llaves.

—Permítame. La cerré esta mañana, por precaución.

—Pues ahora no está cerrada.

—¡Imposible!

—Mire.

Y John levantó la tapa mientras hablaba.

—*Mille tonnerres!* —gritó Poirot, confundido—. ¡Y yo que tenía las llaves en el bolsillo! —se precipitó sobre la caja. De pronto, se puso rígido—. *Eh voilà une affaire!* ¡La cerradura ha sido forzada!

—¿Qué?

Poirot dejó la caja en su sitio.

—¿Pero quién la ha forzado? ¿Por qué? ¿Cuándo? ¡Si la puerta estaba cerrada!

Todas estas exclamaciones salieron de nosotros desconectadamente.

Poirot contestó categóricamente, casi de un modo maquinal:

—¿Quién? Ahí está el problema. ¿Por qué? ¡Ah, si lo supiera! ¿Cuándo? Después que yo estuve aquí, hace una hora. En cuanto a que la puerta estuviera cerrada, la cerradura es muy corriente. Probablemente, cualquiera de las llaves de las puertas que dan al pasillo podría abrirla.

Nos miramos unos a otros, estúpidamente. Poirot se había acercado a la chimenea, donde mecánicamente se puso a ordenar los diversos objetos colocados en la repisa. Estaba aparentemente tranquilo, pero sus manos temblaban.

—Escuchen; lo que pasó es esto —dijo al fin—. Algo había en esa caja, alguna prueba, quizá de poca importancia en sí misma; pero que bastaba para relacionar al asesino con el crimen. Era vital para él destruirla antes de que fuera descubierta y comprendió su significado. Por eso corrió el riesgo, el enorme riego de entrar aquí. Como la caja estaba cerrada, tuvo que forzarla, denunciando así su presencia. Para que se haya arriesgado de este modo, tenía que ser algo sumamente importante.

—¿Pero qué era?

—¡Ah! —gritó Poirot con gesto airado—. ¡Eso no lo sé! Sin duda un documento, posiblemente el trozo de papel que Dorcas vio en su mano ayer por la tarde —su ira estalló libremente—. Y yo, ¡estúpido de mí!, sin sospecharlo. ¡Me he portado como un imbécil! No debí haber dejado aquí la caja, de ninguna manera. Debí habérmela llevado conmigo. ¡Burro y más que burro! Y ahora no está. Lo habrán destruido. ¿O quizá no? Habiendo una posibilidad, no debemos dejar piedra sobre piedra.

Se precipitó fuera del cuarto como un verdadero loco y yo le

seguí, tan pronto como volví en mí. Pero cuando llegué a la escalera, ya no se le veía.

Mary Cavendish estaba en el lugar en que la escalera se bifurcaba, mirando con los ojos muy abiertos hacia el vestíbulo, por donde Poirot había desaparecido.

—¿Qué le ha ocurrido a su extraordinario amigo, señor Hastings? Pasó por mi lado corriendo como un caballo desbocado.

—Hay algo que le preocupa sobremanera —repliqué débilmente. En realidad, no sabía cuánto quería Poirot que yo dijera. Al ver en la boca expresiva de la señora Cavendish una sonrisa pálida, traté de desviar la conversación diciendo—. ¿Todavía no se han encontrado?

—¿Quiénes?

—El señor Inglethorp y la señorita Howard.

Me miró de un modo desconcertante.

—¿Cree usted realmente que sería un desastre tan grande si se encontrasen?

—¿Usted no?

—No —sonreía a su modo tranquilo—. Me gustaría presenciar un buen arrebato de cólera. Purificaría la atmósfera. Hasta ahora, todos pensamos mucho y decimos muy poco.

—John no piensa así —observé—. Quiere evitar a toda costa que se encuentren.

—¡Ah, John!

Algo en el tono de su voz me excitó, y estallé:

—¡John es un chico estupendo!

Me observó con curiosidad durante un minuto o dos y al fin dijo, con gran sorpresa por mi parte:

—Es usted leal con su amigo. Por eso me gusta usted.

—¿No es usted amiga mía también?

—Yo soy muy mala amiga.

—¿Por qué dice eso?

—Porque es cierto. Soy encantadora con mis amigos un día y al siguiente los olvido por completo.

No sé lo que me empujó a ello, pero estaba irritado e hice una observación tonta y del peor gusto:

—Con el doctor Bauerstein, no obstante, es usted siempre encantadora.

Inmediatamente me arrepentí de mis palabras. Su rostro se endureció. Tuve la impresión de que una cortina de acero ocultaba su verdadera personalidad. Sin una palabra, giró sobre sus talones y se fue rápidamente escaleras arriba, mientras yo me quedaba como un idiota, mirándola boquiabierto.

Me sacó de mis pensamientos un horrible alboroto en el piso de abajo. Poirot hablaba a gritos con los criados, dándoles toda clase de explicaciones. Me irritó pensar que mi diplomacia había sido inútil. Poirot parecía querer convertir toda la casa en confidente suyo, procedimiento que juzgué improcedente. Una vez más lamenté el que mi amigo fuera tan inclinado a perder la cabeza en momentos de excitación. Bajé rápidamente las escaleras. Al verme, Poirot se calmó casi inmediatamente. Me lo llevé aparte.

—Pero amigo mío —dije—, ¿le parece prudente lo que hace? ¿No querrá usted que toda la casa se entere del hecho? Está usted haciendo el juego al criminal.

—¿Lo cree usted así, Hastings?

—Estoy seguro.

—Bueno, bueno, amigo mío; me guiaré por usted.

—Bien. Aunque, por desgracia, es un poco tarde.

—Cierto.

Parecía tan cabizbajo y avergonzado que lamenté lo dicho, aunque seguía pensando que mi reprimenda había sido justa y sensata.

—Bien, vámonos, *mon ami* —dijo al fin.

—¿Ya ha terminado aquí?

—Por el momento, sí. ¿Me acompaña hasta el pueblo?

—Con mucho gusto.

Cogió su maletín y salimos por la puerta-ventana del salón. Cynthia entraba en aquel momento y Poirot se hizo a un lado para dejarla pasar.

—Perdone un momento, *mademoiselle*.

—Dígame.

La muchacha se volvió, interrogante.

—¿Ha preparado usted alguna vez las medicinas de la señora Inglethorp?

Un tinte rosa coloreó sus mejillas y contestó forzadamente:

—No.

—¿Únicamente los polvos?

El rubor de Cynthia se acentuó al contestar:

—¡Ah, sí! Una vez le llevé unos polvos para dormir.

—¿Éstos?

Poirot mostró la caja de polvos vacía.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Puede decirme en qué consistían? ¿Sulfonal? ¿Veronal?

—No, eran polvos de bromuro.

—¡Ah! Gracias, *mademoiselle*; buenos días.

Mientras nos alejábamos a buen paso, le miré más de una vez. Ya antes había observado con frecuencia que, cuando algo le excitaba, sus ojos se volvían verdes como los de los gatos. Entonces estaban brillantes como esmeraldas.

—Amigo mío —saltó por fin—, tengo una pequeña idea; es una idea muy extraña y quizá completamente imposible; pero encaja.

Me encogí de hombros. Pensé para mí que Poirot era demasiado aficionado a esas ideas fantásticas. En el presente caso, la verdad era sencilla y patente.

—De modo que ésa era la explicación de la etiqueta en blanco de la caja —observé—. Muy sencillo, como usted dijo. Me extraña realmente que no se me haya ocurrido a mí.

Poirot parecía no escucharme.

—Han hecho otro descubrimiento, *là-bas* —observó, señalando con el dedo en la dirección de Styles—. El señor Wells me lo dijo cuando subíamos.

—¿De qué se trata?

—Dentro del escritorio del *boudoir* encontraron un testamento de la señora Inglethorp, fechado antes de su matrimonio en el que deja su fortuna a Alfred Inglethorp. Debió hacerlo cuando se prometieron. Fue una completa sorpresa para Wells, y para John Cavendish, también. Estaba escrito en uno de esos papeles impresos y firmaron como testigos dos de los criados; Dorcas, no.

—¿Conocía el señor Inglethorp su existencia?

—Dice que no.

—Lo dudo mucho —observé escépticamente—. Todos esos testamentos son muy confusos. Y dígame, ¿cómo dedujo usted por aquellas palabras garabateadas en el sobre que ayer por la tarde se había hecho un testamento?

Poirot sonrió.

—*Mon ami!* ¿No le ha ocurrido nunca estar escribiendo una carta y encontrarse que no se sabe cómo se escribe una palabra?

—Sí, con frecuencia me ha ocurrido, y supongo que a todo el mundo.

—Exacto. Y en tales casos, ¿no ha escrito usted la palabra una o dos veces en el borde del secante o en un trozo de papel, para ver cómo resulta escrita? Pues bien, eso es lo que hizo la señora Inglethorp[2]. Fíjese en que la palabra «possessed» está escrita primero con una «s» y después con dos, correctamente. Para asegurarse formó una frase completa: «I am possessed». Pues bien, ¿qué me dijo eso? Me dijo que la señora Inglethorp había estado escribiendo la palabra «possessed» aquella tarde y, teniendo grabado en mi memoria el trozo de papel que encontramos en la chimenea, se me ocurrió inmediatamente la idea de un testamento, documento donde es casi seguro encontrar tal palabra. Otra confusión reinante, el *boudoir* no había sido barrido aquella mañana y cerca del escritorio había varias huellas de tierra mojada. El tiempo había sido muy bueno desde hacía varios días y ninguna bota normal hubiera dejado tales pegotes de tierra. Me acerqué a la ventana y vi que los macizos de begonias acababan de ser plantados. La tierra de los macizos era idéntica a la que había en el suelo del *boudoir* y usted me dijo que habían sido plantados ayer tarde. Entonces tuve la seguridad de que uno, o quizá los dos jardineros, pues había dos filas de pisadas en el macizo, habían entrado en el *boudoir*. Si la señora Inglethorp hubiera querido solamente hablar con ellos, es seguro que la conversación hubiera tenido efecto en la puerta-ventana. Entonces me convencí de que había hecho un testamento, y llamado a los jardineros como testigos. Los hechos probaron que mi suposición era cierta.

—Muy ingenioso —no pude menos de admitir—. Debo confesar que las conclusiones que yo saqué de las palabras del sobre eran completamente equivocadas.

Poirot sonrió.

—Dio demasiada rienda a su imaginación. La imaginación es un buen servidor, pero un mal amo. La explicación más sencilla es siempre la más probable.

—Otra cosa. ¿Cómo supo usted que la llave del estuche de

documentos se había perdido?

—No lo sabía. Fue una suposición que resultó acertada. Ya vio usted que tenía un trozo de alambre retorcido. Eso me sugirió que posiblemente había sido arrancada de uno de los llaveros sencillos. Ahora bien, si la llave se hubiera perdido y la hubieran vuelto a encontrar, la señora Inglethorp la hubiera puesto inmediatamente en el manojo, con las demás; pero con las demás lo que había era un duplicado de la llave, muy nueva y brillante. Por eso supuse que alguien había puesto la llave original en la cerradura de la caja.

—Si —dije—. Alfred Inglethorp, sin duda alguna.

Poirot me miró con curiosidad.

—¿Está usted completamente seguro de su culpabilidad?

—¡Naturalmente! Cada nuevo descubrimiento lo establece con mayor claridad.

—Al contrario —dijo Poirot suavemente—, hay varios puntos en su favor.

—¡Vamos, Poirot!

—Sí.

—Yo sólo veo uno.

—¿Cuál?

—Que no estaba en casa anoche.

—«¡Mal tiro!», como dicen ustedes los ingleses. Ha ido usted a escoger el único punto que yo veo le perjudica.

—¿Cómo?

—Porque si el señor Inglethorp hubiera supuesto que su mujer iba a ser envenenada anoche, es lógico que se las arreglara para estar fuera de casa. Está claro que su disculpa es amañada. Esto nos deja dos posibilidades: o bien sabía lo que iba a ocurrir o tenía una razón personal para ausentarse.

—¿Y qué razón? —pregunté, escéptico.

Poirot se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo yo? Sin duda, algo vergonzoso. Ese señor Inglethorp me parece un canalla, pero eso no quiere decir que sea necesariamente un asesino.

Moví la cabeza sin dejarme convencer.

—No está usted de acuerdo conmigo, ¿verdad? —dijo Poirot—. Bueno, dejemos esto. El tiempo dirá quién tiene razón. Vamos a examinar otros aspectos del caso. ¿Cómo interpreta usted el hecho

de que todas las puertas del dormitorio estaban cerradas por dentro?

—Bueno —medité— eso hay que considerarlo, ante todo, con lógica.

—Eso es.

—Yo lo explicaría así. Las puertas *estaban* cerradas, lo comprobamos nosotros mismos. Sin embargo, la presencia de la mancha de cera en el suelo y la destrucción del testamento demuestran que alguien entró en el cuarto durante la noche. ¿Está usted de acuerdo conmigo ahora?

—Por completo. Lo explica con admirable claridad. Continúe.

—Bien —dije, animado—. Como la persona no entró en el cuarto por la ventana ni por medios sobrenaturales, está claro que la puerta la abrió la misma señora Inglethorp desde dentro. Otra prueba de que la persona en cuestión era su marido. Naturalmente, ella no hubiera dejado de abrir la puerta a su propio marido.

Poirot movió la cabeza.

—¿Por qué iba a hacerlo? La señora Inglethorp había cerrado la puerta de comunicación con el cuarto de él contra su costumbre, y había tenido con él aquella misma tarde una disputa violenta. No, a cualquier persona le hubiera abierto antes que a él.

—¿Pero está usted de acuerdo conmigo en que la puerta la debió abrir la propia la señora Inglethorp?

—Hay otra posibilidad. Pudo haber olvidado cerrar la puerta del pasillo cuando se fue a la cama y levantarse más tarde, de madrugada, para cerrarla.

—Poirot, ¿piensa en serio lo que dice?

—No, no digo que haya ocurrido así, pero pudo ocurrir. Y ahora, volviendo a otro aspecto del asunto, ¿qué cree usted de las palabras que oyó entre la señora Cavendish y su madre política?

—Lo había olvidado —dije pensativo—. Sigue siendo un enigma. Parece increíble que una mujer como la señora Cavendish, tan orgullosa y reservada, haya tratado tan violentamente de mezclarse en lo que no era de su incumbencia.

—Exactamente. Es sorprendente en una mujer de su educación.

—Muy extraño —concedí—. De todos modos, no tiene importancia y no debemos tomarlo en consideración.

Poirot lanzó un gruñido.

—¿Qué es lo que siempre le he dicho a usted? Todo debe ser tomado en consideración. Si un hecho no encaja en la teoría, deje que la teoría siga adelante.

—Bueno, ya veremos —dije, picado.

—Eso es; ya veremos.

Habíamos llegado a Leastways Cottage y Poirot me condujo escaleras arriba hasta su cuarto. Me ofreció uno de los diminutos cigarrillos rusos que fumaba de vez en cuando. Me hizo gracia el verle colocar con todo cuidado las cerillas en un pequeño cacharro de porcelana. Se me había pasado mi pequeño enfado.

Poirot había colocado nuestras sillas frente a la ventana abierta, por la que se divisaba una vista de la calle del pueblo. El aire que entraba era puro, tibio y agradable. Iba a ser un día de calor.

De pronto llamó mi atención un joven de aspecto enfermizo que bajaba la calle a paso muy rápido. Lo extraordinario en él era su expresión, en la que se mezclaban la agitación y el terror.

—¡Mire, Poirot! —dije.

Poirot se inclinó sobre la ventana.

—*Tiens!* —dijo—. Es el señor Mace, el de la farmacia. Viene hacia aquí.

El joven se detuvo delante de Leastways Cottage y, después de una corta vacilación, golpeó vigorosamente la puerta.

—¡Un momentito! —gritó Poirot, asomándose—. ¡Ya voy!

Haciéndome señas de que le siguiera, se precipitó escaleras abajo y abrió la puerta. El doctor Mace empezó a hablar en el acto.

—*Monsieur* Poirot, siento molestarle, pero he oído decir que acaban de llegar ustedes de la Casa.

—En efecto.

El joven se humedeció los labios resecos. Su rostro mostraba una extraña agitación.

—Todo el pueblo habla de la muerte tan repentina de la señora Inglethorp. Dice… —bajó la voz cautelosamente—. Dicen que fue vilmente envenenada.

Poirot permaneció impasible.

—Sólo los médicos pueden decirlo, señor Mace.

—Sí, claro, naturalmente.

El joven titubeaba, pero su tensión nerviosa se hizo excesiva. Agarró a Poirot por un brazo y su voz se convirtió en un susurro:

—Dígame sólo una cosa, *monsieur* Poirot, no fue… no fue con estricnina, ¿verdad?

No pude oír bien lo que Poirot respondió, pero creería que se reservó su opinión. El joven se marchó y Poirot se quedó mirando, mientras cerraba la puerta.

—Sí —dijo con voz grave—. Tiene algo que declarar en la indagatoria.

Subimos de nuevo lentamente. Iba a empezar a hablar, pero Poirot me detuvo con un gesto de la mano.

—Ahora no, ahora no, amigo mío. Tengo que reflexionar. Tengo la mente en desorden y eso no está bien. He de concentrarme.

Durante cosa de diez minutos permaneció en el más absoluto silencio, completamente inmóvil, a no ser por ciertos movimientos expresivos de las cejas, y sus ojos iban tornándose cada vez más verdes. Al fin, suspiró profundamente.

—Ya está. Pasó el mal momento. Ahora todo está ordenado y clasificado. No debemos consentir nunca que reine la confusión. No es que el caso esté claro todavía, no. ¡Es de los más complicados! ¡Me desconcierta *a mí*, a mí, a Hércules Poirot! Hay dos hechos de gran importancia.

—¿Cuáles son?

—El primero, el tiempo que hizo ayer. Esto es muy importante.

—¡Pero si hizo un día maravilloso! —interrumpí—. ¡Usted me está tomando el pelo!

—En absoluto. El termómetro marcaba ayer cerca de veintisiete grados a la sombra. No lo olvide, amigo mío. ¡Ahí está la clave del enigma!

—¿Y el otro detalle? —pregunté.

—El que el señor Inglethorp usa trajes muy extraños, tiene barba negra y lleva gafas.

—Poirot, no puedo creer que esté hablando en serio.

—Completamente en serio, amigo mío.

—¡Pero esto es pueril!

—No, es trascendental.

—Y suponiendo que el jurado pronuncie contra Alfred Inglethorp un veredicto de asesinato premeditado, ¿dónde irán a parar sus teorías?

—No se alteraría porque doce estúpidos cometan un error. Pero

no ocurrirá eso. En primer lugar, porque un jurado campesino no desea tomar decisiones de gran responsabilidad y el señor Inglethorp ocupa prácticamente la posición del señor del lugar. Además —añadió plácidamente—, yo no lo permitiré.

—¿*Usted* no lo permitirá?

—No.

Miré al extraordinario hombrecillo, entre irritado y divertido. Estaba completamente seguro de sí mismo. Como si leyera en mis pensamientos, insistió dulcemente:

—Sí, sí, amigo mío, haré lo que le digo.

Se levantó y puso una mano sobre mi hombro. Su fisonomía había sufrido un cambio completo. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Ya ve usted, me acuerdo de la pobre la señora Inglethorp, que está muerta. No es que fuera muy querida, no; pero ha sido muy buena con nosotros los belgas y estoy en deuda con ella.

Traté de interrumpirle, pero Poirot continuó con dignidad:

—Déjeme que le diga una cosa, Hastings. La pobre la señora Inglethorp nunca me perdonaría si yo permitiera que su marido fuera detenido *ahora*, cuando una palabra mía puede salvarlo.

Capítulo VI

LA INDAGATORIA

En el tiempo que medió hasta la celebración de la pesquisa, Poirot desplegó una actividad inagotable. Por dos veces se encerró con el señor Wells. Dio también largos paseos por el campo. Me dolió el que no me hiciera sus confidencias, tanto más cuanto que no podía sospechar en absoluto qué era lo que se traía entre manos.

Se me ocurrió que quizá hubiera estado haciendo indagaciones en la granja de Raikes. De modo que, cuando el miércoles por la tarde me acerqué a Leastways Cottage y no lo encontré, anduve por los campos cercanos a la granja, con la esperanza de tropezarme con él. Pero no había el menor rastro de Poirot y no me decidí a ir directamente a casa de Raikes. Abandonando la búsqueda, me alejaba del lugar cuando me encontré con un viejo campesino que me miró con descaro, astutamente.

—Es usted de la Casa, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. Estoy buscando a un amigo mío y pensé que podía haber venido en esta dirección.

—¿Un tipo pequeño, que mueve mucho las manos al hablar? ¿Uno de los belgas que están en el pueblo?

—Sí —dije con ansiedad—. ¿Es que ha estado aquí?

—Oh, sí, ¡claro que ha estado aquí! Y más de una vez. ¿Es amigo suyo? Ustedes los señores de la Casa son una buena pandilla.

Y siguió mirándome, cada vez con expresión más zumbona.

—¿Es que los señores de la Casa vienen aquí con frecuencia? —pregunté con tanta indiferencia como me fue posible.

Me guiñó un ojo con astucia.

—*Uno* ¡vaya si viene! Sin nombrar a nadie. ¡Y que es un señor muy generoso! ¡Oh, gracias, señor! Sí, estoy seguro.

Continué mi camino en un estado de excitación. ¡De modo que Evelyn Howard tenía razón! Experimenté una fuerte sensación de desagrado al pensar en la generosidad de Alfred Inglethorp con el dinero de otra mujer. ¿Estaría aquella picaresca cara agitanada en el fondo del crimen, o sería el dinero el móvil? Probablemente, una mezcla de ambas cosas.

Había un punto que parecía obsesionar a Poirot. Por una o dos veces me indicó que Dorcas debía de haberse equivocado al fijar la hora de la disputa. Repetidamente insinuó a la sirvienta que eran las cuatro y media, y no las cuatro, cuando oyó las voces.

La pesquisa tuvo lugar el viernes, en el hotel del pueblo. Poirot y yo nos sentamos juntos, no habiendo sido llamados para prestar declaración.

Concluyeron los preliminares reconociendo el jurado el cadáver, que fue identificado como Emily Inglethorp.

Al ser interrogado, John describió cómo se había despertado en las primeras horas de la madrugada y las circunstancias de la muerte de su madre.

A continuación tuvo efecto el testimonio médico. Se hizo un silencio absoluto y todos los ojos se fijaron en el famoso especialista de Londres, conocido como una de las mayores autoridades del día en materia de toxicología.

En breves palabras, resumió el resultado de la autopsia. Despojada su declaración de los tecnicismos y de la fraseología médica, estableció que la señora Inglethorp había sido envenenada con estricnina. A juzgar por la cantidad encontrada, debía haber tomado no menos de tres cuartos de un grano[3] de estricnina, pero probablemente un grano o algo más todavía.

—¿Cabe la posibilidad de que haya tomado el veneno por accidente? —preguntó el fiscal.

—Lo considero muy improbable. La estricnina no se emplea en usos domésticos, como otros venenos, y se vende con restricciones.

—¿No encontró usted nada en su examen que le indique cómo fue administrado el veneno?

—No.

—Creo que llegó usted a Styles antes que el doctor Wilkins, ¿verdad?

—Así es. Me encontré con el coche en la puerta del parque y

corrí a la casa.

—¿Quiere decirnos exactamente lo que ocurrió después?

—Entré en el cuarto de la señora Inglethorp. En aquel momento sufría unas convulsiones tetánicas características. Se volvió hacia mí y dijo entrecortadamente: «¡Alfred! ¡Alfred!».

—¿Puede habérsele administrado la estricnina con el café que le llevó su marido después de cenar?

—Es posible, pero la estricnina es una droga de acción bastante rápida. Los síntomas aparecen una hora o dos después de ser ingerida. Su acción se retarda bajo ciertas condiciones, que no aparecen en este caso. Supongo que la señora Inglethorp tomó el café a eso de las ocho y los síntomas no se manifestaron hasta las primeras horas de la madrugada, lo que indica que la droga fue tomada mucho después de las ocho.

—La señora Inglethorp tenía la costumbre de tomar una taza de chocolate durante la noche. ¿Pudo administrársele la estricnina con él?

—No, yo mismo cogí un poco del chocolate que quedaba en el cazo y lo hice analizar. No contenía estricnina.

Oí a Poirot reír entre dientes.

—¿Cómo lo supo usted? —le pregunté, en un susurro.

—Escuche.

—En realidad —continuó el doctor—, me hubiera sorprendido enormemente encontrar estricnina.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque la estricnina tiene un sabor muy amargo. Puede notarse en una solución de uno en setenta mil y sólo puede disimularse con alguna sustancia de sabor muy fuerte. El chocolate no reúne esa condición.

Un miembro del jurado quiso saber si la misma objeción era aplicable al café.

—No. El café tiene un sabor amargo que, posiblemente, anularía el de la estricnina.

—Entonces, ¿considera usted más probable que la droga fuera administrada con el café, pero que por alguna razón desconocida, su acción se retrasó?

—Sí; pero como la taza quedó tan finamente desmenuzada, no hay posibilidad de analizar su contenido.

Con esto terminó la declaración del doctor Bauerstein. El doctor Wilkins la corroboró en todas sus partes. Interrogado sobre la posibilidad de suicidio, la rechazo terminantemente. La muerta, dijo, tenía débil el corazón, pero por lo demás disfrutaba de perfecta salud y era de naturaleza alegre y equilibrada. Nunca hubiera pensado en quitarse la vida.

A continuación llamaron a Lawrence Cavendish. Su declaración no tuvo importancia, limitándose a repetir la de su hermano. En el momento en que se retiraba, se detuvo y dijo, titubeando:

—¿Puedo exponer una idea?

—Naturalmente, señor Cavendish. Estamos aquí para averiguar la verdad de este asunto y cualquier indicación que pueda ayudarnos a conseguirlo será bien recibida.

—Es sólo una idea mía —explicó Lawrence—. Puedo estar equivocado, por supuesto, pero a mí me parece que la muerte de mi madre puede ser explicada por medios naturales.

—¿Cómo se la explica usted, señor Cavendish?

—Mi madre, desde algún tiempo antes de su muerte había estado tomando un tónico que contenía estricnina.

—¡Ah! —dijo el fiscal.

Uno del jurado levantó la vista, interesado.

—Creo —continuó Lawrence— que ha habido casos en los que el efecto acumulativo de una droga, tomada durante algún tiempo, ha terminado por producir la muerte. ¿Y no puede ser también que haya tomado por equivocación una dosis exagerada de la medicina?

—Es la primera vez que oímos decir que la muerta tomara antes estricnina. Se lo agradecemos mucho, señor Cavendish.

El doctor Wilkins fue llamado de nuevo y ridiculizó la idea.

—Lo que sugiere el señor Cavendish es completamente imposible. Cualquier médico le diría a usted lo mismo. La estricnina es, en cierto sentido, un veneno acumulativo, pero es completamente imposible que la muerte sobreviniera tan súbitamente. Tenía que haber habido un largo período de síntomas crónicos, que hubieran llamado inmediatamente mi atención. Todo esto es absurdo.

—¿Y la segunda suposición? ¿No ha podido la señora Inglethorp tomar equivocadamente una dosis excesiva?

—Ni tres ni cuatro dosis hubieran producido la muerte. La

señora Inglethorp siempre tenía preparada una gran cantidad de medicina, porque era cliente de Coots, los farmacéuticos de Tadminster. Hubiera tenido que tomar casi todo el frasco para explicar la cantidad de estricnina encontrada en la autopsia.

—Entonces, ¿cree usted que debemos desechar la idea de que el tónico haya podido ser de algún modo la causa de la muerte?

—Desde luego. La suposición es ridícula.

El mismo miembro del jurado que había interrumpido antes sugirió que el farmacéutico que había preparado la medicina podía haber cometido un error.

—Eso, por supuesto, siempre es posible —replicó el doctor.

Pero Dorcas, que fue llamada a continuación, disipó también esta posibilidad. La medicina no había sido preparada recientemente. Al contrario, la señora Inglethorp había tomado la última dosis el día de su muerte.

De ese modo, la idea del tónico fue abandonada finalmente y el fiscal siguió con su tarea. Dorcas declaró cómo había sido despertada por la violenta llamada de la campanilla de la señora y cómo a continuación levantó a toda la casa, pasando el fiscal después al tema de la disputa de la noche anterior.

La declaración de Dorcas en este punto fue en sustancia la misma que Poirot y yo habíamos oído ya; de modo que no la repito.

El testigo siguiente fue Mary Cavendish. Se mantuvo muy firme y habló en voz baja, clara y completamente tranquila. Contestando a la pregunta del fiscal, dijo que su reloj despertador había sonado a los 4.30, como de costumbre, y que estaba vistiéndose cuando la sobresaltó el ruido de la caída de algo pesado, no pudiendo deducir qué cuerpo podía haberlo originado.

—Debió ser la mesa que está junto a la cama —comentó el fiscal.

—Abrí la puerta —continuó Mary— y escuché. A los pocos minutos la campanilla sonó violentamente. Dorcas vino corriendo y despertó a mi marido y todos juntos fuimos al cuarto de mi madre política, pero estaba cerrado…

El fiscal la interrumpió:

—Creo que no necesitamos molestarla a usted más en ese punto. Sabemos todo lo que tenemos que saber acerca de los hechos subsiguientes. Pero le agradecería mucho nos contara lo que oyó de

la disputa del día anterior.

—¿Yo?

En su voz había cierta insolencia. Se arregló con la mano el volante de encaje de su cuello, volviendo un poco la cabeza cuando lo hacía. Y un pensamiento cruzó rápidamente por mi imaginación: «¡Está ganando tiempo!».

—Sí, ya sé que estaba usted sentada leyendo en el banco junto a la ventana del *boudoir* —continuó el fiscal lentamente—. ¿No es así?

La noticia era nueva para mí y, mirando a Poirot de reojo, me hizo suponer que también lo resultaba para él.

Hubo una pausa muy breve, sólo un momento de duda, antes de que ella contestara.

—Sí, así es.

—Y la ventana del *boudoir* estaba abierta, ¿no es cierto?

Palideció ligeramente al contestar.

—Sí.

—Entonces tiene que haber oído la conversación sostenida en el *boudoir*, especialmente si hablaban alto, con cólera. Realmente, desde donde estaba usted tenía que oírse mejor aún que desde el vestíbulo.

—Posiblemente.

—¿Quiere repetirnos lo que oyó de la disputa?

—La verdad es que no recuerdo haber oído nada.

—¿Quiere usted decir que no oyó las voces?

—¡Oh, sí, oí voces! Pero no oí lo que decían —sus mejillas se colorearon ligeramente—. No tengo la costumbre de escuchar conversaciones privadas.

El coronel insistió.

—¿Y no recuerda usted nada en absoluto? ¿*Nada*, señora Cavendish? ¿Ni siquiera una palabra o una frase perdida que le indicaran que se trataba de una conversación privada?

La señora Cavendish pareció reflexionar. Aparentemente, seguía tan serena como siempre.

—Sí; recuerdo que la señora Inglethorp dijo algo, no sé exactamente qué, acerca de causar escándalo entre marido y mujer.

—¡Ah! —el fiscal se recostó satisfecho—. Eso concuerda con lo que Dorcas oyó. Pero perdóneme, señora Cavendish. ¿No se marchó usted de allí, a pesar de darse cuenta de que era una conversación

personal? ¿Permaneció donde estaba?

Sorprendí un fulgor momentáneo en los ojos dorados de Mary Cavendish. Comprendí que de buena gana hubiera hecho pedazos al abogaducho, pero contestó tranquilamente:

—No. Estaba a gusto allí. Me absorbí en la lectura.

—¿Y eso es todo lo que puede decimos?

—Todo.

Se dio por terminado el interrogatorio de Mary Cavendish, aunque dudo que el fiscal quedara completamente satisfecho. Creo que sospechó que la testigo podía haber hablado más.

Amy Hill, dependiente de comercio, fue llamada a continuación y declaró haber vendido a William un impreso para testamento en la tarde del 17.

William Earl y Manning la sucedieron y declararon haber firmado un documento como testigos. Manning fijó la hora en las 4.30 aproximadamente; William opinó que debía ser un poco antes.

A continuación se presentó Cynthia Murdoch. Poco tenía que decir. No había sabido nada de la tragedia hasta que la señora Cavendish la había despertado.

—¿No oyó usted la caída de la mesa?

—No; estaba profundamente dormida.

El fiscal sonrió.

—El sueño del justo —observó—. Gracias, señorita Murdoch; eso es todo.

—¡Señorita Howard!

La señorita Howard mostró la carta que le había escrito la señora Inglethorp en la tarde del 17. Poirot y yo, por supuesto, ya la habíamos visto. No añadió nada nuevo a lo que sabíamos de la tragedia. A continuación reproduzco el contenido de la carta:

17 de julio.

Styles Court.
Essex.

Querida Evelyn:

¿Quieres que hagamos las paces? Me ha costado trabajo olvidar lo que dijiste de mi querido esposo, pero soy una vieja que te tiene mucho

afecto.

Con todo cariño,

Emily Inglethorp.

La carta fue entregada al jurado, que la examinó con toda atención.

—Me parece que no nos ayuda gran cosa —dijo el fiscal, suspirando—. No menciona en ella los acontecimientos de la tarde.

—Para mí, está claro como la luz del día —dijo la señorita Howard brevemente—. Esta carta demuestra que mi pobre amiga acababa de darse cuenta de cómo había hecho el ridículo.

—No hay nada por el estilo en la carta —señaló el fiscal.

—No, porque Emily nunca reconocería haber obrado mal. Pero yo la conocía. Quería que volviera. Claro que no iba a reconocer que yo había tenido razón. Andaba con rodeos. Como la mayoría de la gente. Yo no soy así.

El señor Wells sonrió débilmente, y lo mismo hicieron algunos miembros del jurado. La señorita Howard debía ser una figura muy conocida.

—De todos modos, toda esta payasada es perder el tiempo —continuó la señora, mirando al jurado de arriba abajo, con desprecio—. ¡Hablar, hablar, hablar! Cuando todos sabemos perfectamente…

El fiscal la interrumpió, angustiado:

—Gracias, señorita Howard; eso es todo.

Me figuro que suspiraría aliviado al ver que la señorita Howard obedecía.

Entonces llegó la sensación del día. El fiscal llamó a Albert Mace, el ayudante de la farmacia.

Era nuestro excitado joven de rostro pálido. Contestando a las preguntas del fiscal, explicó que era farmacéutico graduado y que trabajaba en esa farmacia desde hacía poco tiempo, por haber sido llamado a filas el ayudante anterior.

Concluidos los preliminares, el fiscal no perdió tiempo.

—Señor Mace, ¿ha vendido usted últimamente estricnina a alguna persona desautorizada?

—Sí, señor.

—¿Cuándo fue eso?

—El lunes pasado, por la noche.

—¿El lunes? ¿No fue el martes?

—No, señor; fue el lunes dieciséis.

—¿Quiere hacer el favor de decirme a quién se la vendió?

Se hubiera podido oír el vuelo de una mosca.

—Sí, señor. Se la vendí al señor Inglethorp.

Todas las miradas se volvieron simultáneamente al lugar donde se sentaba Alfred Inglethorp inexpresivo e impasible.

—¿Está usted seguro de lo que dice? —preguntó el fiscal.

—Completamente seguro, señor.

—¿Tiene usted la costumbre de despachar estricnina así a la ligera?

El desventurado joven desfallecía a ojos vistas ante el ceño del fiscal.

—No, señor. ¡Claro que no! Pero tratándose del señor Inglethorp, de la Casa, creí que no había peligro. Dijo que era para envenenar un perro.

Comprendí su actitud. Era muy humano tratar de ayudar a «la Casa», especialmente si de ahí podía resultar que dejaran de ser clientes de Coots para serlo del establecimiento local.

—¿No es costumbre que todo el que compre un veneno firme en un libro?

—Sí, señor, y el señor Inglethorp firmó.

—¿Tiene usted aquí el libro?

—Sí, señor.

El libro fue mostrado, y con unas palabras de severa censura del fiscal despidió al desdichado señor Mace.

Entonces, en medio del silencio más absoluto, fue llamado el señor Inglethorp. Me pregunté si se daría cuenta de cómo iba apretándose la soga alrededor de su cuello.

El fiscal fue derecho al asunto.

—En la tarde del último lunes, ¿compró estricnina con el propósito de envenenar un perro?

Inglethorp replicó con perfecta calma:

—No, no lo hice. No hay ningún perro en Styles, con excepción de un perro pastor que disfruta de excelente salud.

—¿Niega usted haber comprado estricnina a Albert Mace el

pasado lunes?

—Lo niego.

—¿También niega usted eso?

El fiscal le entregó el registro en el que figuraba su firma.

—Naturalmente que lo niego. Esta escritura es completamente diferente de la mía. Se lo demostraré inmediatamente; vea…

Sacó de su bolsillo un sobre viejo y escribió en él su nombre, entregándoselo luego al jurado. La escritura era, efectivamente, distinta por completo.

—Entonces, ¿cómo explica usted la declaración del señor Mace?

Alfred Inglethorp replicó, imperturbable:

—El señor Mace debe haberse equivocado.

El fiscal dudó un momento y dijo:

—Señor Inglethorp, por pura fórmula, ¿le importaría decirnos dónde estaba la tarde del lunes dieciséis de julio?

—Realmente… no recuerdo.

—Eso es absurdo, señor Inglethorp —dijo el fiscal severamente —. Piense usted mejor.

Inglethorp movió la cabeza negativamente.

—No puedo recordarlo. Tengo una idea de que estaba paseando.

—¿En qué dirección?

—Es que no puedo recordarlo.

La expresión del fiscal se hizo más severa.

—¿Estaba usted con alguien?

—No.

—¿Se encontró a alguien en su paseo?

—No.

—Es una pena —dijo el fiscal secamente—. ¿Debo entender que se niega a declarar dónde estaba en el momento en que el señor Mace asegura haberle visto en la tienda comprando estricnina?

—Si quiere usted interpretarlo de ese modo…

—¡Tenga cuidado, señor Inglethorp!

Poirot se removía, nervioso.

—*Sacré!* —murmuró—. ¿Es que ese imbécil *quiere* que lo detengan?

Indudablemente, Inglethorp estaba causando muy mala impresión. Sus fútiles negativas no convencían a un niño. Sin embargo, el fiscal pasó rápidamente al siguiente punto y Poirot

respiró, aliviado.

—¿Tuvo usted una discusión con su esposa el martes por la tarde?

—Perdón —interrumpió Alfred Inglethorp—, le han informado mal. Yo no he disputado con mi querida esposa. Toda esa historia es absolutamente falsa. Estuve fuera de casa toda la tarde.

—¿Hay alguien que pueda atestiguar lo que usted dice?

—Tiene usted mi palabra —dijo Inglethorp altivamente.

El fiscal no se molestó en contestar.

—Hay dos testigos dispuestos a jurar que le han oído discutir con la señora Inglethorp.

—Esos testigos se equivocan.

Yo estaba desconcertado. El hombre hablaba con tal seguridad que empecé a dudar. Miré a Poirot. Su rostro tenía una expresión de regocijo cuya razón no pude comprender. ¿Estaría convencido, después de todo, de la culpabilidad de Alfred Inglethorp?

—Señor Inglethorp —apuntó el fiscal—, ha oído usted repetir aquí las últimas palabras de su esposa. ¿Puede usted explicarlas de algún modo?

—Claro que puedo.

—¿De verdad?

—Es muy sencillo. El cuarto estaba medio a oscuras, y el doctor Bauerstein es más o menos de mi estatura y también lleva barba. En la semioscuridad y enferma como estaba, mi pobre esposa lo confundió conmigo.

—¡Ah! —murmuró Poirot entre dientes—. ¡Es una idea!

—¿Cree usted que es cierto? —susurré.

—No digo eso. Pero es una suposición muy ingeniosa.

—Usted interpreta las últimas palabras de mi esposa como una acusación —continuaba Inglethorp—, pero eran, por el contrario, una llamada.

El fiscal reflexionó un momento y dijo:

—Creo, señor Inglethorp, que usted mismo sirvió el café y se lo llevó a su esposa aquella noche.

—Efectivamente, lo serví, pero no se lo llevé. Pensaba hacerlo, pero me dijeron que me esperaba un amigo en la puerta y dejé la taza en la mesa del vestíbulo. Cuando volví, minutos más tarde, no estaba allí.

Me pareció que esta manifestación, cierta o no, no mejoraba mucho las cosas para Inglethorp. De todos modos, había tenido tiempo sobrado para echar el veneno en el café.

En aquel momento, Poirot me dio con el codo suavemente, señalándome dos hombres sentados cerca de la puerta. Uno de ellos era menudo, moreno, con expresión astuta y cara de hurón; el otro era alto y rubio.

Le pregunté a Poirot con la mirada y él acercó los labios a mi oído.

—¿Sabe usted quién es ese hombre menudo?

Moví la cabeza negativamente.

—Es James Japp, detective inspector de Scotland Yard. El otro también es de Scotland Yard. Las cosas van deprisa, amigo.

Miré a los dos hombres detenidamente. Nada en ellos recordaba al policía. Nunca hubiera creído que fueran personajes oficiales.

Todavía seguía mirándolos cuando me sobresalté al oír el veredicto:

—Asesinato cometido por persona o personas desconocidas.

Capítulo VII

POIROT PAGA SUS DEUDAS

Al salir del hotel, Poirot me llevó aparte, presionándome suavemente en el brazo. Comprendí su propósito. Estaba esperando a los hombres de Scotland Yard.

Minutos más tarde aparecieron y Poirot se adelantó y abordó al más bajo de los dos.

—No sé si me recordará usted, inspector Japp.

—¡Pero si es *monsieur* Poirot! —exclamó el inspector. Se volvió hacia el otro hombre—. ¿No me ha oído usted hablar de *monsieur* Poirot? Trabajamos juntos en mil novecientos cuatro en el caso del falsificador Abercrombie, ¿recuerda?, que fue cazado en Bruselas. ¡Ah, qué días aquéllos, señor! ¿Y el «barón» Altara? ¡Menudo bribón! Había escapado de las garras de la Policía de media Europa, pero al fin lo cogimos en Amberes, gracias a *monsieur* Poirot.

Mientras se entregaba a sus recuerdos, me acerqué y fui presentado al detective inspector Japp, quien, a su vez, nos presentó a su compañero, el superintendente Summerhaye.

—No necesito preguntarles lo que están haciendo ustedes aquí, señores —indicó Poirot.

Japp guiñó un ojo con inteligencia.

—Desde luego que no. Me parece un caso bastante claro.

Pero Poirot contestó gravemente:

—No lo veo yo tan claro.

—¡Vamos! —dijo Summerhaye, abriendo los labios por primera vez—. Está tan claro como la luz del día. El hombre ha sido cogido con las manos en la masa, como quien dice. Lo que me choca es que haya sido tan estúpido.

Pero Japp miró a Poirot con atención.

—No se excite, Summerhaye —observó jocosamente—. *Monsieur* Poirot y yo nos conocemos de antiguo y creo en su juicio más que en el de ningún otro. O estoy completamente equivocado o algo oculta. ¿No es así, señor?

Poirot sonrió.

—Sí, he sacado ciertas conclusiones.

Summerhaye continuaba en su escepticismo, pero Japp siguió sonsacando a Poirot.

—El caso es —dijo— que hasta ahora nosotros sólo hemos visto el caso desde fuera. En casos como éste, en que el asesinato sale a la luz, por decirlo así, después del interrogatorio. Scotland Yard está en situación de inferioridad. Depende mucho de estar en el lugar en el primer momento, y ahí es donde *monsieur* Poirot nos lleva ventaja. Ni siquiera hubiéramos estado todavía aquí de no ser por cierto doctor que nos dio el soplo por medio del fiscal. Pero usted ha estado aquí desde el principio y puede haber encontrado algunas pistas. Según lo que hemos oído en las pesquisas, es tan seguro como que ahora es de día que Inglethorp asesinó a su esposa, y si alguien que no fuera usted insinuara lo contrario, me reiría en sus barbas. Me extrañó mucho que el jurado no dictara veredicto de culpabilidad contra él sin más dilación. Creo que lo hubieran hecho a no ser por el fiscal, que parecía estar refrenándolos.

—Sin embargo, puede que usted tenga una orden de arresto en su bolsillo —insinuó Poirot.

Sobre el expresivo semblante de Japp cayó como una cortina de reserva oficial.

—Puede ser que sí y puede ser que no —replicó fríamente.

Poirot le miró pensativo.

—Deseo vivamente, señores, que no sea detenido.

—Eso parece —observó Summerhaye sarcásticamente.

Japp contemplaba a Poirot con cómica perplejidad.

—¿No puede ir un poco más lejos, *monsieur* Poirot? Viniendo de usted, cualquier afirmación es buena. Usted ha estado en el lugar del hecho y Scotland Yard no quiere cometer errores.

Poirot asintió con gravedad.

—Eso es exactamente lo que yo creo. Bien, lo que les digo es esto: utilicen su orden de arresto, detengan al señor Inglethorp, pero no obtendrán con ello ninguna gloria. La causa contra él se

vendría abajo en un abrir y cerrar de ojos, se lo aseguro.

E hizo sonar sus dedos expresivamente.

El rostro de Japp se tornó más grave, aunque Summerhaye lanzó un bufido de incredulidad.

En cuanto a mí, me quedé mudo de asombro. La única explicación era que Poirot se había vuelto loco.

Japp había sacado un pañuelo y se lo pasaba suavemente por la frente.

—No me atrevo, *monsieur* Poirot. Yo creo en su palabra, pero hay otros que me preguntarían qué diablos estoy haciendo. ¿No puede adelantarme nada más?

Poirot reflexionó un momento.

—Lo haré —dijo al fin—. La verdad es que preferiría no hablar, seguir por ahora trabajando en la sombra. Pero las circunstancias me obligan. Lo que usted dice es muy justo; la palabra de un policía belga retirado no es suficiente. Y hay que evitar que Alfred Inglethorp sea arrestado. Lo he jurado, como mi amigo Hastings, aquí presente, sabe muy bien. Mire, querido Japp, ¿va usted ahora a Styles?

—Dentro de una media hora. Tenemos que ver primero al fiscal y al médico.

—Muy bien. Recójame al pasar; es la última casa del pueblo; iré con usted. En Styles, el señor Inglethorp le dará a usted pruebas, o, si él se niega, lo que es muy probable, se las daré yo, que le convencerán de que la acusación contra él no puede sostenerse. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Japp cordialmente—, y en nombre de Scotland Yard le doy las gracias, aunque le confieso que, por el momento, no veo la menor posibilidad de encontrar un fallo en las pruebas presentadas. Claro que usted ha sido siempre maravilloso. Hasta luego entonces, *monsieur* Poirot.

Los dos detectives se alejaron a grandes pasos, Summerhaye con expresión de duda.

—Bueno, amigo —exclamó Poirot, antes de que yo pudiera pronunciar una sola palabra—, ¿qué cree usted? *Mon Dieu!* Pasé un mal rato en el interrogatorio. No creí que ese hombre tuviera la cabeza de chorlito y rehusara decir nada en absoluto. Decididamente, su conducta fue la de un imbécil.

—¡Hum! Hay otras explicaciones posibles, además de la imbecilidad —observé—. Porque si la teoría contra él es cierta, ¿cómo iba a defenderse, sino con el silencio?

—¡Vaya! Hay mil modos ingeniosos —exclamó Poirot—. Mire, si yo hubiera cometido ese asesinato, podía haber contado siete historias más verosímiles, mucho más convincentes, desde luego, que las frías negativas del señor Inglethorp.

Me reí, sin poderlo remediar.

—Querido Poirot, ¡estoy seguro de que es usted capaz de inventar setenta! Pero hablando en serio, a pesar de lo que les dijo a los detectives, es imposible que crea usted todavía en la inocencia de Alfred Inglethorp.

—¿Por qué voy a creer en ella menos ahora que antes? Nada ha cambiado.

—¡Son tan convincentes las pruebas!

—Sí, demasiado convincentes.

Entramos en Leastways Cottage y subimos las ya familiares escaleras.

—Sí, sí, demasiado convincentes —continuó Poirot, más bien para sí mismo—. Las pruebas, cuando son auténticas, son generalmente vagas e insuficientes. Tienen que ser examinadas, desmenuzadas. Pero aquí todo está preparado y a punto. No, amigo mío, esta declaración ha sido amañada muy hábilmente, tan hábilmente que su propio fin ha fallado. Porque mientras las pruebas contra él eran vagas e intangibles, era muy difícil refutarlas. Pero en su ansiedad, el criminal ha cerrado tanto la red que un simple corte dejará a Inglethorp en libertad.

Yo permanecí en silencio y, después de un minuto o dos, Poirot continuó:

—Vamos a considerar el asunto de este modo. Tenemos un hombre que se dispone a envenenar a su mujer. Ha vivido siempre de gorra, como vulgarmente se dice. Esta gente suele tener cierta inteligencia y es de suponer que Inglethorp no es completamente tonto. Pues bien, ¿qué es lo primero que hace? Va temerariamente a la farmacia del pueblo y compra estricnina, dando su propio nombre e inventando una historia absurda sobre un perro, historia cuya falsedad es muy fácil de comprobar. No utiliza el veneno aquella noche, no; espera a tener con su mujer una disputa violenta

de la que todo el mundo tiene noticia y que, naturalmente, le hace sospechoso. No prepara su defensa, ni siquiera la más débil coartada, sabiendo que el que le vendió la estricnina se presentará a declarar los hechos. ¡Bah!, no me pida que crea que hay nadie tan idiota. Sólo actuaría así un lunático que quisiera suicidarse haciéndose ahorcar.

—Sin embargo, no veo… —empecé.

—Ni yo tampoco. Le digo a usted, amigo mío, que este caso me tiene desconcertado a mí, a mí, a Hércules Poirot.

—Pero si le cree usted tan inocente, ¿cómo explica el que haya comprado la estricnina?

—Muy sencillamente; no la compró.

—Pero si Mace le ha reconocido.

—Perdone que le contradiga: Mace vio un hombre con una barba negra, como el señor Inglethorp, con gafas, como el señor Inglethorp, y vestido con la misma ropa llamativa que el señor Inglethorp. No pudo reconocer a un hombre a quién probablemente sólo ha visto a distancia; recordará usted que Mace sólo lleva en el pueblo quince días y que la señora Inglethorp solía comprar sus medicinas en Coots, en Tadminster.

—De modo que usted cree…

—Amigo mío, ¿recuerda usted los dos puntos en los que hice hincapié? Dejemos por el momento el primero, ¿cuál era el segundo?

—El importante hecho de que Alfred Inglethorp lleva trajes extraños, barba negra y gafas —cité.

—Exactamente. Ahora, suponga que alguien quisiera hacerse pasar por John o por Lawrence Cavendish, ¿cree usted que sería fácil?

—No —dije pensativo—. Claro que un actor…

Pero Poirot me cortó sin piedad.

—¿Y por qué no sería fácil? Se lo voy a decir, amigo mío; porque los dos son hombres afeitados. Para caracterizarse como cualquiera de los dos a la luz del día se necesitaría ser un actor genial y cierto parecido inicial. Pero en el caso de Alfred Inglethorp es muy distinto. Su ropa, su barba, las gafas que esconden sus ojos, son los detalles sobresalientes de su persona. Pues bien, ¿cuál es el primer impulso del criminal? Alejar de sí las sospechas, ¿verdad? ¿Y

cuál es el mejor medio de lograr esto? Haciéndolas recaer en cualquier otro. En este caso, había un hombre al alcance de su mano. Todo el mundo estaba predispuesto a creer en la culpabilidad del señor Inglethorp. Era seguro que se sospecharía de él. Pero para asegurarse aún más, hacía falta una prueba tangible, como la compra del veneno, y eso no era difícil con un hombre del aspecto del señor Inglethorp. Recuerde que el joven Mace nunca había hablado con él. ¿Cómo iba a sospechar que un hombre con su ropa, su barba y sus gafas no fuera él?

—Puede ser —dije, fascinado por la elocuencia de Poirot—. Pero si eso es cierto, ¿por qué no dijo dónde estaba a las seis de la tarde del lunes?

—Eso es, ¿por qué? —dijo Poirot, calmándose—. Si lo arrestaran, probablemente hablaría, pero yo no quiero que se llegue a ese extremo. Tengo que hacerle ver la gravedad de su posición. Naturalmente, hay algo deshonroso detrás de su silencio. Aunque no haya matado a su mujer, es un granuja y tiene algo que ocultar, completamente aparte del asesinato.

—¿Pero qué puede ser? —medité, ganado momentáneamente por los puntos de vista de Poirot, aunque conservando la débil convicción de que la explicación obvia era la acertada.

—¿No lo adivina? —preguntó Poirot, sonriendo.

—No. ¿Usted sí?

—Sí; se me ocurrió hace algún tiempo una pequeña idea y ha resultado correcta.

—No me lo había dicho —le reproché.

—Perdóneme, amigo mío, usted no era *sympathique* precisamente —se volvió a mirarme con seriedad—. Dígame, ¿comprende usted ahora que no debe ser arrestado?

—Quizá —dije ambiguamente, porque en realidad me tenía sin cuidado el destino de Alfred Inglethorp y pensaba que un buen susto no le haría daño.

Poirot, que me observaba atentamente, suspiró.

—Vamos, amigo mío —dijo cambiando de tema—, dejando aparte al señor Inglethorp, ¿qué opina usted de la investigación?

—Fue más o menos lo que esperaba.

—¿No hubo en ella nada que le pareciera extraño?

Mis pensamientos fueron hacia Mary Cavendish y dije, a la

defensiva:

—¿En qué sentido?

—Por ejemplo, la declaración de Lawrence Cavendish.

Sentí que me quitaba un peso de encima.

—¡Ah, Lawrence! No lo creo. Siempre ha sido un chico nervioso.

—La insinuación de que su madre podía haberse envenenado por accidente con el tónico que tomaba, ¿no le parece extraña, *hein*?

—No. Por supuesto, los médicos ridiculizaron su teoría, pero era una sugestión muy propia de un profano.

—Es que el señor Lawrence no es un profano. Usted mismo me ha dicho que había estudiado medicina y que obtuvo su título.

—Sí, es cierto. No me acordaba —me sobresalté—. Sí que es extraño.

Poirot asintió.

—Desde el primer momento su conducta ha sido algo particular. De toda la gente de la casa, sólo él estaba preparado para reconocer los síntomas del envenenamiento por estricnina, y nos encontramos con que es el único que sostiene la teoría de la muerte natural. Si hubiera sido el señor John, lo hubiera comprendido. No tiene conocimientos técnicos y carece de imaginación. Pero el señor Lawrence tenía que saber que era ridícula la idea que lanzó en la pesquisa. Me da qué pensar todo eso, amigo mío.

—Es desconcertante —convine.

—Luego tomemos a la señora Cavendish —continuó Poirot—. Ésa es otra que no dice todo lo que sabe. ¿Cómo interpreta usted su actitud?

—No la entiendo. Parece inconcebible que esté escudando a Alfred Inglethorp. Sin embargo, ésa es la impresión que da.

Poirot asintió, pensativo.

—Sí; es muy extraño. Lo seguro es que oyó de la «conversación privada» mucho más de lo que está dispuesta a admitir.

—Sin embargo, es la última persona a quien uno acusaría de humillarse fisgoneando.

—Exacto. Su declaración me demostró una cosa. Me equivoqué. Tenía razón Dorcas. La disputa tuvo lugar más temprano, a eso de las cuatro, como ella dijo.

Le miré con curiosidad. Nunca había comprendido su insistencia en ese punto.

—Sí, salieron hoy a relucir muchas cosas extrañas —continuó Poirot—. ¿*Qué hacía* el doctor Bauerstein levantado a aquella hora de la mañana? Me asombra que nadie haya comentado el hecho.

—Padece de insomnio, creo —dije ambiguamente.

—Ésa es una explicación muy buena o muy mala —observó Poirot—. Lo abarca todo y no explica nada. No apartaré mi vista de nuestro eminente doctor Bauerstein.

—¿Más fallos en la investigación? —pregunté con voz satírica.

—Amigo mío —replicó Poirot gravemente—, cuando vea usted que la gente no dice la verdad, ¡cuidado! Pues bien, en la sesión de hoy, a menos que esté completamente equivocado, sólo una persona, lo más dos, dijeron la verdad sin reservas ni subterfugios.

—Vamos, Poirot. Dejemos a Lawrence y a la señora Cavendish, pero John y la señorita Howard, ¿no decían la verdad?

—¿Los dos, amigo mío? Uno de ellos, se lo concedo, ¡pero los dos!

Sus palabras me produjeron una impresión desagradable. La declaración de la señorita Howard, con tener poca importancia, había sido hecha tan sincera, tan hondamente, que nunca se me hubiera ocurrido dudar de su veracidad. Sin embargo, sentía gran respeto por la sagacidad de Poirot, excepto en las ocasiones en que se comportaba como lo que yo calificaba en mi interior de «cabeza de chorlito».

—¿De verdad lo cree usted así? —pregunté—. La señorita Howard me ha parecido siempre tan íntegra. Casi en un grado molesto.

Poirot me miró con una curiosa expresión que no supe interpretar. Pareció como si fuera a hablar, pero luego se detuvo.

—En la señorita Murdoch —continué— no hay nada falso.

—No; pero es extraño que no haya oído nada, durmiendo en la habitación de al lado; mientras que la señora Cavendish, en la otra ala del edificio, oyó claramente la caída de la mesa.

—Bueno, es joven y tiene el sueño profundo.

—Desde luego. Debe ser una buena dormilona.

No me gustó el tono de su voz, pero en aquel momento oímos golpear la puerta vigorosamente y, mirando por la ventana, vimos a los detectives que nos esperaban.

Poirot cogió su sombrero, se retorció furiosamente su bigote, y,

sacudiendo de la manga una imaginaria mota de polvo, me hizo señas de que le precediera escaleras abajo. Allí nos unimos a los detectives y nos pusimos en marcha hacia Styles.

Creo que la aparición de los hombres de Scotland Yard fue un gran golpe, sobre todo para John. Nada como la presencia de dos detectives podía haberle hecho ver la verdad tan claramente.

Durante el camino, Poirot había conferenciado en voz baja con Japp y fue éste el que solicitó que todos los habitantes de la casa, con excepción de los criados, acudieran al salón. Me di cuenta de lo que esto significaba: Poirot iba a cumplir su promesa.

En mi interior no me sentía optimista. Poirot podía tener excelentes razones para creer en la inocencia de Inglethorp, pero un hombre del tipo de Summerhaye exigiría pruebas tangibles que era muy poco probable pudiera presentarse.

Poco después entramos todos en el salón, cuya puerta cerró Japp. Poirot, cortésmente, acercó sillas a todos. Los hombres de Scotland Yard eran el blanco de todas las miradas. Me parece que fue entonces cuando por primera vez nos dimos cuenta de que todo aquello no era una pesadilla, sino una realidad palpable. Habíamos leído cosas parecidas, pero ahora éramos nosotros los actores del drama. Al día siguiente, los periódicos de toda Inglaterra publicarían a los cuatro vientos la noticia con llamativos titulares:

MISTERIOSA TRAGEDIA EN ESSEX

MILLONARIA ENVENENADA

Vendrían fotografías de Styles, instantáneas de «la familia abandonando el lugar de la tragedia». El fotógrafo del pueblo no había estado ocioso. Todo lo que habíamos leído cientos de veces, esas cosas que pasan a otra gente, no a uno mismo. Y ahora, en esta casa, se había cometido un asesinato. Frente a nosotros estaban «dos detectives encargados del caso». La conocida fraseología pasó rápidamente por mi imaginación, hasta el momento en que Poirot inició la sesión.

Creo que todos se sorprendieron un poco al ver que él, y no uno de los policías, tomaba la iniciativa.

—Señoras y caballeros —dijo Poirot, inclinándose como si fuera

un personaje que se dispone a dar una conferencia—. Les he hecho venir aquí a todos por cierto motivo. Este motivo se refiere al señor Inglethorp.

Inglethorp estaba sentado un poco apartado de los demás. Creo que inconscientemente todos habían retirado algo su silla de la suya, y se sobresaltó ligeramente cuando Poirot anunció su nombre.

—Señor Inglethorp —dijo Poirot, dirigiéndose a él directamente —, una sombra negra se ha cernido sobre esta casa, la sombra de un asesinato.

Inglethorp movió la cabeza tristemente.

—¡Mí pobre esposa! —murmuró—. ¡Pobre Emily! Es horrible.

—Creo, señor —dijo Poirot categóricamente—, que no se da usted perfecta cuenta de lo horrible que puede ser… para usted.

Y como el señor Inglethorp parecía no comprender, añadió Poirot:

—Señor Inglethorp, está usted en un peligro muy grande.

Los dos detectives se agitaron inquietos. La advertencia oficial: «todo lo que usted diga será utilizado como prueba contra usted», pugnaba por salir de los labios de Summerhaye. Poirot continuó:

—¿Entiende usted ahora, señor?

—No. ¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir —dijo Poirot lentamente— que se sospecha de usted como asesino de su esposa.

Todos nos quedamos sin aliento, en suspenso, ante este lenguaje tan claro.

—¡Cielo santo! —gritó Inglethorp, poniéndose en pie de un salto —. ¡Qué idea más espantosa! ¡Yo… envenenar a mi idolatrada Emily!

Poirot observó atentamente.

—No creo —dijo— que se dé usted perfecta cuenta de lo desgraciada que ha sido su declaración en la pesquisa. Señor Inglethorp, sabiendo lo que acabo de decirle, ¿insiste usted en callar dónde estuvo a las seis de la tarde del pasado lunes?

Con un quejido, Alfred Inglethorp se derrumbó en su asiento y escondió la cara entre las manos.

Poirot se acercó a él y permaneció a su lado.

—¡Hable! —gritó en tono amenazador.

Haciendo un esfuerzo, Inglethorp levantó el rostro y lentamente,

vacilando, negó con la cabeza.

—¿No quiere usted hablar?

—No. No creo que nadie sea tan monstruo como para acusarme de lo que usted dice.

Poirot hizo un gesto, como si hubiera decidido.

—*Soit!* —dijo—. Hablaré yo por usted.

Alfred Inglethorp volvió a levantarse de un salto.

—¿Usted? ¿Cómo va usted a hablar? Usted no sabe… —se interrumpió bruscamente.

Poirot se volvió hacia nosotros.

—Señoras y caballeros. ¡Voy a hablar! ¡Escuchen! Yo, Hércules Poirot, afirmo que el hombre que entró en la farmacia y compró estricnina a las seis de la tarde del lunes no era el señor Inglethorp, porque a las seis de aquel día el señor Inglethorp acompañaba a la señora Raikes a su casa desde una granja vecina. Puedo presentar por lo menos cinco testigos que jurarán haberlos visto juntos, a las seis o inmediatamente después, y, como ustedes saben, Abbey Farm, la casa de la señora Raikes, está por lo menos a dos millas y media del pueblo. La coartada no admite objeción.

CAPÍTULO VIII

NUEVAS SOSPECHAS

Todos nos quedamos mudos por la estupefacción. Japp, el menos sorprendido, fue el primero en hablar.

—¡Palabra que es usted estupendo! —exclamó—. ¿Y no hay error posible, *monsieur* Poirot? Supongo que sus testigos son de fiar.

—Desde luego. He preparado una lista con sus nombres y direcciones. Puede usted hablar con ellos, naturalmente; pero lo encontrará todo en regla.

—Estoy seguro de ello —Japp bajó la voz—. Le estoy muy agradecido. En buena nos hubiéramos metido arrestándole —se volvió a Inglethorp—. Usted me perdonará, señor; pero ¿por qué no dijo todo esto en la investigación?

—Yo se lo diré —interrumpió Poirot—. Corría cierto rumor…

—Un rumor ruin y falso a todas luces —interrumpió Alfred Inglethorp con voz agitada.

—Y el señor Inglethorp deseaba fervientemente que no se promoviera ningún escándalo, precisamente ahora, ¿no es cierto?

—Exacto —asintió Inglethorp—. Ya comprenderá usted que, estando mi pobre Emily aún sin enterrar, quería evitar a toda costa que circularan esos falsos rumores.

—De usted para mí, señor —observó Japp—, yo hubiera preferido cualquier clase de rumores a ser arrestado por asesinato. Y me atrevo a pensar que su pobre esposa hubiera pensado lo mismo. Y lo cierto es que, de no ser por *monsieur* Poirot, le hubiéramos arrestado como dos y dos son cuatro.

—Obré estúpidamente, lo reconozco —murmuró Inglethorp—; pero usted no sabe, inspector, de qué modo he sido perseguido y calumniado.

Y lanzó a la señorita Howard una mirada de resentimiento.

—Ahora, señor —dijo Japp volviéndose vivamente hacia John —, me gustaría ver el cuarto de la señora y después tener una breve conversación con los criados. No se moleste usted por mí; *monsieur* Poirot me enseñará el camino.

Cuando salían todos del cuarto, Poirot me hizo seña de que le siguiera escaleras arriba. Luego me cogió por el brazo y me llevó aparte.

—Rápido, vaya a la otra ala del edificio. Quédese allí, en este lado de la puerta giratoria. No se mueva hasta que yo vuelva.

Entonces, dando rápidamente media vuelta, se reunió a los dos detectives.

Seguí sus instrucciones, ocupando mi posición junto a la puerta giratoria y preguntándome qué habría detrás de todo aquello. ¿Por qué tenía que hacer guardia precisamente en aquel lugar? Miré a lo largo del corredor, meditando. Una idea me asaltó. Con excepción del cuarto de Cynthia Murdoch, todas las habitaciones estaban en el ala izquierda. ¿Tendría algo que ver eso con mi presencia allí? ¿Tendría que dar cuenta de las entradas y salidas? Seguí en mi puesto fielmente. Pasaron los minutos. Nadie se presentó. No ocurrió nada.

Habrían pasado lo menos veinte minutos antes de que Poirot apareciera.

—¿No se ha movido usted de aquí?

—No, aquí me estuve, firme como una roca. Y nada ha ocurrido.

—¡Ah! —¿Estaría satisfecho o desilusionado?—. ¿No ha visto usted nada en absoluto?

—No.

—Pero sí habrá oído algo, un topetazo ¿no, amigo mío?

—No.

—¿Es posible? Ah, pues estoy muy irritado conmigo mismo. No suelo ser tan torpe. Hice un pequeño movimiento con la mano izquierda —ya conozco los pequeños movimientos de las manos de Poirot— y tiré la mesa que está junto a la cama.

Su irritación era tan pueril y estaba tan alicaído que me apresuré a consolarle.

—No se disguste, hombre. ¿Qué importancia tiene eso? Su triunfo de hace un rato le ha excitado. Se lo aseguro, fue una

sorpresa para todos nosotros. En ese enredo de Inglethorp con la señora Raikes debe de haber más de lo que pensábamos para que se negara a hablar con tanta obstinación. ¿Qué va usted a hacer ahora? ¿Dónde están los de Scotland Yard?

—Bajaron a interrogar a los sirvientes. Les he enseñado todas las pruebas que hemos reunido. Estoy desilusionado de Japp. ¡Carece de método!

—¡Vaya! —dije, mirando por la ventana—. Ahí está el doctor Bauerstein. Creo que tiene usted razón respecto a ese hombre, Poirot. No me gusta.

—Es muy inteligente —observó Poirot, pensativo.

—Sí, inteligente como el mismo demonio. La verdad es que disfruté el martes, viéndole en aquella facha. ¡No puede usted imaginarse qué cuadro!

Y le describí la aventura del doctor.

—¡Parecía un espantapájaros! Cubierto de barro de la cabeza a los pies.

—Entonces, ¿usted lo vio?

—Sí. Claro que él no quería pasar; acabábamos de cenar y estábamos en el salón; pero Inglethorp insistió tanto que el doctor entró.

—¿Qué? —Poirot me cogió violentamente por los hombros—. ¿Qué el doctor Bauerstein ha estado aquí el martes por la noche? ¿Aquí? ¿Y usted no me lo ha dicho? ¿Por qué no me lo ha dicho usted? ¿Por qué? ¿Por qué?

Parecía frenético.

—Querido Poirot —rebatí—. No creí que pudiera interesarle. No sabía que tuviera la menor importancia.

—¿Importancia? ¡Es importantísimo! ¡Así que el doctor Bauerstein ha estado aquí el martes por la noche, la noche del asesinato! Hastings, ¿es que usted no lo ve? ¡Esto lo cambia todo, todo!

Nunca le había visto tan trastornado. Me soltó y puso en pie mecánicamente un par de candelabros, murmurando aún para sí mismo:

—Sí, lo cambia todo, todo.

De pronto pareció tomar una decisión.

—*Allons!* —dijo—. Tenemos que actuar inmediatamente. ¿Dónde

está el señor Cavendish?

John estaba en el salón de fumar. Poirot fue derecho hacia él.

—Señor Cavendish. Tengo algo importante que hacer en Tadminster. Una nueva pista. ¿Puedo llevarme su coche?

—Desde luego. ¿Lo necesita inmediatamente?

—Sí, por favor.

John hizo sonar la campanilla y mandó sacar el coche. Diez minutos más tarde atravesábamos a toda velocidad el parque y tomábamos la carretera de Tadminster.

—Bien, Poirot —observé con aire resignado—, ¿no quiere usted decirme a qué viene todo esto?

—Amigo mío, una gran parte puede usted adivinarla. Naturalmente, usted comprenderá que, ahora que Inglethorp está fuera del asunto, toda la situación ha cambiado enteramente. Tenemos que enfrentarnos con un problema enteramente distinto. Sabemos que hay una persona que no compró el veneno. Hemos rechazado las pistas falsas. En cuanto a las verdaderas, he descubierto que todos en la casa, con excepción de la señora Cavendish, que jugaba con usted al tenis, pudo haberse hecho pasar por Inglethorp el lunes por la tarde. Igualmente, tenemos la declaración de Inglethorp de que dejó el café en el vestíbulo. Nadie se fijó mucho en esto en la pesquisa, pero ahora adquiere un significado totalmente distinto. Tenemos que averiguar quién llevó por fin el café a la señora Inglethorp y quién pasó por el vestíbulo mientras la taza estaba allí. Según su relato, sólo hay dos personas de las que podamos decir con toda seguridad que no se acercaron al café: la señora Cavendish y la señorita Cynthia. ¿No es eso?

—Sí, eso es.

Sentí que se me quitaba un peso del corazón. Mary Cavendish estaba completamente fuera de sospecha.

—Liberando a Alfred Inglethorp —continuó Poirot—, he tenido que mostrar mi juego antes de lo que pensaba. Mientras parecía que yo le perseguía el criminal se sentía a salvo. Ahora tendrá mucho más cuidado. Sí, mucho más cuidado.

Se volvió bruscamente hacia mí.

—Dígame, Hastings, ¿no sospecha usted de nadie?

Titubeé. A decir verdad, una idea descabellada me había pasado una o dos veces por la imaginación aquella mañana. Había querido

rechazarla por absurda, sin conseguirlo del todo.

—No puede llamarse sospecha —murmuré—. En realidad es una teoría.

—Vamos —me apremió Poirot, animándome—. No tenga miedo. Hable claramente. Hay que tener en cuenta nuestros instintos.

—Bien —dije bruscamente—, es absurdo, pero… ¡sospecho que la señorita Howard no dijo todo lo que sabe!

—¿La señorita Howard?

—Sí, ríase todo lo que quiera.

—De ningún modo. ¿Por qué había de reírme?

—No puedo menos de pensar —continué disparatando— que la hemos considerado completamente libre de sospechas, por el simple hecho de haber estado fuera del lugar del crimen. Pero después de todo, sólo estaba a quince millas de aquí. Un coche puede hacer ese recorrido en media hora. ¿Podemos asegurar que no estaba en Styles la noche del crimen?

—Sí, amigo mío —dijo Poirot inesperadamente—. Podemos. Una de las primeras cosas que hice fue telefonear al hospital donde trabaja.

—¿Y qué?

—Me han dicho que la señorita Howard estuvo de guardia la tarde del martes y que, habiendo llegado inesperadamente un convoy de heridos, se ofreció amablemente a quedarse por la noche, oferta que fue aceptada con prontitud. Asunto liquidado.

—¡Oh! —dije perplejo. Y continué—: Realmente, lo que me hizo sospechar fue su extraordinaria animosidad contra Inglethorp. No puedo menos de pensar que sería capaz de hacer cualquier cosa por perjudicarle. Y se me ocurrió que quizá sepa algo de la destrucción del testamento. Puede ser que haya destruido el nuevo, confundiéndolo con el anterior, a favor de Inglethorp. ¡Se ensaña tanto con él!

—¿Considera usted antinatural su animosidad?

—Sí. ¡Es tan violenta! Hasta me pregunto si estará en su sano juicio a ese respecto.

Poirot movió la cabeza con energía.

—No, no; va usted por mal camino. No hay en la señorita Howard nada de degeneración o debilidad mental. Es el resultado de la mezcla bien equilibrada de músculo y *beef* inglés. Es la

cordura personificada.

—Sin embargo, su odio hacia Inglethorp casi parece una manía. Mi idea, desde luego una idea ridícula, era que había intentado envenenarle a él y que por alguna razón la señora Inglethorp tomó el veneno equivocadamente. Pero no me explico cómo pudo hacerlo. Todo esto es absurdo y ridículo hasta la exageración.

—Sin embargo, tiene usted razón en una cosa: debemos sospechar de todo el mundo hasta poder probar lógicamente y a entera satisfacción que son inocentes. Ahora bien, ¿qué razones hay para que la señorita Howard haya envenenado deliberadamente a la señora Inglethorp?

—¡Pero si le tenía gran afecto!

—¡Tá, tá! —exclamó Poirot con irritación—. Razona usted como un chiquillo. Si la señorita Howard fuera capaz de envenenar a la anciana, sería igualmente capaz de simular afecto. No, tenemos que seguir pensando. Tiene usted razón al suponer que su animosidad contra Alfred Inglethorp es demasiado violenta para ser natural, pero la consecuencia que saca usted de ello es completamente errónea. Yo he sacado las mías y creo no equivocarme; pero no quiero hablar de ello por ahora —se detuvo de momento y luego prosiguió—: Ahora bien, según mi modo de pensar, hay una objeción que hacer a la idea de que la señorita Howard sea la asesina.

—¿Cuál?

—Que la muerte de la señora Inglethorp no la beneficia en lo más mínimo. Y no hay asesinato sin motivo.

Reflexioné.

—¿No podía haber hecho la señora Inglethorp un testamento a su favor?

Poirot negó con la cabeza.

—Pues usted mismo sugirió la posibilidad a Wells.

Poirot sonrió.

—Lo hice por una razón. No quise mencionar el nombre de la persona que tenía realmente en la cabeza. La señora Howard ocupa una posición parecida a la de dicha persona. Por eso utilicé su nombre.

—Con todo creo que la señora Inglethorp puede haber hecho eso. Aquel testamento de la tarde de su muerte puede…

Poirot negó con la cabeza tan enérgicamente que me detuve.

—No, amigo mío. Tengo ciertas pequeñas ideas propias acerca de ese testamento. Pero sólo puedo decirle esto: no era en favor de la señorita Howard.

Acepté su afirmación, aunque realmente no comprendí cómo podía estar tan seguro de ello.

—Bueno —dije con un suspiro—, absolveremos a la señorita Howard. En parte es culpa suya el que yo haya llegado a sospechar de ella. Lo que usted dijo acerca de su declaración en la pesquisa puso en marcha mi imaginación.

Poirot pareció desconcertado.

—¿Qué es lo que yo dije de su declaración en la indagatoria?

—¿No lo recuerda? Fue cuando yo hice notar que ella y John Cavendish estaban por encima de toda sospecha.

—¡Ah, sí! —parecía un poco confuso, pero se recobró pronto—. Por cierto, Hastings, me gustaría que me hiciera usted un favor.

—Desde luego, ¿qué es?

—La próxima vez que se encuentre usted a solas con Lawrence Cavendish, quiero que le diga esto: «Tengo un mensaje de Poirot para ti». Dice: «Encuentre la taza de café perdida y podrá dormir en paz». Nada más y nada menos.

—«Encuentre la taza de café perdida y podrá dormir en paz». ¿Es así? —pregunté, desconcertado.

—Excelente.

—Pero ¿qué quiere decir?

—¡Ah! Eso le dejaré a usted que lo descubra solo. Usted conoce los hechos. Dígale eso a Lawrence y vea lo que dice.

—Muy bien, pero esto es muy misterioso.

Entrábamos en el pueblo y Poirot condujo el coche al laboratorio.

Poirot saltó a tierra con viveza y entró en el edificio. Minutos más tarde estaba de vuelta.

—Bueno —dijo—. Eso es todo.

—¿Qué fue usted a hacer ahí dentro? —pregunté con viva curiosidad.

—He dejado algo para que lo analicen.

—Sí, ¿pero qué?

—Una muestra del chocolate que cogí del cazo que estaba en la

habitación.

—¡Pero si ya ha sido analizado! —exclamé, estupefacto—. El doctor Bauerstein lo hizo analizar y usted mismo se rió ante la posibilidad de que hubiera estricnina en él.

—Ya sé que el doctor Bauerstein lo mandó analizar —replicó Poirot tranquilamente.

—¿Y entonces?

—Nada, que se me ha ocurrido que lo analicen de nuevo.

Y ya no pude sacar de él otra palabra sobre el asunto.

El proceder de Poirot respecto al chocolate me dejó perplejo. Todo aquello me parecía sin pies ni cabeza. Sin embargo, mi confianza en él, que parecía haber disminuido en los últimos tiempos, se había acrecentado ante su reciente triunfo, cuando demostró la inocencia de Alfred Inglethorp.

El funeral de la señora Inglethorp se celebró el día siguiente. El lunes bajé tarde a desayunar y John me llevó aparte para informarme de que el señor Inglethorp se marchaba aquella mañana, estableciéndose en el hotel del pueblo mientras trazaba sus planes para el futuro.

—Y realmente, Hastings, es un alivio pensar que se marcha —continuó mi amigo—. La situación no era agradable cuando todos pensábamos que lo había cometido él, pero que me emplumen si no es mucho peor ahora, después de haberle tratado tan duramente. Porque la verdad es que lo hemos tratado de un modo abominable. Claro que todo estaba contra él. No creo que nadie pueda censurarnos por pensar lo que hemos pensado. Sin embargo, no hay que darle vueltas, estábamos equivocados. Y la idea de darle satisfacciones a un individuo que sigue disgustándonos profundamente no tiene nada de agradable. ¡Es una situación horrible! Le agradezco que haya tenido la delicadeza de quitarse de en medio. Afortunadamente, Styles no era de mi madre. No podría soportar la idea de que ese tipo fuera el amo de todo esto. Él se quedará con el dinero.

—¿Podrás sostener bien la casa?

—¡Ah, sí! Hay que pagar los derechos reales, como es natural, pero la mitad del dinero de mi padre está vinculado a la casa y Lawrence seguirá con nosotros por el momento, de modo que también está su parte. Pasaremos algunos apuros al principio. Ya te

he dicho que yo mismo estoy en un atolladero. Pero los acreedores esperarán ahora sin apresurarse.

Satisfechos ante la próxima marcha de Inglethorp, nuestro desayuno fue el más animado desde la tragedia. Cynthia volvía a ser la muchacha encantadora de siempre, animada y vivaz, y todos, con excepción de Lawrence, que continuaba sombrío y nervioso, estábamos plácidamente alegres ante la visión de un futuro nuevo y risueño.

Los periódicos, naturalmente, traían amplia información de la tragedia. Deslumbrantes titulares, biografías intercaladas de cada miembro de la familia, insinuaciones sutiles y el conocido estribillo «la Policía tiene una pista». No se nos escatimó nada. Era un período de tranquilidad. La guerra estaba momentáneamente en un punto muerto y los periódicos se agarraban con avidez a este crimen del gran mundo. El «Misterioso caso de Styles» era el tópico del día.

Naturalmente, esto resultaba irritante para los Cavendish. Los periodistas asediaban constantemente la casa y, aunque se les negó terminantemente la entrada, continuaban paseándose por el pueblo y los campos próximos a Styles con la máquina fotográfica preparada para coger desprevenido a algún miembro de la familia. Vivíamos en un torbellino de publicidad. Los hombres de Scotland Yard iban y venían, examinándolo todo, haciendo preguntas, con ojos de lince, pero refrenando la lengua. No sabíamos qué fin perseguían. ¿Tenían alguna pista o quedaría todo como un crimen más sin aclarar?

Después del desayuno, Dorcas se me acercó con mucho misterio y me preguntó, casi en voz baja, si podía hablar unas palabras conmigo.

—Desde luego. ¿De qué se trata, Dorcas?

—Bien, señor, no es más que esto. ¿Va usted a ver hoy al caballero belga?

Yo asentí.

—Bien, señor. ¿Recuerda usted aquella pregunta tan rara que me hizo sobre si la señora o alguien de la casa tenía un traje verde?

—Sí, sí. ¿Es que ha encontrado usted uno?

Mi interés se había despertado.

—No, eso no, señor. Pero después he recordado lo que los

señoritos —John y Lawrence eran todavía «los señoritos» para Dorcas— llaman «el arca de los disfraces». Está en el desván, señor. Es un gran cofre lleno de ropas viejas, trajes de carnaval y cosas por el estilo. Y se me ocurrió de pronto que podía ser que hubiera allí un traje verde. De modo que si quiere usted decírselo al caballero belga…

—Se lo diré, Dorcas —prometí.

—Muchas gracias, señor. Es un caballero muy agradable, señor. Y muy distinto de los dos detectives de Londres que andan por ahí espiando y haciendo preguntas. Por regla general no me gustan los extranjeros. Pero por lo que dicen los periódicos, esos valientes belgas no son como los demás extranjeros, y, desde luego, él es un caballero que habla con mucha educación.

¡Querida Dorcas! Allí, de pie, con el honrado rostro levantado hacia mí, era el prototipo de la criada antigua, especie que está desapareciendo tan rápidamente…

Me pareció que sería mejor bajar al pueblo inmediatamente para ver a Poirot, pero me lo encontré a mitad del camino en dirección a la casa y le di el mensaje de Dorcas.

—¡Ah!, la buena de Dorcas. Miraremos el arca, aunque… Pero no importa, la examinaremos de todos modos.

Entramos en la casa por una de las puertas-ventanas. No había nadie en el vestíbulo y subimos directamente al desván.

En efecto, allí estaba el cofre, un elegante mueble antiguo, tachonado de clavos de bronce y lleno hasta desbordar de ropas de todas clases imaginables.

Poirot lo amontonó todo en el suelo, sin ninguna ceremonia. Había una o dos prendas verdes de diferentes tonalidades; pero Poirot meneó la cabeza al verlas. Parecía rebuscar con apatía, como si no esperara gran cosa de su trabajo. De pronto profirió una exclamación.

—¿Qué pasa?

—¡Mire!

El arca estaba casi vacía y allí, en el fondo, había una magnífica barba negra.

—*Ochó!* —exclamó Poirot—. *Ochó!* —cogió la barba y le dio muchas vueltas, examinándola atentamente—. Nueva —observó—. Sí, completamente nueva.

Después de titubear un momento, volvió a colocarla en el cofre, amontonó encima, como estaban antes, todas las demás cosas y bajó rápidamente la escalera. Se fue directamente al *office*, donde encontramos a Dorcas, muy atareada limpiando la plata.

Poirot le dio los buenos días con áulica cortesía y continuó:

—Hemos estado mirando ese cofre, Dorcas. Le estoy muy agradecido por haberlo mencionado. Verdaderamente tienen ustedes allí una buena colección de cosas. ¿Y usan todo eso con frecuencia?

—Bueno, señor, no con mucha frecuencia en estos tiempos, aunque de tarde en tarde tenemos lo que los señoritos llaman una «noche de disfraces». Y algunas veces es muy divertido, señor. El señorito Lawrence ¡es maravilloso, de lo más cómico! No se me olvidará la noche en que bajó vestido como el *Sha* de Persia o algo así, dijo él, una especie de rey oriental. Llevaba un gran cuchillo de papel en la mano y me dijo: «¡Mucho cuidado, Dorcas, tiene usted que ser muy respetuosa! ¡Con esta cimitarra le cortaré la cabeza si me disgusta!». La señorita Cynthia era lo que llaman un apache o algo por el estilo; me pareció que era como un bandido a la francesa. ¡Había que verla! Parece mentira que una señorita tan guapa como ella se hubiera convertido en semejante bandolero. Nadie la hubiera reconocido.

—Deben de haber resultado muy divertidas todas esas fiestas —dijo Poirot en tono afable—; ¿y el señor Lawrence se pondría esa hermosa barba negra que hay en el cofre del desván cuando se vistió de *Sha* de Persia?

—Llevaba la barba, señor —replicó Dorcas sonriendo—. Bien que me acuerdo, porque me cogió dos madejas de la lana negra de mi labor para hacerla. Y le aseguro que de lejos parecía natural. No sabía que hubiera una barba arriba. Han debido traerla hace poco. Sé que había una peluca roja, pero ninguna otra cosa de pelo. Generalmente se tiznaban con corchos quemados, aunque es muy sucio y muy difícil de quitar. La señorita Cynthia se disfrazó una vez de negro y ¡qué trabajo le costó!

—De modo que Dorcas no sabe nada de la barba negra —musitó Poirot pensativo cuando volvíamos de nuevo vestíbulo.

—¿Cree usted que ésa es *la* barba? —susurré con ansiedad.

Poirot asintió.

—Sí, eso creo. ¿No ha notado usted que ha sido recortada?

—No.

—Pues sí. Tenía la forma exacta de la de Inglethorp y encontré algunos cabellos cortados. Hastings, este asunto es muy oscuro.

—¿Quién la pondría en el cofre?

—Alguien muy inteligente —observó Poirot seriamente—. ¿Se da usted cuenta de que ha escogido el único lugar en toda la casa donde su presencia no hubiera llamado la atención? Sí, es muy inteligente. Pero nosotros tenemos que ser más inteligentes que él. Tenemos que ser tan inteligentes como para pasar a su ojos por tontos.

Yo asentí.

—Amigo mío, puede usted ayudarme mucho, pero mucho, en todo ello.

Me complació mucho el cumplido. Hubo momentos en los que creí que Poirot no me apreciaba en mi verdadero valor.

—Sí —continuó, mirándome pensativo—. Usted será de valor incalculable.

Esto era muy agradable de oír, pero las siguientes palabras de Poirot no lo fueron tanto.

—Tengo que tener un aliado en la casa —dijo pensativo.

—Me tiene usted a mí —protesté.

—Cierto, pero usted no es suficiente.

Esto me dolió y no lo oculté. Poirot se apresuró a explicarse.

—No ha comprendido usted lo que quiero decir. Todo el mundo sabe que trabaja usted conmigo. Necesito a alguien que no se relacione con nosotros en ningún momento.

—¡Ah, ya! ¿Qué le parece John?

—No, creo que John no.

—Puede que el pobre John no sea muy brillante —dije, pensativo.

—Ahí viene la señorita Howard —dijo Poirot de pronto—. Es la persona más indicada. Pero me ha puesto en su lista negra desde que demostré la inocencia del señor Inglethorp. De todos modos, puede intentarse.

Con una inclinación de cabeza secamente cortés, la señorita Howard accedió a la petición que le hizo Poirot de unos minutos de conversación.

Entramos en el pequeño saloncito y Poirot cerró la puerta.

—Bueno, *monsieur* Poirot —dijo la señorita Howard con impaciencia—. ¿Qué ocurre? Suéltelo pronto. Estoy ocupada.

—¿Recuerda usted, señorita, que una ocasión le pedí que me ayudara?

—Lo recuerdo —asintió la señorita Howard— y le contesté que le ayudaría con gusto… a colgar a Alfred Inglethorp.

—¡Ah! —Poirot estudió su rostro con seriedad—. Señorita Howard, voy a hacerle una pregunta. Le ruego que me conteste sinceramente.

—¡Nunca digo mentiras! —replicó la señorita Howard.

—Es ésta. ¿Todavía cree usted que la señora Inglethorp fue envenenada por su marido?

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó ella desabrida—. No crea usted que sus preciosas explicaciones me convencen lo más mínimo. Admito que no fue él quien compró la estricnina en la farmacia, pero ¿eso qué importa? Creo que utilizó papel de matar moscas, como le he dicho desde el primer momento.

—Eso es arsénico, no estricnina —aclaró Poirot suavemente.

—¿Qué importa? El arsénico quitaría de en medio a la pobre Emily tan eficazmente como la estricnina. Si estoy convencida de que lo hizo, no me importa un bledo *cómo* lo hizo.

—Exactamente, si usted está convencida de que lo hizo… —dijo Poirot con calma—. Le haré la pregunta de otra forma. ¿Ha creído usted alguna vez, en lo más recóndito de su corazón, que la señora Inglethorp fue envenenada por su esposo?

—¡Cielo Santo! —exclamó la señorita Howard—. ¿No he dicho siempre que la mataría en su propio lecho? ¿No lo he odiado siempre como al mismísimo diablo?

—Exactamente —dijo Poirot—. Esto confirma por completo mi pequeña idea.

—¿Qué pequeña idea?

—Señorita Howard. ¿Recuerda usted una conversación que se celebró aquí el día de la llegada de mi amigo? Me la ha repetido y hay una frase de usted que me impresionó mucho. ¿Recuerda que usted afirmó que si se asesinaba estaría usted segura de conocer por instinto al criminal, aunque no pudiera comprobarlo?

—Sí, recuerdo haberlo dicho. Y es cierto. Supongo que usted

creerá que es una tontería…

—De ningún modo.

—¿Y sin embargo no hace usted caso de lo que mi instinto me dice en contra del señor Inglethorp?

—No —repuso Poirot concisamente—; porque su instinto no está contra el señor Inglethorp.

—¿Qué?

—No. Usted desea creer que él ha cometido el crimen. Usted lo cree capaz de cometerlo. Pero su instinto le dice que no lo cometió. Le dice… ¿Continúo?

Ella le miraba con los ojos abiertos, fascinada, y con la mano hizo un movimiento afirmativo.

—¿Le explico por qué se ha puesto usted tan apasionadamente en contra del señor Inglethorp? Porque usted, trata de creer lo que quiere creer, porque está usted esforzándose en callar y ahogar su instinto, que apunta hacia otra persona.

—¡No, no, no! —La señorita Howard dio un grito salvaje, levantando los brazos—. ¡No lo diga! ¡No lo diga! ¡No es verdad! ¡No puede ser verdad! ¡No sé cómo ha podido entrar en mi cabeza esa idea tan disparatada, tan horrible!

—¿Tengo razón o no?

—Sí, sí. Debe de ser usted un brujo para haberlo adivinado. Pero no puede ser cierto, es demasiado monstruoso, es imposible. *Tiene* que ser Alfred Inglethorp.

Poirot movió la cabeza con gravedad.

—No me pregunte —continuó la señorita Howard—, porque no se lo diré. Ni aun a mí misma quiero admitírmelo. He debido estar loca para pensar semejante cosa.

Poirot asintió, como si estuviese satisfecho.

—No le preguntaré nada. Me basta con saber que es como yo había pensado. Y… también a mí me dice algo mi instinto: nos dirigimos juntos hacia una meta común.

—No me pida que le ayude, porque no lo haré. No moveré un dedo para… para… —balbució.

—Me ayudará usted, mal que le pese. No le pido nada, pero será usted mi aliado. Usted no sería capaz de ayudar por sí misma, pero hará lo único que le pido.

—¿Y qué es lo que me pide usted?

—¡Vigilar!

Evelyn Howard inclinó la cabeza y se tapó la cara con las manos.

—Sí, no puedo dejar de hacerlo. Siempre estoy vigilando, con la esperanza de comprobar que me he equivocado.

—Si nos equivocamos, tanto mejor —dijo Poirot—. Nadie se alegrará más que yo. Pero ¿y si tenemos razón? Si tenemos razón, señorita Howard, ¿en qué lado se pondría usted?

—No sé, no sé…

—Vamos, hable.

—Podríamos callarlo…

—No, no podríamos.

—La pobre Emily… —se interrumpió.

—Señorita Howard —acusó Poirot gravemente—, su actitud es indigna de usted.

De pronto, la señorita Howard separó las manos de su rostro.

—Sí —dijo recobrando su calma—. La que hablaba antes no era Evelyn Howard —levantó la cabeza con orgullo—. Evelyn Howard aparece ahora y está al lado de la justicia, ¡cueste lo que cueste! ¡Lo haría!

Y con estas palabras salió decidida de la habitación.

—Ahí va un aliado valioso —dijo Poirot, siguiéndola con la vista —. Esa mujer, Hastings, tiene cabeza y corazón.

No respondí.

—El instinto es algo maravilloso —musitó Poirot—. No podemos negar su existencia, aunque no pueda ser explicado.

—Parece ser que usted y la señorita Howard saben de lo que hablan —observé fríamente—. Quizá no se da usted cuenta de que yo sigo en las nubes.

—¿De verdad? ¿Es cierto, amigo mío?

—Sí. ¿Quiere usted explicarme?

Poirot me observó atentamente durante unos instantes. Al fin, con gran sorpresa por mi parte, movió la cabeza negativamente.

—No, amigo mío.

—¡Pero, vamos! ¿Por qué no?

—No deben compartir un secreto más de dos personas.

—Me parece muy injusto que me oculte los hechos.

—No estoy ocultando hechos. Todos los hechos que conozco los

conoce usted. Puede usted sacar sus propias conclusiones. Ahora es cuestión de ideas.

—De todos modos sería interesante conocerlas.

Poirot me miró muy serio y movió la cabeza de nuevo.

—No —dijo tristemente—, usted no tiene instinto.

—Era inteligencia lo que usted pedía hace un momento —indiqué.

—Con frecuencia van los dos juntos —dijo Poirot con voz misteriosa.

La observación me pareció tan fuera de lugar que ni siquiera me tomé la molestia de replicar. Pero decidí que, si hacía algún descubrimiento importante o interesante, lo cual era seguro, me lo guardaría para mí y sorprendería a Poirot con el resultado final.

Capítulo IX

EL DOCTOR BAUERSTEIN

No había tenido la oportunidad todavía de transmitirle a Lawrence el mensaje de Poirot. Pero, un poco más tarde, paseándome por el césped y alimentando aún un resentimiento contra mi amigo por su conducta arbitraria, vi a Lawrence en el campo de *cricket*. Golpeaba a la ventura dos pelotas muy viejas con un mazo más viejo todavía.

Me pareció una buena oportunidad para entregarle el mensaje. De otro modo, el mismo Poirot me hubiera relevado de ello. Era cierto que no se alcanzaba su propósito muy claramente, pero me hacía ilusiones de averiguarlo por la contestación de Lawrence y por unas cuantas preguntas hábiles que yo le hiciera. Le abordé, por tanto.

—Te estaba buscando —mentí.

—¿Sí?

—Sí. Tengo un mensaje para ti… de Poirot.

—¿De veras?

—Me dijo que esperara a estar a solas contigo.

Y al decir esto bajé la voz significativamente, vigilándole con astucia con el rabillo del ojo. Siempre he sido muy hábil para eso que llaman, según creo, «crear atmósfera».

—¿Y qué?

La expresión de su rostro, moreno y melancólico, no cambió. ¿Tendría idea de lo que iba a decirle?

—El mensaje es éste —bajé aún más la voz—: «Encuentre la taza de café perdida y podrá dormir en paz».

—¿Qué significa eso?

Lawrence me miraba con una estupefacción que no era fingida.

—¿Es que tú no lo sabes?

—En absoluto. ¿Lo sabes tú?

Me vi forzado a negar con la cabeza.

—¿Qué taza de café?

—No lo sé.

—Sería mejor que preguntara a Dorcas o alguna de las criadas, si quiere saber algo de tazas de café. Es cosa de mujeres, no mía. No sé nada de tazas de café, como no sea que tenemos unas que nunca usamos y que son una verdadera maravilla. Porcelana antigua de Worcester. ¿Eres entendido en porcelana, Hastings?

Hice con la cabeza un movimiento negativo.

—No sabes lo que te pierdes. Es un placer incomparable tener en la mano una pieza perfecta de porcelana antigua; hasta el mirarlo lo es.

—Bueno, ¿qué le digo a Poirot?

—Dile que no sé de qué me habla. Es un jeroglífico para mi persona.

—Muy bien.

Me dirigí hacia la casa cuando me llamó de pronto.

—Es decir, ¿cuál era el final del mensaje? ¿Quieres repetírmelo?

—«Encuentre la taza de café perdida y podrá dormir en paz». ¿Estás seguro de que no sabes lo que quiere decir? —pregunté con ansiedad, deseoso a mi vez de comprender algo.

Movió la cabeza, negando.

—No —dijo en un susurro—. ¡Ojalá lo supiera!

En aquel momento sonó el batintín y nos dirigimos juntos a la casa. John había invitado a Poirot a almorzar y mi amigo el detective estaba ya sentado a la mesa desde momentos antes.

Por acuerdo tácito, se habían excluido las alusiones a la tragedia. Hablamos de la guerra y de otros temas generales. Pero después de que Dorcas sirvió el queso y las galletas y abandonó el comedor, Poirot, de pronto, se inclinó hacia la señora Cavendish.

—Perdóneme, señora, por traerle a la memoria recuerdos desagradables, pero tengo una pequeña idea —las «pequeñas ideas» de Poirot habían llegado a ser una broma para todos—. Me gustaría hacerle un par de preguntas.

—¿A mí? Desde luego.

—Es usted muy amable, *madame*. Lo que quiero preguntarle es esto: ¿Dijo usted que la puerta de comunicación entre el cuarto de

la señora Inglethorp y el de *mademoiselle* Cynthia estaba cerrada?

—Claro que estaba cerrada —replicó Mary Cavendish—. Ya lo he dicho en el interrogatorio.

Parecía perpleja.

—Quiero decir —explicó Poirot— si está usted segura de que tenía el cerrojo echado, que no estaba solamente cerrada.

—¡Ah! Ya veo lo que quiere usted decir. No, no lo sé. Quise decir únicamente que estaba cerrada, que no pude abrirla. Pero creo que todas las puertas han sido encontradas con el cerrojo echado por dentro.

—De todos modos, en lo que a usted se refiere, la puerta podía estar simplemente cerrada con llave.

—Sí, sí.

—¿Y no se fijó usted por casualidad, *madame*, cuando entró en el cuarto de la señora Inglethorp, si la puerta tenía echado el cerrojo?

—Creo… creo que sí.

—Pero ¿usted no lo vio?

—No, yo… no miré.

—Yo sí miré —interrumpió Lawrence súbitamente—. Me di cuenta por casualidad de que *estaba* corrido.

—¡Ah! Eso lo explica.

Y Poirot quedó cabizbajo.

No pude menos de regocijarme de que, por una vez, una de sus «pequeñas ideas» no hubiera conducido a nada práctico.

Después de almorzar, Poirot me rogó le acompañara a su casa. Acepté fríamente.

—Está usted enfadado, ¿verdad? —preguntó con ansiedad mientras cruzábamos el parque.

—Yo no —dije fríamente.

—¡Ah, bueno! Eso me quita un gran peso de encima.

No era ésa precisamente mi intención. Esperaba haberle hecho notar mi actitud resentida. De todos modos, el fervor con que me habló puso fin a mi justificado disgusto y me ablandé.

—Le he dado a Lawrence su mensaje —dije.

—¿Y qué le contestó? Se desconcertó por completo, ¿no es verdad?

—Sí. Estoy completamente seguro de que no tiene idea de lo que usted quería decir.

Esperaba que Poirot se hubiera desilusionado con mi informe; pero, con gran sorpresa por mi parte, replicó que eso era lo que había supuesto y que estaba muy contento. Mi orgullo me impidió formular más preguntas.

Poirot cambió de conversación.

—¿Cómo es que *mademoiselle* Cynthia no almorzó hoy con nosotros?

—Está en el Hospital. Ha vuelto hoy al trabajo.

—Ah, es una señorita muy inteligente. Y también muy bonita. Se parece a algunos cuadros que he visto en Italia. Me gustaría mucho ver su dispensario. ¿Cree usted que me lo permitiría?

—Estoy seguro de que le encantará hacerle los honores. Es un lugar muy interesante.

—¿Va allí todos los días?

—Tiene los miércoles libres y los sábados viene a almorzar a casa. Son sus únicas horas libres. Trabaja con intensidad.

—Lo tendré presente. Las mujeres están haciendo una gran labor en nuestros días, y *mademoiselle* Cynthia es inteligente de veras. ¡Ya lo creo que esa pequeña tiene buena cabeza!

—Sí. Creo que ha pasado un examen bastante duro.

—No lo dudo. Después de todo, es un trabajo de mucha responsabilidad. ¿Tendrán allí venenos activos?

—Sí, nos los enseñó. Están guardados en un armarito. Creo que tienen que ir con mucho cuidado con ellos. Antes de dejar la habitación siempre cierran con llave dicho armarito.

—Naturalmente. Y ese armarito ¿está cerca de la ventana?

—No. Está precisamente en el lado opuesto de la habitación. ¿Por qué?

—Por nada, por saber. ¿Entra usted conmigo, querido Hastings?

Estábamos ya ante el chalet.

—No. Creo que me vuelvo. Daré un paseo por los bosques.

Los bosques que circundaban Styles eran muy hermosos. Después del paseo por el parque resultaba agradable vagar perezosamente por los frescos claros de la arboleda. Apenas se movía una hoja. Hasta el trinar de los pájaros sonaba tenue y como amortiguado. Anduve un pequeño trecho y después me tumbé bajo una vieja haya. Mis pensamientos hacia la Humanidad eran amables y caritativos. Hasta perdoné a Poirot sus absurdos secretos. Me

sentía en paz con el mundo. Bostecé.

Me puse a pensar en el crimen y me pareció irreal y como muy lejos de mí.

Bostecé de nuevo.

Probablemente, pensaba, todo aquello no había ocurrido en realidad. Tenía que ser todo una pesadilla. La verdad era que Lawrence había asesinado a Alfred Inglethorp con un mazo de *cricket*. Pero era absurdo que John armara por ello semejante escándalo y que anduviera gritando: «¡Te digo que no lo consentiré!».

Me desperté sobresaltado.

Inmediatamente me di cuenta de que me encontraba en un trance muy apurado, pues a unos metros de distancia estaban John y Mary Cavendish, de pie uno frente al otro, y era evidente que disputaban. También era evidente que no habían advertido mi presencia, ya que, antes de que pudiera moverme o hablar, John repetía las palabras que me habían despertado:

—¡Te digo, Mary, que no lo consentiré!

Oí la voz de Mary, fría y clara, al contestar:

—¿Tienes *tú* algún derecho a criticar mis actos?

—Todo el pueblo hablará. Mi madre enterrada el sábado y tú correteando por ahí sin controlar el tiempo, con ese tipo antipático.

—¡Ah, vamos! —Mary se encogió de hombros—. Lo único que te importa es el comadreo.

—No es sólo eso. Y estoy harto de verle por aquí. Además, es un judío polaco.

—Unas gotas de sangre judía no perjudican. Influyen favorablemente sobre la… —le miró— la imperturbable estupidez del inglés medio.

Había fuego en sus ojos y hielo en su voz. No me extrañó que John enrojeciera vivamente.

—¡Mary!

—¿Qué?

El tono de su voz no había cambiado. La súplica murió en los labios de John.

—¿Quieres decir que seguirás viendo a Bauerstein contra mi expreso deseo?

—Sí, si se me antoja.

—¿Me desafías?

—No, pero te niego todo derecho a criticar mis actos. ¿No tienes tú amigos que yo desaprobaría?

John se echó atrás. El color desapareció de su rostro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con voz insegura.

—¡Ya lo ves! —dijo Mary tranquilamente—. Te das cuenta, ¿verdad?, de que *tú* no tienes derecho a escogerme a *mí* mis amigos.

John la miró suplicante. Parecía profundamente herido.

—¿Que no tengo derecho, Mary? ¿Que no tengo derecho? —dijo con voz vacilante. Extendió sus manos hacia ella—. ¡Mary!

Por un momento creí que Mary vacilaba. Su expresión se dulcificó, pero de pronto dio media vuelta y exclamó casi con fiereza:

—¡Ninguno!

Se marchaba ya, y John corrió tras ella y la cogió por un brazo.

—Mary —su voz era muy tranquila—, ¿estás enamorada de ese Bauerstein?

Mary titubeó y súbitamente su rostro adquirió una expresión extraña, vieja como el mundo y sin embargo eternamente joven. Las esfinges de Egipto podían haber sonreído así.

Se soltó suavemente y le habló por encima del hombro.

—Puede ser.

Y se marchó rápidamente, dejando a John en el claro del bosque, en pie, como petrificado.

Me acerqué procurando hacer ruido, rompiendo algunas ramas secas con los pies. John se volvió. Afortunadamente supuso que acababa de llegar al lugar de la escena.

—Hola, Hastings, ¿has dejado a salvo en su casa al hombrecillo? Es un tipo muy curioso. ¿Y es tan bueno realmente?

—Estaba considerado como uno de los mejores detectives de su época.

—Ah, entonces supongo que será bueno. Pero ¡qué mundo éste tan asqueroso!

—¿Te parece asqueroso? —pregunté.

—¡Oh, Dios, así lo creo! Para empezar, está ese horrible asunto. Los hombres de Scotland Yard entrando y saliendo como Perico por su casa. Nunca sabe uno por dónde van a aparecer. Y esos escandalosos titulares de los periódicos. ¡Condenados periodistas!

¿Sabes que se había reunido una verdadera multitud en las puertas del parque esta mañana? Para estos aldeanos este asunto es como una Cámara de los Horrores de *madame* Tussaud gratuita. ¡Resulta insoportable!

—Anímate, John —dije, tratando de suavizar su ira—. Esto no va a durar eternamente.

—¿Tú crees que no? Durará lo suficiente para que ninguno de nosotros pueda volver a levantar la cabeza en mucho tiempo.

—No, no, no te pongas morboso.

—Hay como para volverse loco. Sentirse asediado por esos idiotas de cara de torta, por más que uno se esconda. Pero todavía hay cosas peores.

—¿Qué?

Bajó la voz.

—¿Has pensado, Hastings, en quién podría ser el asesino? Porque para mí es una pesadilla. A veces no puedo menos de pensar que debe haber sido un accidente. Porque… porque… ¿quién puede haberlo hecho? Ahora que Inglethorp está fuera del asunto, no queda nadie; es decir, sólo quedamos nosotros…

Realmente, ¡qué pesadilla para cualquiera! ¿Uno de nosotros? Claro, tenía que ser, a menos que…

Se me ocurrió una nueva idea. La estudie rápidamente. La luz se hacía en mi cerebro. La misteriosas andanzas de Poirot, sus insinuaciones, todo encajaba. ¡Que tonto había sido al no pensar antes en ella y qué alivio para todos nosotros!

—No, John —dije—, no ha sido ninguno de nosotros. Eso es imposible.

—Ya lo sé; pero entonces, ¿quién?

—¿No lo adivinas?

—No.

Miré a nuestro alrededor con precaución y dije en voz baja:

—El doctor Bauerstein.

—¡Imposible! ¿Qué interés iba a tener él en la muerte de mi madre?

—Eso no lo sé —confesé—; pero te diré una cosa: Poirot piensa lo mismo.

—¿Poirot? ¿Y cómo lo sabes?

Le conté cómo se había excitado Poirot al saber que el doctor

Bauerstein había estado en Styles la noche fatal, y añadí:

—Dijo dos veces: «Esto lo cambia todo». Y he estado pensando sobre ello. Ya sabes que Inglethorp dijo que había dejado el café en el vestíbulo, y fue precisamente entonces cuando llegó Bauerstein. ¿No pudo el doctor echar algo en el café al pasar, cuando cruzó el vestíbulo? ¿No lo encuentras verosímil?

—¡Hum! —dijo John—. Hubiera sido muy arriesgado.

—Sí, pero es posible.

—Y además, ¿cómo iba a saber él que era el café de mi madre? No, chico, no creo que eso pueda tomarse en consideración.

Pero recordé otra cosa aún.

—Tienes razón. No fue así cómo lo hizo. Escucha.

Y le conté que Poirot había mandado analizar la muestra del chocolate.

John me interrumpió.

—¡Pero si Bauerstein ya lo había analizado!

—Claro, claro, precisamente. ¿No lo entiendes? Bauerstein lo había mandado analizar, eso es. Si es Bauerstein el asesino, nada más fácil para él que sustituir la muestra del chocolate de tu madre por otro normal y mandarlo analizar. Naturalmente, ¡no se encontró estricnina! Pero a nadie más que a Poirot se le ocurriría sospechar de Bauerstein y llevar al laboratorio otra muestra de chocolate —añadí con agradecimiento tardío.

—Sí, pero el chocolate no disimula el sabor amargo de la estricnina.

—Sólo lo sabemos porque él lo dijo. Y aún hay otras posibilidades. Está considerado como uno de los más célebres toxicólogos…

—¿Uno de los más célebres qué? Repítelo.

—Es una persona muy entendida en venenos —expliqué—. Bueno, mi idea es que quizá ha encontrado el modo de preparar estricnina insípida. O puede que ni siquiera fuera estricnina, sino alguna droga desconocida de la que nadie ha oído hablar y que produce los mismos efectos.

—¡Hum! Sí, eso puede ser —dijo John—. Pero escucha: ¿cómo pudo acercarse al chocolate? No estaría en el piso de abajo…

—No, no estaba —admití de mala gana.

Y de pronto una posibilidad espantosa pasó por mi imaginación.

Deseé con toda mi alma que a John no se le hubiera ocurrido también. Le miré de reojo. Fruncía el ceño, perplejo, y respiré aliviado, porque el terrible pensamiento que había pasado por mi imaginación era éste: el doctor Bauerstein podía tener un cómplice.

Pero no podía ser cierto. Una mujer tan hermosa como Mary Cavendish no podía ser una asesina. Sin embargo, había habido envenenadoras muy hermosas.

Y súbitamente recordé la conversación que habíamos sostenido el día de mi llegada, a la hora del té, y el brillo de sus ojos al decir que el veneno era un arma femenina. ¡Qué agitada estaba en la noche de aquel martes fatal! ¿Habría descubierto la señora Inglethorp algo entre ella y Bauerstein y la amenazaría con decírselo a su marido? ¿Se habría cometido el crimen para evitar la denuncia?

Recordé aquella conversación tan enigmática entre Poirot y la señorita Howard. ¿Sería eso lo que querían decir, la monstruosa posibilidad que Emily se esforzara en no creer?

Sí, todo parecía encajar. No era extraño que la señorita Howard hubiera querido ocultar el asunto. Entonces comprendí aquella frase suya que no terminó: «La misma Emily…». E interiormente estuve de acuerdo con ella. ¿No hubiera preferido la señora Inglethorp que su muerte quedara impune antes de ver deshonrado el nombre de los Cavendish?

—Hay otra cosa aún —dijo John de pronto, y el inesperado sonido de su voz me sobresaltó, sintiéndome culpable—. Algo que me hace dudar de que lo que dices pueda ser cierto.

—¿Qué pasa? —pregunté, dando gracias a Dios al ver que había abandonado el tema referente a cómo podía haber sido introducido el veneno en el chocolate.

—El que el doctor Bauerstein haya solicitado la autopsia… No tenía por qué haberlo hecho. El pobre Wilkins hubiera estado muy contento de dejarlo como ataque al corazón.

—Sí —dije pensativo—. Pero no sabemos. Puede que haya pensado que era más seguro a la larga. Podía haber habladurías más tarde. Entonces el Ministerio del Interior podía ordenar la exhumación. Todo habría salido a la luz y él se hubiera encontrado en una situación difícil, porque nadie hubiera creído que un hombre de sus conocimientos se equivocara en lo del ataque al corazón.

—Sí, es posible —admitió John; y añadió—: Sin embargo, que me desuellen si veo qué motivo puede haber tenido.

Me eché a temblar de nuevo.

—Mira —dije—. Puedo estar completamente equivocado. Y recuerda que todo esto es confidencial.

—Ah, por supuesto, ni que decir tiene.

Mientras hablábamos habíamos llegado a la puerta pequeña del jardín. Oímos voces cercanas, porque estaban sirviendo el té bajo el sicómoro, como en el día de mi llegada.

Cynthia había vuelto del hospital y acerqué mi silla a la suya, transmitiéndole el deseo de Poirot de visitar el dispensario.

—Desde luego. Me encantará su visita. Que vaya a tomar el té conmigo una tarde. Tengo que ponerme de acuerdo con él. ¡Es un hombrecillo tan agradable! Pero es cómico. El otro día me hizo quitar el broche que llevaba en la blusa y ponérmelo otra vez, porque al parecer no quedaba derecho.

Me reí.

—Sí, es una verdadera manía.

—¿Verdad que sí?

Estuvimos callados durante un par de minutos, y entonces, mirando en la dirección de Mary Cavendish y bajando la voz, Cynthia dijo:

—Señor Hastings.

—Dígame, Cynthia.

—Quiero hablar con usted, después del té.

El modo como miró a Mary me dio que pensar. Supuse que entre las dos no había gran simpatía. Por primera vez se me ocurrió preguntarme cuál sería el futuro de la muchacha. La señora Inglethorp no había dejado ninguna disposición con respecto a ella, pero supuse que John y Mary insistirían para que se quedara a vivir con ellos, al menos hasta el fin de semana. John, indudablemente, le tenía gran afecto y sentiría que se marchara.

John que había entrado en la casa, apareció de nuevo. Su rostro, generalmente afable, presentaba una desacostumbrada expresión de ira.

—¡Malditos detectives! ¡Pero qué andarán buscando! Han estado en todas las habitaciones de la casa, poniéndolo todos patas arriba. ¡Es realmente horrible! Me figuro que se aprovecharon de que todos

estábamos fuera. La próxima vez que vea a Japp me las va a pagar.

—¡Pandilla de fisgones! —gruñó la señorita Howard.

Lawrence opinó que tenían que aparentar que hacían algo. Mary Cavendish no dijo una palabra.

Después del té invité a Cynthia a dar una vuelta y, sin prisa, nos dirigimos juntos al bosque.

—¿De qué se trata? —pregunté tan pronto como estuvimos a salvo de miradas curiosas, protegidos por la cortina de árboles.

Con un suspiro, Cynthia se quitó el sombrero y se tumbó en el suelo. La luz del sol, atravesando los árboles, convertía su cabello rojizo en oro palpitante.

—Señor Hastings, usted ha sido siempre tan bueno y sabe usted tanto…

Caí entonces en la cuenta de que Cynthia era realmente una muchacha encantadora. Mucho más encantadora que Mary, que nunca decía cosas así.

—Siga usted —la animé, viendo que titubeaba.

—Quiero pedirle consejo. ¿Qué voy a hacer?

—¿Qué va usted a hacer de qué?

—¡Ya lo está usted viendo! La tía Emily siempre me había dicho que se acordaría de mi futuro. Supongo que se olvidó, o quizá no pensó que iba a morir tan pronto. De todos modos, no se acordó de mí. Y no sé qué hacer. ¿Cree usted que debo marcharme inmediatamente?

—¡Por Dios, claro que no! Estoy seguro de que no quieren separarse de usted.

Cynthia titubeó un momento, arrancando la hierba con sus pequeñas manos. Al fin dijo:

—La señora Cavendish quiere que me vaya. Me odia.

—¿Qué la odia? —exclamé, atónito.

Cynthia asintió.

—Sí. No sé por qué, pero no puede resistirme; ni *él* tampoco.

—Eso sí que no —dije con calor—. Al contrario, John le tiene a usted mucho cariño.

—¡Ah, sí, John! Me refería a Lawrence. Naturalmente, no es que me importe el que Lawrence me odie o no. Pero es horrible cuando nadie la quiere a una, ¿verdad?

—¡Pero si la quieren, mi querida Cynthia! —dije sinceramente

—. Estoy seguro de que se equivoca usted. Mire, están John y la señorita Howard.

Cynthia asintió, sombría.

—Sí, supongo que John me quiere, y Evie, con todas sus brusquedades, es incapaz de matar una mosca. Pero Lawrence nunca me habla si puede evitarlo, y Mary tiene que hacer un esfuerzo para tratarme con educación. Quiere que se quede. Evie, se lo ha pedido, pero no me quiere a mí, y yo… yo… no sé lo que voy a hacer.

Súbitamente, la pobre chiquilla se echó a llorar.

No sé lo que se apoderó de mí. Quizá fue que estaba muy bella, sentada allí, con el sol reflejándose en su cabeza; quizá el alivio que representaba el encontrarse con alguien completamente desconectado de la tragedia; o simplemente sincera compasión hacia su juventud y abandono. El caso es que me incliné hacia ella y cogiendo su manita le dije con voz torpe:

—Cásate conmigo, Cynthia.

Sin proponérmelo, había encontrado un remedio maravilloso para sus lágrimas. Se enderezó inmediatamente, retiró su mano de la cara y dijo con alguna aspereza:

—¡No sea usted tonto!

Me enfadé un poco.

—No soy tonto. Le estoy pidiendo que me conceda el honor de ser mi mujer.

Con gran sorpresa por mi parte Cynthia se echó a reír y me llamó «querido payaso».

—Es muy amable por su parte —dijo—; pero usted bien sabe que no desea casarse conmigo.

—Sí, quiero. Tengo…

—No importa lo que tenga usted. Usted no quiere realmente casarse conmigo… y yo tampoco.

—En ese caso, no hay más que hablar —dije ofendido—. Pero no veo en ello motivo de risa. No hay nada de cómico en una proposición matrimonial.

—Claro que no —dijo Cynthia—. Puede que alguien le acepte la próxima vez. Adiós, me ha animado usted mucho.

Y desapareció entre los árboles con una última explosión de regocijo.

Pensando en la entrevista, la encontré profundamente desagradable.

Se me ocurrió de pronto que haría bien en bajar al pueblo y ver a Bauerstein. Alguien tenía que vigilarlo. Al mismo tiempo, sería prudente calmar las sospechas que sobre él pesaban. Recordé la confianza que había depositado Poirot en mi diplomacia. Por consiguiente, me dirigí a la bonita casita donde sabía se alojaba. En la ventana había un cartel con el letrero «Departamentos». Golpeé en la puerta.

Una mujer vieja salió a abrir.

—Buenas tardes —dije amablemente—. ¿Está el doctor Bauerstein?

Se me quedó mirando.

—Pero ¿no lo sabe?

—¿Si no sé qué?

—Lo que ha pasado.

—¿Qué le ha pasado?

—Se lo han llevado.

—¿Que se lo han llevado? ¿Se ha muerto?

—No; se lo ha llevado la «poli».

—La Policía —corregí con dificultad—. ¿Quiere usted decir que lo han detenido?

—Sí eso es; y…

No esperé oír más, sino que crucé el pueblo corriendo en busca de Poirot.

CAPÍTULO X

EL ARRESTO

Con gran disgusto por mi parte, Poirot no estaba en su casa y el anciano belga que contestó a mi llamada me informó de que creía que había ido a Londres.

Me quedé sin habla. ¿Qué se le había perdido a Poirot en Londres? ¿Se había decidido de pronto o tendría ya esa idea cuando se despidió de mí horas antes?

Tomé el camino de Styles algo molesto. Sin Poirot no sabía cómo actuar. ¿Habría previsto el arresto? ¿No habría sido obra suya? No pude contestar a estas preguntas. Pero, entretanto, ¿qué hacer? ¿Anunciaría a todos en Styles el arresto? Aunque no quería confesármelo a mí mismo, no podía apartar de mi imaginación el recuerdo de Mary Cavendish. ¿No sería un choque terrible para ella? Por de pronto rechacé cualquier sospecha que pudiera haber tenido de su culpabilidad. No podía estar complicada, o acaso hubiera oído yo alguna insinuación al respecto.

Naturalmente, era ya imposible ocultar por mucho tiempo la detención del doctor Bauerstein. Todos los periódicos del día siguiente lo dirían. Sin embargo, no me decidía a dar la noticia. Si hubiera tenido a mano a Poirot le hubiera pedido consejo. ¿Qué mosca le habría picado para marcharse a Londres tan rápida e inexplicablemente?

A pesar mío, mi buena opinión sobre su sagacidad se fortaleció. Nunca se me hubiera ocurrido sospechar del doctor si él no me hubiera metido la idea en la cabeza. Sí, decididamente el hombrecillo era inteligente.

Tras reflexionar un poco, decidí convertir a John en mi confidente y dejarle a él la alternativa de hacer pública la noticia o

no, según le pareciera mejor.

Al comunicarle el hecho, John lanzó un silbido.

—¡Atiza! Entonces *tú* tenías razón. No podía creerlo.

—No, es asombroso hasta que te acostumbrabas a la idea y ves como todo encaja. Y ahora, ¿qué vamos a hacer? Naturalmente, todo el mundo lo sabrá mañana.

John reflexionó.

—No importa —dijo por fin—, no diremos nada por ahora. No es necesario. Como tú has dicho, todos lo sabrán a su debido tiempo.

Pero, con gran sorpresa por mi parte al bajar temprano a la mañana siguiente y abrir con ansiedad los periódicos, no encontré ni una palabra sobre la detención. Había una columna de relleno acerca de «El envenenamiento de Styles», pero nada más. Era inexplicable; pero pensé que, por alguna razón, Japp quería ocultar la noticia a los periódicos. Me preocupó un poco esto, porque parecía indicar la posibilidad de nuevos arrestos.

Después del desayuno decidí bajar al pueblo y ver si Poirot había regresado, pero antes de ponerme en camino un rostro familiar asomó por una de las puertas-ventanas y una voz conocida dijo:

—*Bonjour, mon ami*.

—¡Poirot! —exclamé reconfortado, y agarrándole con ambas manos lo arrastré a la habitación—. Nunca me he alegrado tanto de ver a alguien. Escuche, sólo se lo he dicho a John. ¿He hecho bien?

—Amigo mío —replicó Poirot—, no sé de qué me habla.

—De la detención del doctor Bauerstein; ¿de qué voy a hablar? —contesté con impaciencia.

—¿De modo que han arrestado a Bauerstein?

—¿No lo sabía usted?

—Primera noticia.

Pero después de una pausa añadió:

—Bien mirado, no me sorprende. Recuerde que sólo estamos a cuatro millas de la costa.

—¿La costa? —pregunté desconcertado—. ¿Qué tiene eso que ver?

Poirot se encogió de hombros.

—Está clarísimo.

—Para mí no. Debo de ser muy tonto, pero no veo la relación que puede tener la proximidad de la costa con el asesinato de la señora Inglethorp.

—Ninguna en absoluto —replicó Poirot sonriendo—. Pero estamos hablando de la detención del doctor Bauerstein.

—Pero está detenido por el asesinato de la señora Inglethorp…

—¿Cómo? —exclamó Poirot, al parecer completamente estupefacto—. ¿Que el doctor Bauerstein está detenido precisamente por el asesinato de la señora Inglethorp? ¿Está usted seguro?

—Claro.

—¡Imposible! ¡Qué absurdo! ¿Quién le ha dicho eso, amigo mío?

—Como decir, no me lo ha dicho nadie —confesé—; pero está detenido.

—¡Ah, sí, desde luego! Pero fue por espionaje, mi pobre amigo.

—¿Espionaje? —balbucí.

—Exactamente.

—¿No está detenido por el asesinato de la señora Inglethorp?

—No, a menos que nuestro amigo Japp haya perdido la cabeza —replicó Poirot tranquilamente.

—Pero… ¡pero si yo creía que usted también pensaba lo mismo…!

Poirot me dirigió una mirada compasiva. Evidentemente la idea le parecía absurda.

—¿Quiere usted decir —pregunté, adaptándome lentamente a la nueva situación— que el doctor Bauerstein es un espía?

Poirot asintió.

—¿No lo sospechaba usted?

—Ni me pasó por la cabeza.

—¿No le pareció extraño que el famoso médico de Londres viniera a enterrarse en un pueblo como éste y tuviera la costumbre de vagabundear por ahí a altas horas de la noche?

—No —confesé—, nunca pensé en semejante cosa.

—Desde luego, es alemán de nacimiento —reflexionó Poirot—, aunque ha ejercido su profesión durante tanto tiempo en este país que nadie diría que no es inglés. Se naturalizó hace unos quince años. Un hombre muy inteligente. Judío, naturalmente.

—¡El muy canalla!

—Nada de canalla; al contrario, es un patriota. Piense en lo que arriesga. Personalmente, yo le admiro.

Pero yo no pude considerar el hecho con el mismo sentido filosófico que Poirot.

—¡Pensar que la señora Cavendish se ha paseado por todo el país con ese hombre! —exclamé, indignado.

—Sí. Supongo que a él le resultaría muy útil esa amistad. Mientras se murmuraba acerca de ellos, cualquier otra extravagancia del doctor pasaría inadvertida.

—Entonces, ¿usted cree que nunca estuvo sinceramente interesado por ella? —pregunté ansiosamente, quizá demasiado ansiosamente, dadas las circunstancias.

—Eso no puedo saberlo, como es natural; pero ¿quiere que le dé mi opinión personal, Hastings?

—Sí.

—Ahí va: a la señora Cavendish ni le importa ni le ha importado nunca un bledo el doctor Bauerstein.

—¿De veras lo cree usted así? —pregunté, sin poder ocultar mi satisfacción.

—Estoy completamente seguro. Y le voy a decir por qué.

—Diga.

—Porque quiere a otra persona, *mon ami*.

—¡Oh!

¿Qué quería decir Poirot? Sin poder remediarlo me invadió una sensación de bienestar. No soy vanidoso en lo que se refiere a mujeres, pero me vinieron a la memoria ciertas demostraciones en las que apenas había pensado, pero que en verdad parecían demostrar…

Mis gratos pensamientos fueron interrumpidos por la aparición de la señorita Howard. Miró rápidamente a todos lados para asegurarse de que no había nadie más en el cuarto y apresuradamente entregó a Poirot un pliego de papel de estraza, diciendo estas enigmáticas palabras.

—En lo alto del armario.

Y salió del cuarto a toda prisa.

Poirot desdobló ansiosamente el pliego de papel y lanzó una exclamación de satisfacción. Después lo extendió sobre la mesa.

—Acérquese, Hastings. Dígame, ¿qué inicial es ésta una «J» o

una «L»?

Era un pliego de regular tamaño y sucio, como si hubiera estado expuesto al polvo durante algún tiempo. Pero era la etiqueta lo que llamaba la atención de Poirot. En la parte superior llevaba impreso el nombre de Parkson, los conocidos sastres de teatro, y estaba dirigida a (aquí la inicial discutida) «Cavendish, Styles Court, Styles St. Mary, Essex».

—Puede ser una «T» o una «L» —dije, después de examinar la etiqueta durante un par de minutos—; pero desde luego no es una «J».

—Excelente —replicó Poirot, volviendo a doblar el papel—. Opino como usted. No hay duda de que es una «L».

—¿De dónde viene esto? —pregunté—. ¿Es importante?

—Relativamente importante. Confirma una teoría mía. Habiendo sospechado su existencia, puse a la señorita Howard en su busca y, como ve, ha tenido éxito feliz.

—¿Qué quiso decir con eso de «en lo alto del armario»?

—Quiso decir —replicó Poirot rápidamente— que encontró el papel en lo alto de un armario.

—¡Qué sitio más extraño para un papel de estraza! —murmuré.

—De ningún modo. La parte de arriba de un armario es un excelente lugar para el papel de estraza y las cajas de cartón.

—Poirot —pregunté ansiosamente—, ¿ha sacado usted alguna conclusión acerca de este crimen?

—Sí; es decir, creo que sé cómo ha sido cometido.

—¡Ah!

—Desgraciadamente, no tengo pruebas con que sustentar mi teoría, a menos que…

Con repentina energía me cogió por un brazo y me arrastró hasta el vestíbulo, gritando en francés, en su excitación:

—*Mademoiselle Dorcas, mademoiselle Dorcas! Un moment s'il vous plait!*

Dorcas, toda agitada por el alboroto, salió corriendo de la despensa.

—Mi buena Dorcas, tengo una idea, una pequeña idea. Si resulta acertada, ¡qué suerte más magnífica! Dígame, el lunes, no el martes, Dorcas, sino el lunes, el día anterior a la tragedia, ¿le ocurrió algo al timbre de la señora Inglethorp?

Dorcas pareció muy sorprendida.

—Sí, señor; ahora que usted lo dice, sí que le ocurrió algo. Aunque no comprendo cómo ha podido usted enterarse. Un ratón, o algo por el estilo, mordisqueó el alambre. Vino un hombre y lo arregló el martes por la mañana.

Con una prolongada exclamación de éxtasis, Poirot me condujo al saloncito de *madame*.

—Ya ve usted, no debemos buscar las pruebas en el exterior; la razón debe ser suficiente. Pero la carne es débil, y es consolador comprobar que se va por buen camino. ¡Ay, amigo mío, soy como un gigante renovado! ¡Corro! ¡Salto!

Y, efectivamente, corrió y saltó, y de una cabriola se plantó en el césped que se extendía delante de la ventana.

—¿Qué está haciendo su notable amigo? —preguntó una voz detrás de mí.

Me volví y encontré a Mary Cavendish.

Sonreímos los dos.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Realmente no puedo decírselo. Hizo una pregunta a Dorcas relacionada con un timbre y tan encantado quedó por la respuesta que se porta como usted está viendo.

Mary se rió.

—¡Qué ridículo! Está cruzando la verja. ¿Es que no vuelve hoy?

—No lo sé. Ya no trato de adivinar cuál será su siguiente locura.

—Hastings, está completamente loco, ¿verdad?

—Honradamente, no lo sé. A veces creo que está loco de atar y de pronto, cuando su locura llega al máximo, encuentro que hay método en ella.

—Comprendo.

A pesar de sus risas, Mary parecía pensativa aquella mañana, casi triste.

Se me ocurrió que quizá fuera una buena oportunidad de tratar con ella del asunto de Cynthia. Creo que empecé con mucho tacto, pero no había llegado muy lejos cuando me detuvo autoritariamente.

—Ya sé que es usted un excelente abogado, señor Hastings, pero en este caso está usted desperdiciando su talento. Cynthia no corre el menor peligro de encontrar animosidad por mi parte.

Empecé a decirle, tartamudeando lamentablemente, que no quería que pensara que… Pero de nuevo me interrumpió y sus palabras fueron tan inesperadas que Cynthia y sus problemas casi desaparecieron de mi imaginación.

—Señor Hastings —dijo—, ¿cree usted que mi marido y yo somos felices juntos?

Me quedé completamente sorprendido y murmuré que no era yo quién para pensar esas cosas.

—Bueno —dijo ella quedamente—; de todos modos le voy a decir por qué *no* somos felices.

No dije nada, porque comprendí que no había terminado.

Empezó a hablar lentamente, paseándose por la habitación, con la cabeza algo inclinada y balanceando suavemente al andar su figura esbelta y flexible. Se detuvo de pronto y me miró.

—Usted no sabe nada acerca de mí, ¿verdad? —preguntó—. ¿No sabe de dónde vengo, lo que era antes de casarme con John; en fin, nada? Pues bien, se lo voy a decir. Haré de usted mi confesor. Usted es bueno, según creo… sí, estoy segura de que es usted bueno.

Yo no estaba muy satisfecho, que digamos. Recordé que Cynthia había empezado sus confidencias de un modo muy parecido. Además, un confesor debe ser de edad mediana, no es el papel adecuado para un hombre joven.

—Mi padre era inglés —dijo la señora Cavendish—, pero mi madre era rusa.

—¡Ah! —dije—. Ahora comprendo…

—¿Qué es lo que comprende?

—Algo que hay en usted, algo distinto, exótico.

—Creo que mi madre era muy hermosa. No sé, porque no la he conocido. Murió cuando yo era muy pequeña. Creo que hubo alguna tragedia en relación con su muerte, tomó por error una dosis de una medicina para dormir, o algo así. Como quiera que sea, mi padre se quedó con el corazón destrozado. Poco después entró en el Servicio Consular. Donde quiera que iba, yo le acompañaba. A los veintitrés años ya había recorrido yo casi todo el mundo. Era una vida maravillosa, me encantaba.

Sonrió levantando la cabeza. Parecía estar reviviendo aquel pasado feliz.

—Pero murió mi padre, dejándome en muy mala situación. Tuve

que irme a vivir con unas tías ancianas al Yorkshire —se estremeció —. Comprenderá usted que era una vida odiosa para una chica educada como yo lo había sido. Casi me volvió loca aquella estrechez de horizontes, aquella espantosa monotonía —se detuvo un segundo y continuó, cambiando el tono—: Y entonces conocí a John Cavendish.

—Siga usted.

—Ya supondrá usted que, desde el punto de vista de mis tías, era un buen matrimonio para mí. Pero le aseguro que no fue eso lo que me decidió. No, era sencillamente un modo de escapar de la insoportable monotonía de mi vida.

No hice comentario alguno, y después de un momento continuó:

—No me interprete mal. He sido muy leal con él. Le dije, y era verdad, que me gustaba mucho, que esperaba que llegara a gustarme más, pero que no estaba lo que se dice «enamorada» de él. Me contestó que con eso ya se conformaba y… nos casamos.

Esperó largo rato, con el entrecejo un poco fruncido. Parecía estar revisando cuidadosamente aquellos días.

—Creo…, estoy segura, de que al principio me quería. Pero debíamos ser incompatibles. Casi inmediatamente nos distanciamos por completo. No es una idea agradable para mi orgullo, pero la verdad es que se cansó muy pronto de mí.

Debí hacer algún movimiento de protesta, porque continuó rápidamente:

—Sí, se cansó de mí. No es que esto tenga ahora ninguna importancia, cuando vamos a separarnos.

—¿Qué quiere usted decir?

Mary contestó quedamente:

—Quiero decir que me marcho de Styles.

—¿Es que no van a vivir ustedes aquí?

—John puede vivir aquí si quiere, pero yo no.

—¿Va usted a dejarle?

—Sí.

—¿Pero por qué?

Sobrevino una larga pausa y al fin dijo:

—Quizá… ¡porque quiero ser libre!

Comprendí lo que la palabra libertad significaba para una persona del temperamento de Mary Cavendish. Oyéndola hablar me

pareció adivinar su auténtico ser, orgulloso, salvaje, tan inmune a la civilización como los tímidos pájaros de las montañas, y tuve como una visión de espacios abiertos, de tierras vírgenes, de sendas que nunca habían sido holladas. Un pequeño grito se escapó de sus labios.

—Usted no sabe, no puede saber cómo me he sentido encarcelada en este lugar tan odioso.

—Comprendo —dije—; pero no se precipite.

—¡Que no me precipite! —exclamó, burlándose de mi prudencia.

Y de pronto dije algo por lo que merecería me arrancaran la lengua:

—¿Sabe usted que el doctor Bauerstein ha sido detenido?

Su rostro se cubrió de una máscara de frialdad que borró de él toda expresión.

—John ha sido tan amable que me lo ha dicho esta mañana.

—¿Y qué opina usted? —pregunté débilmente.

—¿De qué?

—Del arresto.

—¿Qué quiere usted que opine? Al parecer, es un espía alemán, según le dijo el jardinero a John.

Su rostro y su voz permanecieron fríos e inexpresivos. ¿Le afectaría o no la noticia?

Se acercó a los floreros y los tocó con el dedo.

—Estas flores están marchitas. Tengo que poner otras. Por favor, señor Hastings, déjeme pasar… Gracias.

Me hice a un lado y salió, sin apresurarse, por la puerta-ventana, haciéndome un frío gesto de despedida.

No; era seguro que no le interesaba el doctor Bauerstein. Ninguna mujer podría representar su papel con aquella indiferencia helada.

Poirot no compareció a la mañana siguiente y los policías de Scotland Yard tampoco dieron señales de vida.

Pero a la hora del almuerzo se nos presentó una nueva prueba, aunque negativa. Habíamos tratado en vano de seguir la pista de la cuarta carta que la señora Inglethorp había escrito la víspera de su muerte. Al no obtener resultado abandonamos el asunto, con la esperanza de que algún día se aclararía todo. Y esto fue

exactamente lo que ocurrió. En el segundo reparto se recibió una comunicación de una firma francesa de editores musicales acusando recibo de un cheque de la señora Inglethorp y lamentando no haberle podido conseguir unas series de canciones folclóricas rusas. De este modo perdimos la última esperanza de resolver el misterio por medio de la correspondencia de la señora Inglethorp en la tarde final.

Poco después del té bajé al pueblo a contarle a Poirot las últimas noticias, pero, con gran contrariedad por mi parte, me encontré con que, una vez más, estaba fuera.

—¿Ha vuelto a ir a Londres?

—¡Oh, no, *monsieur*! Sólo ha ido en tren a Tadminster. A ver el dispensario de una señorita, según dijo.

—¡Estúpido! —exclamé—. Si le dije que el miércoles era el único día que no estaba allí. Bueno, ¿quiere usted decirle que vaya a vernos mañana por la mañana?

—Desde luego, *monsieur*.

Pero al día siguiente no hubo señales de Poirot. Empecé a enfadarme. Realmente estaba tratándonos desdeñosamente.

Después de almorzar, Lawrence me llevó aparte y me preguntó si iba a ver a Poirot.

—No, no lo creo. Puede venir aquí, si quiere vernos.

—¡Ah!

Lawrence pareció quedarse indeciso. Estaba tan nervioso y excitado que despertó mi curiosidad.

—¿Qué pasa? —pregunté—. Puedo ir, si hay un motivo especial.

—No tiene mucha importancia, pero… bueno, si vas a verle, dile que —su voz se convirtió en un susurro— creo que he encontrado la taza de café perdida… que tanto me recomendó.

Casi había olvidado el misterioso mensaje de Poirot y de nuevo se despertó mi curiosidad.

Lawrence no parecía dispuesto a decir nada más, de modo que decidí agachar la cabeza e ir a buscar a Poirot.

Me recibieron con una sonrisa. Poirot estaba arriba. ¿Quería subir? Por consiguiente, subí.

Poirot estaba sentado junto a la mesa, con la cabeza escondida entre las manos. Al verme entrar dio un salto.

—¿Qué ocurre? —pregunté solícitamente—. Espero que no esté

usted enfermo.

—No, no estoy enfermo. Pero estoy pensando en algo muy importante.

—¿Está usted dudando entre coger al criminal o soltarle? —pregunté humorísticamente.

Pero, con gran sorpresa por mi parte, Poirot asintió gravemente.

—«Hablar o no hablar», como dijo su gran Shakespeare, «ésa es la cuestión».

No me molesté en corregir la cita.

—¿Habla usted en serio, Poirot?

—Completamente en serio. Porque una cosa completamente seria pesa en la balanza.

—¿Qué cosa?

—La felicidad de una mujer, *mon ami* —dijo gravemente.

No supe qué contestar.

—Ha llegado el momento —dijo Poirot pensativo— y no sé qué hacer. Arriesgo demasiado en este juego. Nadie que no fuera Hércules Poirot lo intentaría.

Y se golpeó el pecho orgullosamente.

Después de esperar unos minutos, para no estropear el efecto de sus últimas palabras, le transmití el mensaje de Lawrence.

—¡Ajá! —exclamó—. ¿De modo que ha encontrado la taza de café? Tiene más inteligencia de lo que parece ese *monsieur* Lawrence de cara larga.

Yo mismo no tenía una idea muy elevada de la inteligencia de Lawrence, pero me abstuve de contradecirle, censurándole, en cambio, suavemente por haber olvidado mis instrucciones respecto a los días libres de Cynthia.

—Es cierto. Tengo una cabeza de chorlito. Sin embargo, la otra señorita fue de lo más amable. Sintió mucho el verme tan desilusionado y me enseñó todo aquello con la mejor voluntad.

—¡Ah, bueno! Entonces no importa, y otro día cualquiera va usted a tomar el té con Cynthia.

Le conté lo de la carta que habíamos recibido.

—Lo siento —dijo—. Siempre había tenido esperanzas en esa carta. Pero no podía ser. Este asunto tiene que desenredarse desde dentro —se dio unos golpecitos en la frente—. Son estas pequeñas células grises las que tienen que hacer el trabajo.

De pronto me preguntó:

—¿Es usted entendido en huellas dactilares, amigo mío?

—No —dije, muy sorprendido—. A lo único que llega mi ciencia es a saber que no hay dos huellas dactilares iguales.

—Exactamente.

Abrió un pequeño cajón y sacó unas fotografías, que puso sobre la mesa.

—Les he puesto los números uno, dos, y tres. ¿Puede describírmelas?

Estudié las fotografías atentamente.

—Ya veo que están muy ampliadas. Me parece que las de la fotografía número uno pertenecen a un hombre; son del pulgar y el índice. La del número dos son de mujer, son mucho más pequeñas y completamente distintas. Las del número tres… —me detuve un momento— parecen un montón de huellas, todas mezcladas, pero, desde luego, están las del número uno.

—¿Sobre las otras?

—Sí.

—¿Las reconoce sin ningún género de duda?

—Desde luego, son idénticas.

Poirot asintió, cogió con cuidado las fotografías y las guardó de nuevo en el cajón.

—Supongo —dije— que, como de costumbre, no va usted a explicarme nada.

—Al contrario. Las del número uno son las huellas dactilares de *monsieur* Lawrence. Las del número dos, de *mademoiselle* Cynthia. No tiene importancia. Las tomé solamente para comparar con las otras. El número tres es más complicado.

—¿Sí?

—Como usted ve, están sumamente ampliadas. No sé si habrá usted notado esa especie de mancha que atraviesa toda la fotografía. No le voy a describir a usted los aparatos especiales, polvos, etcétera, que he utilizado. Es un procedimiento muy conocido de la Policía, con el cual puede usted obtener una fotografía de las huellas dactilares en muy poco tiempo. Bueno, amigo, ya ha visto usted las huellas; ahora sólo me falta decirle en qué objeto han sido encontradas.

—Continúe; estoy interesadísimo.

—*Eh bien!* La foto número tres representa, sumamente ampliada, la superficie de una botella muy pequeña que hay en lo alto del armario de los venenos del dispensario del Hospital de la Cruz Roja de Tadminster, o que suena algo así como el cuento de la casa que hizo Jack[4].

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Pero cómo es que estaban en la botella las huellas de Lawrence Cavendish? No se acercó al armario de los venenos el día que estuvimos allí.

—Sí, se acercó.

—¡Imposible! Estuvimos nosotros siempre juntos todo el tiempo.

Poirot meneó la cabeza negativamente.

—No, amigo mío; hubo un momento en que no estuvieron ustedes juntos. Hubo un momento en el que no pudieron haber estado juntos, o no hubieran ustedes llamado a *monsieur* Lawrence para que se reuniera con ustedes en el balcón.

—Lo había olvidado —admití—; pero fue sólo un momento.

—Lo suficiente.

—¿Suficiente para qué?

La sonrisa de Poirot se hizo muy misteriosa.

—Suficiente para que un señor que ha estudiado Medicina pudiera satisfacer a placer su natural curiosidad.

Nuestras miradas se encontraron. La expresión de Poirot era vaga y apacible. Se puso en pie y tarareó una cancioncilla. Yo le observaba con desconfianza.

—Poirot —dije—. ¿Qué había en la botellita?

Poirot miró a través de la ventana.

—Hidrocloruro de estricnina —dijo por encima de su hombro.

Y continuó tarareando.

—¡Dios mío! —dije quedamente.

No me sorprendió su respuesta. La esperaba.

—Usan el hidrocloruro de estricnina puro muy raramente, sólo en algunas ocasiones, para píldoras. Es la solución empleada en la mayoría de las medicinas. Por eso las huellas dactilares no han sido borradas desde entonces.

—¿Cómo se las arregló usted para tomar esas fotografías?

—Dejé caer el sombrero desde el balcón —explicó Poirot candorosamente—. A aquella hora no estaban permitidas las visitas abajo; así que, a pesar de todas mis disculpas, la compañera de

mademoiselle Cynthia tuvo que bajar a cogérmelo.

—¿De modo que usted sabía lo que iba a encontrar?

—No, de ningún modo. Oyendo su historia me di cuenta de que *monsieur* Lawrence podía haber ido al armario de los venenos. La posibilidad tenía que ser confirmada o eliminada.

—Poirot —dije—, no puede usted engañarme con esa alegría. Este descubrimiento es muy importante.

—No lo sé —dijo Poirot—; pero una cosa me llama la atención. Seguro que también se la ha llamado a usted abiertamente.

—¿Qué cosa?

—Que hay demasiada estricnina en este asunto. Es la tercera vez que nos encontramos con ella. Había estricnina en el tónico de la señora Inglethorp. Tenemos la estricnina que expendió Mace en la farmacia de Styles St. Mary. Ahora tropezamos con una estricnina que tuvo en sus manos uno de los miembros de la casa. Es muy confuso; y, como usted sabe, no me gusta la confusión.

Antes de que pudiera contestar, uno de los belgas abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Hay abajo una señora que pregunta por el señor Hastings.

—¿Una señora?

Me puse en pie de un salto. Poirot me siguió escaleras abajo. En la puerta estaba Mary Cavendish.

—Estuve visitando a una anciana en el pueblo —explicó—, y como Lawrence me dijo que estaba usted con *monsieur* Poirot… se me ocurrió llamarle al pasar.

—¡Qué lástima, *madame*! —dijo Poirot—. Creí que venía usted a honrarme con su visita.

—Lo haré otro día, si usted me invita —prometió ella, sonriendo.

—Eso está mejor. Si necesita usted un confesor, *madame* —Mary se sobresaltó ligeramente—, recuerde que papá Poirot está siempre a su disposición.

Mary se le quedó mirando durante unos segundos, como si quisiera encontrar un significado oculto en sus palabras. Después, bruscamente, dio media vuelta.

—*Monsieur* Poirot, ¿no viene usted con nosotros?

—Encantado, *madame*.

Durante todo el trayecto, Mary habló muy deprisa y febrilmente.

Me pareció que se sentía nerviosa bajo la mirada de Poirot.

El tiempo había cambiado y la furia cortante del viento era casi otoñal. Mary se estremeció ligeramente y se cruzó su abrigo negro de corte deportivo. El viento sonaba entre los árboles con silbido lastimero, como el suspiro de un gigante.

Entramos por la puerta principal de Styles y enseguida nos dimos cuenta de que algo malo ocurría.

Dorcas salió corriendo a nuestro encuentro. Lloraba y se retorcía las manos. Divisé a otros criados que se amontonaban en segundo término, todo ojos y oídos.

—¡Ay, señora! ¡Ay, señora! No sé cómo decírselo…

—¿Qué ocurre, Dorcas? —pregunté con impaciencia—. Dígalo enseguida.

—Esos malditos detectives. Le han arrestado, ¡han arrestado al señor Cavendish!

—¿Que han arrestado a Lawrence? —balbucí.

Sorprendí una expresión extraña en los ojos de Dorcas.

—No, señor; al señorito Lawrence, no. Al señorito John.

Mary Cavendish estaba a mi espalda y con un grito desgarrador cayó sobre mí. Al volverme a cogerla tropecé con la mirada de triunfo de Poirot.

CAPÍTULO XI

LA CAUSA CRIMINAL

El juicio contra John Cavendish por el asesinato de su madrastra se celebró dos meses después.

Poco tengo que decir de las semanas que precedieron al juicio. Sólo que Mary Cavendish despertó toda mi admiración y simpatía. Se puso apasionadamente de parte de su marido, rechazando la idea de su culpabilidad, y luchó por él con uñas y dientes.

Le manifesté a Poirot mi admiración y asintió, pensativo.

—Sí, es una de esas mujeres que se crecen en la adversidad. Entonces sale a relucir lo más dulce y auténtico que hay en ellas. Su orgullo y sus celos han…

—¿Celos? —indagué.

—Sí. ¿No se ha dado usted cuenta de que es una mujer extraordinariamente celosa? Como le iba diciendo, ha dejado a un lado su orgullo y sus celos. Sólo piensa en su marido y en el terrible peligro que le amenaza.

Hablaba con mucho sentimiento y le miré gravemente, recordando la tarde en que había estado dudando entre hablar o no. Conociendo su debilidad «por la felicidad de una mujer», me alegré de que no tuviera que decidir.

—Aun ahora —dije— casi no puedo creerlo. Ya ve usted, ¡hasta el último minuto creí que había sido Lawrence!

Poirot hizo una mueca.

—Sabía que usted lo creía.

—¡Pero John, mi viejo amigo John!

—Todo asesino es, posiblemente, el viejo amigo de alguien —observó Poirot filosóficamente—. No puede usted mezclar los sentimientos y la razón.

—Debiera usted haberme insinuado algo.

—Quizá, *mon ami*, y no lo hice, precisamente porque *era* su viejo amigo John.

Me quedé confundido, recordando con cuánto afán le había transmitido a John lo que yo creía era la opinión de Poirot con respecto a Bauerstein. Por cierto, el doctor había sido liberado del cargo contra él. Sin embargo, aunque por esta vez había sido más listo que ellos y no pudo probarse la acusación de espionaje, le habían cortado las alas para el futuro.

Le pregunté a Poirot si creía que John sería condenado. Con gran sorpresa por mi parte, me contestó que, por el contrario, era sumamente probable que lo absolvieran.

—Pero Poirot… —protesté.

—Amigo mío, ¿no le he dicho siempre que no tengo pruebas? Una cosa es saber que un hombre es culpable y otra completamente distinta es probarlo. Y en este caso hay muy pocas pruebas. Ése es el problema. Yo, Hércules Poirot, lo sé todo, pero me falta el último eslabón de la cadena. Y a menos que encuentre ese eslabón perdido…

Movió la cabeza, pensativo.

—¿Cuándo empezó usted a sospechar de John Cavendish? —pregunté.

—¿Usted no sospechó nada?

—Desde luego que no.

—¿Ni siquiera después de las palabras que usted oyó entre la señora Cavendish y su madre política y la falta de sinceridad de la primera pesquisa?

—No.

—Cuando Alfred Inglethorp negó tan insistentemente que hubiera peleado con su esposa, ¿no ató usted cabos y pensó que si no había sido él, tenían que haber sido Lawrence o John? Pero si hubiera sido Lawrence, la conducta de Mary Cavendish hubiera sido inexplicable. Sí, por el contrario, se trataba de John, todo quedaba explicado con sencillez.

—¿Así que fue John el que disputó con su madre aquella tarde? —exclamé, haciéndose de pronto la luz en mi cerebro.

—Exactamente.

—¿Y lo ha sabido usted todo el tiempo?

—Desde luego. Sólo de este modo podía explicarse la conducta de la señora Cavendish.

—Y, sin embargo, ¿dice usted que fácilmente puede ser absuelto?

Poirot se encogió de hombros.

—Claro que lo digo. En la sesión ante el tribunal de la policía oiremos el caso para el encausamiento, pero probablemente sus procuradores le aconsejarán que reserve su defensa. Ya lo veremos en la causa. Ah, por cierto, tengo que hacerle una advertencia. Yo no debo aparecer en este asunto.

—¿Qué?

—No. Oficialmente no tengo nada que ver con todo esto. Hasta que encuentre ese eslabón que falta en la cadena tengo que quedarme entre bastidores. La señora Cavendish debe creer que estoy trabajando en favor de su marido, no en contra de él.

—¡Me parece muy sucio su juego! —protesté.

—De ningún modo. Tenemos que habérnoslas con un hombre muy inteligente y sin escrúpulos y debemos usar todos los medios que estén a nuestro alcance o se nos escapará de entre las manos. Por eso he tenido cuidado de permanecer en segundo término. Japp ha hecho todos los descubrimientos y toda la gloria será para él. Si me llaman a prestar declaración —se sonrió abiertamente—, probablemente será como testigo de la defensa.

Apenas podía dar crédito a lo que oía.

—Está completamente *en règle* —continuó Poirot—. Por extraño que parezca, mi declaración puede destruir uno de los puntos de apoyo de la acusación.

—¿Cuál?

—El que se refiere a la destrucción del testamento. John Cavendish no destruyó el testamento.

Poirot resultó ser un verdadero profeta. No entraré en los detalles de la sesión ante el tribunal de la policía, porque implicaría muchas repeticiones tediosas. Sólo diré simplemente que John Cavendish reservó su defensa y fue debidamente condenado a juicio.

Septiembre nos encontró a todos en Londres. Mary tomó una casa en Kensington y Poirot fue incluido en la familia.

A mí me dieron un puesto en el Ministerio de la Guerra, de

modo que pude verlos con mucha frecuencia.

Según iban pasando las semanas, Poirot estaba cada vez más nervioso. Seguía sin encontrar aquel «último eslabón» del que había hablado. En mi interior yo deseaba que no apareciera, porque ¿qué vida esperaba a Mary si John no era absuelto?

El 15 de septiembre, John Cavendish apareció en el banquillo de Old Bailey, acusado del «asesinato premeditado de Emily Agnes Inglethorp», declarándose «no culpable».

Se encargaba de la defensa *sir* Ernest Heavywether.

El fiscal, el señor Philips, inició la sesión. El asesinato, dijo, demostraba una premeditación y sangre fría extraordinarias. Se trataba, ni más ni menos, del deliberado envenenamiento de una mujer cariñosa y confiada por un hijastro para quien había sido más que una madre. Lo había mantenido desde su infancia. Él y su esposa habían vivido en Styles una vida de lujo, rodeados de su cariño y cuidados. Había sido para ellos una bienhechora cariñosa y espléndida.

Propuso llamar a testigos que demostrarían que el acusado, disoluto y manirroto, no sabía qué hacer para conseguir dinero y sostenía relaciones amorosas con una tal señora Raikes, esposa de un granjero de la vecindad. Habiendo llegado esto a oídos de su madrastra, le afeó su conducta en la tarde anterior a su muerte y a continuación se desarrolló entre ellos una disputa, parte de la cual fue oída. El día anterior, el acusado había comprado estricnina en la farmacia del pueblo, llevando un disfraz por medio del cual pensaba echar la responsabilidad del crimen sobre otro hombre; esto es, sobre el marido de la señora Inglethorp. El señor Inglethorp pudo presentar una coartada incuestionable.

En la tarde del 17 de junio, continuó diciendo el fiscal, inmediatamente después de la pelea con su hijo, la señora Inglethorp redactó un nuevo testamento. Este testamento fue encontrado destruido en la chimenea del cuarto de la finada, pero se habían hallado pruebas que demostraban que en él constituía en heredero a su esposo. La muerta ya había hecho un testamento en su favor antes de su matrimonio, pero —el señor Philips levantó el índice significativamente— el acusado no conocía este hecho. El motivo que habría inducido a la finada a redactar un nuevo testamento estando en vigor el anterior no podía saberlo el señor

Philips. Era una señora anciana y posiblemente había olvidado la existencia del otro testamento; o, lo cual le parecía a él más probable, podía haber creído que su matrimonio lo había anulado, ya que había habido una conversación a tal respecto. Las señoras no suelen estar muy versadas en cosas de Leyes. Había redactado un testamento en favor del acusado alrededor de un año antes. El señor Philips presentaría un testigo que probaría que fue el acusado el último que tocó el café de la finada en la noche fatal. Más tarde solicitó entrar en el cuarto de su madrastra, encontrando entonces, sin duda, oportunidad de destruir el testamento, pensando que de este modo convertía en válido el redactado a su favor.

El acusado ha sido arrestado por el detective inspector Japp, funcionario de gran capacidad, como consecuencia de haberse descubierto en su cuarto el mismo frasco de estricnina que había sido vendido en la farmacia del pueblo al supuesto señor Inglethorp el día anterior del asesinato. El Jurado decidiría si estos hechos condenatorios constituían o no prueba abrumadora de la clara culpabilidad del reo.

Y dando a entender que no podía imaginarse a un Jurado diciendo lo contrario, el señor Philips se sentó, enjugándose la frente.

Los primeros testigos de la acusación fueron en su mayor parte los que habían sido llamados en la encuesta y, como entonces, con anterioridad había sido oído el informe médico.

Sir Ernest Heavywether, famoso en toda Inglaterra por su falta de escrúpulos para intimidar a los testigos, sólo hizo dos preguntas.

—Tengo entendido, doctor Bauerstein, que la estricnina, como droga, actúa rápidamente.

—Sí.

—Y que usted no puede explicar el retraso en este caso.

—No.

—Gracias.

El señor Mace identificó el frasco que le entregó el fiscal como el que había vendido al «señor Inglethorp». Al ser presionado por *sir* Ernest, admitió que conocía sólo de vista al señor Inglethorp. Nunca había hablado con él. El testigo no fue interrogado por la parte contraria.

Fue llamado Alfred Inglethorp, quien negó haber comprado el

veneno. Negó, asimismo, haber disputado con su esposa. Varios testigos afirmaron la veracidad de estas declaraciones.

Los jardineros declararon que habían firmado como testigos del testamento, y entonces fue llamada Dorcas.

Dorcas, fiel a «su señorito», negó enérgicamente la posibilidad de que la voz que ella había oído fuera la de John y declaró resueltamente, contra toda razón, que era el señor Inglethorp quien había estado en el *boudoir* con su señora. En el banquillo, el acusado sonrió anhelante. Demasiado bien sabía él que el animoso desafío de la vieja sirviente no servía de nada, ya que la defensa no tenía intención de negar este punto. Naturalmente, la señora Cavendish no pudo ser llamada a prestar declaración contra su esposo.

Después de varias preguntas sobre otros temas, el señor Philips preguntó:

—¿Recuerda usted la llegada, el pasado mes de junio, de un paquete de Parkson, los sastres de teatro, para el señor Lawrence Cavendish? Le suplico haga memoria.

—No recuerdo, señor. Puede haber sido así, pero el señor Lawrence estuvo fuera durante una parte de aquel mes.

—En caso de que el paquete hubiera llegado en su ausencia, ¿qué hubiera hecho con él?

—Lo hubieran llevado a su cuarto o se lo hubieran mandado a él.

—¿Usted?

—No, señor; yo lo hubiera dejado en la mesa del vestíbulo. La señorita Howard era la que se cuidaba de esas cosas.

Llamada la señorita Howard, fue interrogada primeramente sobre otros aspectos de la cuestión, abordándose al fin el tema del paquete.

—No recuerdo. Llegaban montones de paquetes. Imposible recordar uno determinado.

—¿No sabe usted si le fue enviado a Gales al señor Lawrence Cavendish o si fue dejado en su cuarto?

—No creo que haya sido enviado a Gales. Lo hubiera recordado.

—Suponiendo que llegara un paquete dirigido al señor Lawrence Cavendish y que después desapareciera, ¿lo habría echado de menos?

—No, no lo creo. Supondría que alguien lo había guardado.

—¿Fue usted, señorita Howard, quien encontró este pliego de papel de estraza?

Y mostró el mismo pliego de papel polvoriento que Poirot y yo habíamos examinado en el saloncito de mañana de Styles.

—Sí, yo fui.

—¿Cómo se le ocurrió a usted buscarlo?

—El detective belga llamado para investigar el caso me pidió que lo buscara.

—¿Dónde lo encontró usted?

—En la parte superior de… de… un armario.

—¿En el armario del acusado?

—Creo, creo que sí.

—¿No fue usted misma quien lo encontró?

—Sí.

—Entonces, debe usted saber dónde lo encontró.

—Sí. Fue en el armario del acusado.

—Esto ya está mejor.

Un empleado de «Parkson, sastres de teatro», declaró que el 29 de junio habían enviado una barba negra al señor Lawrence Cavendish, según se les había pedido. El encargo había sido hecho por carta, dentro de la cual iba una orden para cobrar en Correos. No, no conservaban la carta. Todas las transacciones se apuntaban en los libros. Según se les indicaba, habían enviado la barba a «Mr. L. Cavendish, Styles Court».

Sir Ernest Heavywether se levantó con estudiada lentitud.

—¿De dónde venía la carta?

—De Styles Court.

—¿De la misma dirección a donde ustedes enviaron el paquete?

—Sí.

—¿Y la carta venía de allí mismo?

—Sí.

Como un ave de presa, Heavywether cayó sobre él:

—¿Cómo lo sabe usted?

—No… no comprendo.

—¿Cómo sabe usted que la carta venía de Styles? ¿Se fijó en el matasellos?

—No, pero…

—¡Ah! ¡*No* se fijó en el matasellos! Sin embargo, usted afirma

resueltamente que venía de Styles. En realidad, ¿no podía haber venido de cualquier otro sitio?

—Sí…

—En realidad, la carta, aunque escrita en papel timbrado, ¿no podía haber sido enviada desde cualquier parte? ¿Desde Gales, por ejemplo?

El testigo admitió que podía haber ocurrido así y *sir* Ernest no ocultó su satisfacción.

Elizabeth Well, segunda doncella de Styles, manifestó que después de haberse ido a la cama recordó que había dejado la puerta principal con el cerrojo echado por dentro, y no cerrada sólo con el picaporte, como el señor Inglethorp había ordenado. Por consiguiente, había bajado a rectificar su error. Al oír un ligero ruido en el ala izquierda, atisbo a lo largo del pasillo y vio al señor John Cavendish llamando a la puerta de la señora Inglethorp.

Sir Ernest Heavywether terminó pronto con ella. La intimidó de un modo tan despiadado que se contradijo lamentablemente y *sir* Ernest se sentó con sonrisa satisfecha.

Annie declaró sobre la mancha de grasa en el suelo y cómo había visto al reo llevar el café al *boudoir*, suspendiéndose la vista hasta el día siguiente, tras su declaración.

Camino de casa, Mary Cavendish se quejó con amargura de los procedimientos del fiscal:

—¡Qué hombre más odioso! ¡Qué red le ha tendido a mi pobre John! ¡Cómo retorcía los hechos hasta hacerles adquirir un sentido distinto!

—Bueno —la consolé—, mañana será otra cosa.

—Sí —dijo Mary, pensativa; de pronto bajó la voz—. Señor Hastings, usted no creerá que… ¡Oh, no, no puede haber sido Lawrence; no, no puede haber sido él!

Pero yo mismo estaba desconcertado y, tan pronto como me reuní con Poirot le pregunté qué sería lo que intentaba *sir* Ernest.

—¡Ah! —repuso Poirot con admiración—. Es un hombre muy hábil ese *sir* Ernest.

—¿Creerá culpable a Lawrence?

—Opino que no cree en nada ni le importa nada. No, lo que pretende es sembrar la confusión en el Jurado, que la opinión esté dividida respecto a cuál de los dos hermanos lo hizo. Está tratando

de demostrar que hay tantas pruebas contra Lawrence como contra John, y no digo que no lo consiga en algún momento.

Al reanudarse la vista de la causa, el primer testigo requerido fue el detective inspector Japp, quien prestó declaración sucinta y brevemente. Después de relatar los anteriores acontecimientos, continuó:

—Actuando de acuerdo con información recibida, el superintendente Summerhaye y yo registramos el cuarto del acusado, aprovechando su ausencia de la casa. En la cómoda, debajo de unas prendas interiores, encontramos: primero, un par de quevedos con montura de oro, semejantes a los que usa el señor Inglethorp —presentó los quevedos—; segundo, este frasco.

El frasco era el que ya había reconocido el ayudante de la farmacia: una pequeña botella de cristal azul con unos granos de un polvo cristalino, y que llevaba la siguiente etiqueta: «Hidrocloruro de estricnina. VENENO».

Los detectives habían descubierto una nueva prueba después de la sesión ante el tribunal de la policía. Se trataba de un largo trozo de papel secante, casi nuevo, encontrado en el talonario de cheques de la señora Inglethorp y que, leído por medio de un espejo, decía claramente: «… de lo que posea al morir se lo dejo a mi amado esposo Alfred Ing…». Con esto quedó establecido sin lugar a duda que el destruido testamento había sido hecho en favor del marido de la difunta señora. A continuación, Japp mostró el trozo de papel medio quemado descubierto en el hogar de la chimenea, y con esto y el hallazgo de la barba en el desván terminó su declaración.

Pero todavía faltaba el interrogatorio de *sir* Ernest.

—¿En qué día registró usted el cuarto del acusado?

—El martes veinticuatro de julio.

—¿Una semana exactamente después de la tragedia?

—Sí.

—Dice usted que encontró esos dos objetos en la cómoda. ¿Estaba abierto el cajón?

—Sí.

—¿No le parece a usted extraño que un hombre que ha cometido un crimen guarde las pruebas de él, en un cajón abierto, donde cualquiera puede encontrarlas a poco que se busque?

—Pudo haberlas escondido allí precipitadamente.

—Pero acaba usted de decir que había transcurrido toda una semana desde el asesinato. Habría tenido tiempo suficiente para sacarlas de allí y destruirlas.

—Quizá.

—Nada de quizá. ¿Tendría o no tendría tiempo suficiente para sacar de allí esos objetos y destruirlos?

—Sí.

—Las prendas interiores bajo las que estaban escondidos los objetos, ¿eran ligeras o gruesas?

—Más bien gruesas.

—En otras palabras, se trataba de prendas de invierno. Era sumamente improbable que el acusado fuera a tal cajón, ¿verdad?

—Quizá.

—Por favor, conteste a mi pregunta. ¿Era probable que el acusado, en la semana más calurosa de un caliginoso verano, fuera al cajón donde guardaba ropa interior de invierno? ¿Sí o no?

—No.

—En tal caso, ¿no es posible que los artículos en cuestión fueran puestos allí por una tercera persona y que el acusado no conociera su presencia?

—No me parece probable.

—¿Pero es posible?

—Sí.

—Eso es todo.

Continuaron las declaraciones. Se declararon las dificultades pecuniarias en que se encontraba el acusado a fines de julio, así como su enredo con la señora Raikes. ¡Pobre Mary, qué amargo debió resultar a su gran orgullo el oír esto! Evelyn Howard había adivinado los hechos, aunque su animadversión contra Alfred Inglethorp le había hecho concluir, llevada por ese odio incomprensible, a que era éste el comprometido.

A continuación subió Lawrence Cavendish al estrado de los testigos. En voz baja, contestando a las preguntas del señor Philips, negó haber encargado algo a la casa Parkson en junio. En realidad, el 29 de junio estaba en Gales pasando una temporada.

Inmediatamente la barbilla de *sir* Ernest se adelantó belicosamente.

—¿Niega usted haber encargado a Parkson una barba negra el

día veintinueve de junio?

—Lo niego.

—¡Ah! En caso de que le ocurriera algo a su hermano, ¿quién heredaría a Styles Court?

La brutalidad de la pregunta hizo afluir la sangre al rostro pálido de Lawrence. El juez expresó su desaprobación con un débil murmullo y el acusado, en el banquillo, se adelantó furioso.

Heavywether no se impresionó en absoluto por la furia de su cliente.

—Conteste a mi pregunta, por favor.

—Me figuro —dijo Lawrence serenamente— que lo heredaría yo.

—¿Qué quiere decir usted con eso de «me figuro»? Su hermano no tiene hijos. ¿Heredaría usted, sí o no?

—Sí.

—¡Ah, esto está mejor! —dijo Heavywether con alegría salvaje —. Y heredaría usted también una buena cantidad de dinero, ¿no es así?

—Realmente, *sir* Ernest —protestó el juez—, esas preguntas son improcedentes.

Habiendo lanzado ya la insinuación, *sir* Ernest se inclinó ante el juez y continuó:

—El martes, diecisiete de julio, visitó usted, según creo, con un invitado de Styles Court, el dispensario del Hospital de la Cruz Roja de Tadminster, ¿no es cierto?

—Sí.

—Cuando se quedó usted solo por unos segundos, ¿abrió usted el armario de los venenos y examinó una de las botellas?

—Pue… puede ser que sí.

—¿Debo entender que lo hizo usted?

—Sí.

Sir Ernest lanzó la siguiente pregunta directamente:

—¿Examinó usted una botella en particular?

—No, no lo creo.

—Tenga usted cuidado, señor Cavendish. Me refiero a una botella pequeña de hidrocloruro de estricnina.

—No… Estoy seguro que no.

—Entonces, ¿cómo explica usted que se hayan encontrado en la

botella sus huellas dactilares?

El sistema empleado por *sir* Ernest para amedrentrar a los testigos era especialmente eficaz con un temperamento nervioso.

—Me… me figuro que la habría cogido.

—¡Yo también me lo figuro! ¿Sustrajo usted algo del contenido de la botella?

—Desde luego que no.

—Entonces, ¿para qué la cogió usted?

—En otros tiempos he estudiado Medicina. Naturalmente, esas cosas me interesan.

—¡Ah! De modo que los venenos, «naturalmente», le interesan, ¿no es cierto? Sin embargo, esperó usted a encontrarse a solas para satisfacer su «interés».

—Eso fue pura casualidad. Si hubieran estado allí los demás hubiera hecho exactamente lo mismo.

—Sin embargo, ¿dio la casualidad de que los demás no estaban presentes?

—Sí, pero…

—De hecho, durante toda la tarde, usted estuvo a solas durante un par de minutos, y ¿dio la casualidad, estoy diciendo «la casualidad», de que en esos dos minutos usted se entregó a su «natural interés» por el hidrocloruro de estricnina?

—Bueno, yo… yo…

Con semblante expresivo y satisfecho, *sir* Ernest observó:

—No tengo nada más que preguntarle, señor Cavendish.

El interrogatorio había causado gran excitación en la sala. Las cabezas de muchas de las elegantes señoras presentes se hallaban muy juntas y sus cuchicheos se hicieron tan ruidosos que el juez amenazó indignado con desalojar la sala si no se hacía silencio inmediatamente.

No hubo mucho más que declarar. Los peritos en caligrafía fueron llamados para que opinasen sobre la firma de «Alfred Inglethorp» en el libro de registros de la farmacia. Declararon todos con unanimidad que no era la escritura de Inglethorp y dijeron que, según su punto de vista, podía ser la del acusado desfigurada. Interrogados por la parte contraria, admitieron que podía ser la del acusado hábilmente falsificada.

El discurso de *sir* Ernest al iniciar la defensa no fue largo, pero

estaba respaldado por la fuerza de su enérgica personalidad. Nunca, dijo, en el transcurso de su larga experiencia, se había encontrado con una acusación de asesinato basada en pruebas tan poco convincentes. No sólo se trataba de pruebas de indicios, sino que la mayor parte de ellas no estaban ni siquiera probadas. Que los señores del Jurado recordaran toda la declaración oída y la examinaran imparcialmente. La estricnina había sido encontrada en un cajón del cuarto del acusado. El cajón no estaba cerrado, como había señalado él con anterioridad, y alegó que no podía probarse que hubiera sido el acusado el que había escondido allí el veneno. De hecho, se trataba de una tentativa ruin y malvada por parte de una tercera persona de hacer recaer el crimen sobre el acusado. La acusación había sido incapaz de mostrar la más insignificante prueba en apoyo de su pretensión de que no fue el acusado quien encargó la barba negra a casa Parkson. La discusión que se cruzó entre el acusado y su madrastra había sido abiertamente admitida, pero tanto esta discusión como sus apuros económicos habían sido exagerados groseramente.

Su docto amigo —*sir* Ernest inclinó la cabeza con descuido hacia el señor Philips— había manifestado que, de ser inocente, el acusado habría explicado en la encuesta que él, y no el señor Inglethorp, había disputado con la finada. Creía que los hechos habían sido tergiversados, pero lo que en realidad había ocurrido era lo siguiente: al volver el acusado a su casa el martes por la tarde, supo por fuente autorizada que se había producido una violenta disputa entre el señor y la señora Inglethorp. El acusado no había sospechado ni remotamente que su voz hubiera sido confundida con la del señor Inglethorp. Como es natural, sacaría la conclusión de que su madrastra había reñido con dos personas la misma tarde.

La acusación había asegurado que el lunes, 16 de julio, el acusado había entrado en la farmacia del pueblo caracterizado como el señor Inglethorp. El acusado, por el contrario, se hallaba en aquel momento en un apartado lugar llamado Marton's Spinney, a donde había acudido citado por una nota anónima, escrita en términos de chantaje, y en la que se amenazaba con revelar a su esposa cierto asunto a menos que siguiera sus instrucciones. Por consiguiente, el acusado había acudido al lugar de la cita y, después

de esperar en vano durante media hora, había regresado a su casa. Desgraciadamente, ni a la ida ni a la vuelta encontró a nadie que pudiera dar fe de su historia, pero por fortuna conservaba la nota que sería presentada como prueba.

En cuanto a la destrucción del testamento, el acusado había practicado anteriormente en el foro y sabía perfectamente que el testamento hecho en su favor el año anterior quedaba automáticamente anulado con el nuevo matrimonio de su madrastra. Presentaría pruebas que demostrarían quién fue la persona que realmente destruyó el testamento y era posible que con ello el proceso adquiriera un aspecto totalmente distinto.

Por último, quería llamar la atención del Jurado sobre el hecho de que existían pruebas contra otras personas, además de John Cavendish. Por ejemplo, las pruebas contra Lawrence Cavendish eran tan consistentes, por lo menos, como las que había contra su hermano.

Ahora llamaría al acusado.

El acusado se mantuvo en actitud digna en la tribuna de los testigos. Llevado con habilidad por *sir* Ernest, su declaración fue clara y verosímil. El anónimo fue presentado al Jurado para su examen. La prontitud con que admitió sus dificultades económicas y el desacuerdo con su madrastra dio valor a sus negativas.

Al final de su declaración se detuvo y dijo:

—Quisiera dejar bien sentado que desapruebo y rechazo enérgicamente las insinuaciones de *sir* Ernest con respecto a mi hermano. Estoy seguro de que mi hermano no tiene más participación en el crimen que yo mismo.

Sir Ernest se limitó a sonreír. Su aguda mirada observó que la protesta de John había causado una impresión muy favorable al Jurado.

Entonces empezó el interrogatorio de la parte contraria.

—Creo haber oído decir que ni remotamente le pasó a usted por la cabeza el que los testigos de las pesquisas hubieran podido confundir su voz con la del señor Inglethorp. ¿No le parece muy extraño?

—No lo crea. Me dijeron que mi madre había disputado con el señor Inglethorp y no se me ocurrió que no fuera así.

—¿Ni siquiera cuando la sirvienta repitió algunos trozos de la

conversación, que usted debió haber reconocido?

—No los reconocí.

—¡Su memoria debe ser muy floja!

—No, pero los dos estábamos enfadados y creo que dijimos más de lo que pretendíamos. No me fijé en las palabras exactas de mi madre.

El escéptico bufido del señor Philips fue un golpe maestro de habilidad. Luego pasó al tema del anónimo.

—Ha presentado usted esta nota muy oportunamente. Dígame, ¿no le resulta familiar la escritura?

—No, que yo sepa.

—¿No opina usted que tiene un notable parecido con la suya propia, disimulada con gran cuidado?

—No, no lo creo.

—¡Le digo a usted que es su propia letra!

—No.

—Le digo que, en su ansiedad por mostrar una coartada, concibió usted la idea de fingir una cita increíble y que usted mismo escribió esta nota para apoyar su afirmación.

—No.

—¿No es cierto que, en la hora que usted declara haber estado esperando en un lugar solitario poco frecuentado estaba usted realmente en la farmacia de Stanley Saint Mary, comprando estricnina a nombre de Alfred Inglethorp?

—No; es mentira.

—Le digo a usted que, llevando uno de los trajes del señor Inglethorp y una barba negra recortada de modo que se pareciera a la suya, usted estaba allí y firmó en el registro con toda tranquilidad y con el nombre de él.

—Eso es completamente incierto.

—Entonces dejaré que el Jurado considere el parecido de la escritura de la nota, del registro y de la suya propia —dijo el señor Philips, y se sentó con el aire del hombre que ha cumplido con su deber, pero que se siente horrorizado por tener que oír semejante perjurio.

Después de esto, como se había hecho tarde, la vista de la causa se suspendió hasta el siguiente lunes.

Observé que Poirot parecía completamente descorazonado.

Fruncía el ceño.

—¿Qué ocurre, Poirot? —pregunté.

—¡Ay, amigo mío, esto va mal, muy mal!

Sin poderlo remediar, mi corazón dio un vuelco de alegría. Era evidente que había una posibilidad de que John fuera absuelto.

Cuando llegamos a la casa, mi amigo rechazó con un gesto el ofrecimiento de té que le hizo Mary.

—No, gracias, señora. Voy a subir a mi cuarto.

Subí tras él. Todavía frunciendo el ceño se acercó al escritorio y cogió una pequeña baraja. Después acercó una silla a la mesa y, con gran pasmo por mi parte, empezó con toda solemnidad a construir casas con las cartas.

Involuntariamente me quedé con la boca abierta, y él me dijo de pronto:

—No, amigo mío, no estoy en mi segunda infancia. Quiero calmar mis nervios. Nada más que eso. Este ejercicio requiere precisión con los dedos. Con la precisión de los dedos viene la precisión de la mente. ¡Y nunca la he necesitado como ahora!

—¿Pero qué ocurre? —pregunté.

De un manotazo, Poirot deshizo el edificio construido con tanto cuidado.

—Lo que ocurre es esto, amigo mío. Que puedo construir con las cartas casas de siete pisos, pero no puedo —manotazo a la mesa— encontrar —nuevo manotazo— el último eslabón que le hablé a usted.

Guardé silencio, no sabiendo qué contestar, y Poirot empezó de nuevo lentamente a construir edificios con las cartas, hablando entrecortadamente mientras lo hacía:

—Se hace… ¡así! Colocando… una carta… sobre la otra… con precisión… matemática.

Bajo su mano, la construcción de cartas crecía piso a piso. Poirot no tuvo ni un fallo, ni un titubeo. Era casi como un conjuro mágico.

—¡Qué firme tiene usted la mano! —observé—. Creo que sólo una vez le he visto temblar.

—Estaría furioso, sin duda alguna —dijo Poirot plácidamente.

—¡Ah, sí, endiabladamente furioso! ¿No lo recuerda? Fue cuando descubrió usted que había sido forzada la cerradura de la caja de documentos de la señora Inglethorp. Se quedó usted en pie,

junto a la repisa de la chimenea, jugando con las cosas, como acostumbra, y sus manos temblaban como hojas. Creo que…

Pero me callé repentinamente. Porque Poirot, lanzando un grito ronco e inarticulado, redujo a la nada la obra maestra construida con la baraja y, cubriéndose los ojos con las manos, se balanceaba hacia delante y hacia atrás, como si sufriera una agonía espantosa.

—¡Por Dios, Poirot! —grité—. ¿Qué ocurre? ¿Está usted enfermo?

—No, no —balbució—. Es que, es que… ¡tengo una idea!

—¡Ah, bueno! —exclamé, reconfortado—. ¿Una de sus pequeñas ideas?

—¡Ah, *ma foi*, no! —replicó Poirot—. ¡La de ahora es una idea gigantesca, maravillosa! Y es usted, *usted*, amigo mío, quien me la ha dado.

De pronto me estrechó entre sus brazos, besándome calurosamente en las mejillas, y antes de que me hubiera recobrado de mi asombro salió disparado de la habitación.

En aquel momento entró Mary Cavendish.

—¿Qué le ocurre al *monsieur* Poirot? Ha pasado por mi lado corriendo y gritando: «¡Un garaje! Por el amor de Dios, señora, dígame dónde hay un garaje». Y sin esperar contestación se precipitó a la calle.

Me acerqué corriendo a la ventana. Cierto, allí estaba, corriendo de un lado para otro, sin sombrero y gesticulando. Me volví hacia Mary Cavendish con expresión desesperada.

—De un momento a otro lo detendrá un policía. ¡Allá va, por la esquina!

Nos miramos sin saber qué hacer.

—¿Pero qué le pasará?

Moví la cabeza negativamente.

—No lo sé. Estaba construyendo casas con una baraja cuando de pronto dijo que tenía una idea y salió disparado, como usted ha visto.

—Bueno —dijo Mary—. Supongo que estará de vuelta antes de la cena.

Pero llegó la noche y Poirot no había regresado.

CAPÍTULO XII

EL ÚLTIMO ESLABÓN

La repentina marcha de Poirot nos tenía muy extrañados. La mañana del domingo se había deslizado lentamente, y Poirot sin aparecer. Pero a las tres de la tarde, un terrible y prolongado bocinazo nos llevó a todos a la ventana y vimos a mi amigo apeándose de un coche, acompañado de Japp y Summerhaye. El hombrecillo estaba transfigurado. Se inclinó ante Mary Cavendish con exagerada cortesía.

—Señora, ¿me permite usted que celebre una pequeña reunión en el salón? Es necesario que no falte nadie.

—Ya sabe usted, *monsieur* Poirot, que tiene carta blanca para hacer lo que guste.

—Es usted muy amable, señora.

Sin abandonar su sonrisa radiante, Poirot nos condujo a todos al salón, acercando las sillas necesarias.

—Señorita Howard, usted aquí. La señorita Cynthia. El señor Lawrence. Mi buena Dorcas. Y Annie. ¡Bien! Tenemos que retrasar unos minutos la sesión, hasta que llegue el señor Inglethorp. Le he enviado un aviso.

La señorita Howard saltó indignada de su asiento.

—¡Si ese hombre entra en esta casa yo me marcho!

—¡No, no!

Poirot se acercó a ella y le suplicó en voz baja que se quedara, hasta que finalmente la señorita Howard consintió en volver a su asiento. Unos minutos más tarde Alfred Inglethorp hizo su aparición.

Reunida la asamblea, Poirot se levantó de su asiento con el aire de un conferenciante y se inclinó cortésmente ante su auditorio.

—Señoras y caballeros: Como todos ustedes saben, el señor John Cavendish solicitó mi ayuda para investigar este caso. Lo primero que hice fue examinar el cuarto de la finada, que, por consejo de los doctores, había permanecido cerrado y, por tanto, no había sufrido la menor alteración desde el momento de la tragedia. Encontré: primero, un trocito de tejido verde; segundo, una mancha, todavía húmeda, en la alfombra, cerca de la ventana; tercero, una caja vacía de polvos de bromuro.

»Empezaremos por el trocito de tejido verde. Lo encontré enganchado en la cerradura de la puerta que comunica aquel cuarto con el contiguo, ocupado por la señorita Cynthia. Se lo entregué a la Policía, que no le concedió mayor importancia ni supo de lo que se trataba. Era un trocito de un manguito verde de los que se emplean para trabajar en la tierra.

Hubo un momento de excitación.

—Ahora bien. Sólo hay una persona en Styles que trabajara en la tierra: la señora Cavendish. Por consiguiente, debía haber sido ella la que entró en el cuarto de la difunta por la puerta que lo comunica con el de la señorita Cynthia.

—¡Pero si aquella puerta estaba cerrada por dentro! —exclamé.

—Estaba cerrada cuando yo examiné el cuarto, pero no sabemos si lo estaba antes. Sólo tenemos su palabra, ya que fue ella la que examinó la puerta y dijo que estaba cerrada. En la confusión subsiguiente, tuvo oportunidad sobrada de correr el cerrojo. Pronto se me presentó ocasión de comprobar que mis suposiciones eran acertadas. Para empezar, el trozo de tela corresponde a una desgarradura de un manguito de la señora Cavendish. Además, en la encuesta, la señora Cavendish declaró haber oído desde su cuarto la caída de la mesa que está junto a la cama. Quise comprobar la exactitud de esta declaración situando a mi amigo, el señor Hastings, en el ala izquierda de la casa, junto a la puerta del cuarto de la señora Cavendish. Yo fui con la Policía al cuarto de la difunta, y, mientras estábamos allí, volqué, fingiendo un descuido, la mesa en cuestión. El señor Hastings, tal como yo imaginaba, no había oído nada en absoluto. Esto me confirmó en mi creencia de que la señora Cavendish no decía la verdad al declarar que estaba vistiéndose en su cuarto cuando se dio la alarma. Por el contrario, me convencí de que, lejos de encontrarse en su propio cuarto, la

señora Cavendish estaba en el cuarto de la muerta.

Dirigí la vista al lugar donde estaba Mary y la vi muy pálida, pero sonriente.

—Me puse a razonar basándome en esa suposición: la señora Cavendish está en el cuarto de su madre política. Digamos que está buscando algo y que no lo ha encontrado todavía. De pronto, la señora Inglethorp se despierta, presa de un paroxismo alarmante. Extiende un brazo, volcando la mesa, y tira desesperadamente del cordón de la campanilla. La señora Cavendish, sobresaltada, deja caer su vela, derramando la cera en la alfombra. Coge de nuevo la vela y se retira rápidamente al cuarto de la señorita Cynthia, cerrando la puerta tras ella. Se precipita hacia el pasillo, porque los criados no deben encontrarla donde está. ¡Pero es demasiado tarde! Ya se oía el eco de pisadas a lo largo de la galería que une las dos alas de la casa. ¿Qué hacer? Rápida como el pensamiento, vuelve al cuarto de la muchacha y empieza a sacudirla para despertarla. Los habitantes de la casa, levantados precipitadamente, acudían en tropel por el pasillo. Todos se pusieron a golpear la puerta de la señora Inglethorp. A nadie se le ocurrió que la señora Cavendish no había llegado con los demás, pero, y esto es muy significativo, no encontró a nadie que la viera llegar de la otra ala —miró a Mary Cavendish—. ¿No es así, señora?

Ella inclinó la cabeza.

—Sí, así es, señor. Ya comprenderá usted que si yo creyera hacerle algún bien a mi marido revelando estos hechos no hubiera vacilado en hacerlo. Pero me pareció que no influirían en su culpabilidad o en su inocencia.

—En cierto sentido, tiene usted razón, señora. Pero el conocer estos datos me permitió desechar muchas interpretaciones falsas y ver otros hechos a la luz de su verdadera significación.

—¡El testamento! —exclamó Lawrence—. ¿Entonces fuiste tú, Mary, quien destruyó el testamento?

Ella negó con la cabeza y lo mismo hizo Poirot.

—No —dijo ella suavemente—. Sólo hay una persona que pueda haber destruido ese testamento: ¡la propia señora Inglethorp!

—¡Imposible! —exclamé—. ¡Acababa de redactarlo aquella misma tarde!

—Sin embargo, amigo mío, fue la señora Inglethorp. Porque de

otro modo no puede explicarse el que, en uno de los días más calurosos del año, la señora Inglethorp mandara encender el fuego en su habitación.

Lancé un sonido inarticulado. ¡Qué idiotas habíamos sido al no darnos cuenta de que ese fuego era absurdo!

Poirot continuaba:

—La temperatura de aquel día, señores, era de más de veintiséis grados a la sombra. Sin embargo, ¡la señora Inglethorp mandó encender el fuego! ¿Por qué? Porque quería destruir algo y no se le ocurrió nada mejor. Recodarán ustedes que, como consecuencia de las economías de guerra que se practicaban en Styles, no se tiraba ningún papel. Por tanto, no había modo de destruir un documento voluminoso, como es un testamento. En el momento en que supe que se había encendido un fuego en la habitación de la señora Inglethorp saqué la conclusión de que se había destruido algún documento importante, posiblemente un testamento. Así que para mí no fue una sorpresa el descubrimiento en la chimenea del trozo de papel a medio quemar. Naturalmente, yo entonces desconocía el hecho de que el testamento en cuestión había sido redactado aquella misma tarde, y debo admitir que cuando lo supe caí en un error lamentable. Supuse que la decisión de la señora Inglethorp de destruir el testamento era una consecuencia directa de la disputa que había sostenido aquella tarde y que, por consiguiente, había tenido lugar después, y no antes de la redacción del testamento.

»Pero en eso, como sabemos, estaba equivocado y tuve que abandonar la idea, considerando el problema desde una perspectiva distinta. Ahora bien, a las cuatro, Dorcas oyó a su señora decir airadamente: “No creas que me va a detener el miedo a la publicidad o al escándalo entre marido y mujer”. Supuse, y supuse bien, que esas palabras no iban dirigidas a su marido, sino al señor John Cavendish. Una hora después, a las cinco, emplea casi las mismas palabras, pero el punto de vista es diferente. Le confiesa a Dorcas que “no sabe qué hacer; el escándalo entre marido y mujer es una cosa horrible”. A las cuatro estaba enfadada, pero completamente dueña de sí. A las cinco está profundamente acongojada y habla de haber sufrido “un disgusto horrible”.

»Considerando el asunto psicológicamente, llegué a una conclusión que estaba seguro era acertada. El segundo “escándalo”

de que habla no era el mismo “escándalo” del que había hablado antes, y estaba relacionado con ella misma.

»Vamos a reconstruir los hechos. A las cuatro, la señora Inglethorp discute con su hijo y le amenaza con denunciarle a su esposa, quien, dicho sea de paso, oyó la mayor parte de la conversación. A las cuatro y media, la señora Inglethorp, como consecuencia de una conversación sobre validez de testamentos, redacta uno en favor de su esposo, firmando como testigos los dos jardineros. A las cinco, Dorcas encuentra a su señora en un estado de extraordinaria agitación con un papel, Dorcas cree es “una carta”, en la mano, y entonces es cuando ordena que enciendan el fuego en su habitación. Probablemente, pues, entre las cuatro y media y las cinco, algo provocó en ella un cambio total de sentimientos, ya que entonces tiene tantos deseos de destruir el testamento como antes tenía de hacerlo. ¿Qué había sido ese algo?

»Por lo que sabemos, estuvo sola durante esa media hora. Nadie entró o salió en el *boudoir*. Entonces, ¿qué fue lo que de ese modo transformó sus sentimientos?

»Sólo podemos hacer suposiciones, pero creo que las mías son acertadas. La señora Inglethorp no tenía sellos en su escritorio. Lo sabemos porque más tarde pidió a Dorcas que le llevara algunos. Ahora bien, en el lado opuesto de la habitación estaba el buró de su esposo, cerrado. En su deseo de encontrar los sellos, según mi teoría, probó sus propias llaves en el mueble. Sé que una de ellas lo abre. Abrió, por tanto, el buró y, buscando los sellos, tropezó con otra cosa: el papel que Dorcas vio en su mano y que con toda seguridad no estaba destinado a que ella lo viera. Por otra parte, la señora Cavendish creyó que el papel que su madre política atenazaba tan firmemente era una prueba escrita de la infidelidad de su propio esposo. Se lo pidió a la señora Inglethorp, quien le aseguró la verdad; que no tenía nada que ver con aquel asunto. La señora Cavendish no la creyó. Creyó que la señora Inglethorp estaba escudando a su hijastro. La señora Cavendish es una mujer muy resuelta y, bajo su máscara de reserva, estaba locamente celosa de su marido. Decidió apoderarse del papel a cualquier precio, y la casualidad vino a ayudarla en su decisión. Por azar encontró la llave de la caja de documentos, que la señora Inglethorp había perdido aquella mañana. Sabía que su suegra guardaba

invariablemente todos los papeles importantes precisamente en esa caja.

»Por tanto, Mary Cavendish trazó su plan como sólo una mujer desesperadamente celosa podía haber hecho. En algún momento de la tarde descorrió el cerrojo de la puerta de comunicación con el cuarto de la señorita Cynthia. Posiblemente puso aceite en los goznes, porque pude comprobar que la puerta se abría sin hacer el menor ruido. Como los criados estaban acostumbrados a oírla andar por su cuarto a las primeras horas de la mañana, le pareció más seguro retrasar su proyecto hasta entonces. Se puso su equipo completo de trabajo y silenciosamente pasó al cuarto de la señora Inglethorp a través del de la señorita Cynthia.

Poirot hizo una pausa y Cynthia intervino:

—Pero me hubiera despertado al pasar alguien por mi cuarto.

—No, señorita, si había sido usted narcotizada.

—¿Narcotizada?

—*Mais oui!* Recordarán ustedes —se dirigió de nuevo a nosotros — que durante todo el alboroto y el ruido en el cuarto de su lado, la señorita Cynthia seguía durmiendo. Esto admitía dos explicaciones: o el sueño era fingido, cosa que no creí, o su inconsciencia se debía a medios artificiales, a un narcótico.

»Con esta última idea en la cabeza, examiné todas las tazas de café con todo cuidado, recordando que había sido la señora Cavendish quien había servido a la señorita Cynthia el café la noche anterior. Cogí un poquito del contenido de cada taza y lo mandé analizar, sin resultado positivo. Había contado las tazas cuidadosamente, por si una de ellas hubiera sido retirada, pero seis personas habían tomado café y seis tazas había. Tuve que confesar mi error.

»Pero entonces caí en la cuenta de que había cometido una equivocación muy grave. Se había servido café para siete personas, no para seis, porque el doctor Bauerstein había estado allí aquella noche. Esto cambiaba todo el asunto, porque faltaba una taza. Las sirvientas no se dieron cuenta de la falta porque Annie, la doncella que llevó el café, puso siete tazas, ignorando que el señor Inglethorp no lo tomaba nunca, mientras que Dorcas, que recogió el servicio a la mañana siguiente, encontró seis, como de costumbre, o, hablando con propiedad, cinco, ya que la sexta fue encontrada rota en el

cuarto de la señora Inglethorp.

»Estaba seguro de que la taza que faltaba era la de la señorita Cynthia. Para afirmarme en mi creencia había otra razón, y es que en todas las tazas había azúcar, siendo así que la señorita Cynthia no lo toma con el café. Me llamó la atención lo que me dijo Annie de que había "sal" en la bandeja del chocolate que todas las noches subía al cuarto de la señora Inglethorp. Por consiguiente, tomé una muestra de chocolate y la mandé analizar.

—Pero ya lo había hecho el doctor Bauerstein —dijo prontamente Lawrence.

—Estrictamente hablando, no. Al analista se le pidió analizar el chocolate e informar sobre si había o no estricnina en él, pero no que examinara si había algún narcótico, que fue lo que yo le pedí.

—¿Narcótico?

—Sí. Aquí está el análisis. La señora Cavendish suministró un narcótico inofensivo, pero enérgico, tanto a la señora Inglethorp como a la señorita Cynthia. ¡Y por culpa de ello debió pasar un *mauvais quart d'heure*! ¡Imagínese cuál sería su estado de ánimo cuando su madre política se pone repentinamente enferma y se muere y al oír, casi inmediatamente después, la palabra «veneno»! Había creído que el narcótico era completamente inofensivo, pero después, durante unos momentos terribles, ha debido suponer que la muerte de la señora Inglethorp era culpa suya. Dominada por el pánico, corre escaleras abajo y esconde la taza y el plato usados por la señorita Cynthia en un gran jarrón de bronce, donde más tarde los descubrirá el señor Lawrence. No se atreve a tocar los restos del chocolate. Había demasiadas personas a su alrededor. ¡Imaginen ustedes qué alivio habrá sentido al oír hablar de estricnina y comprender que, después de todo, la tragedia no era obra suya!

»Así podemos explicarnos por qué los síntomas del envenenamiento tardaron tanto en hacer su aparición. Tomando un narcótico con la estricnina, la acción del veneno se retrasa unas horas.

Poirot hizo una pausa. Mary le miró. El color iba volviendo lentamente a su rostro.

—Todo lo que usted ha dicho es exacto, *monsieur* Poirot. Pasé el rato peor de mi vida. Nunca lo olvidaré. Pero es usted maravilloso. Ahora comprendo…

—¿Lo que quería darle a entender cuando le dije que podía confesarse con papá Poirot, eh? Pero usted no se confió en mí.

—Ahora lo veo todo —dijo Lawrence—. El narcótico del chocolate, tomado después del café envenenado, explica satisfactoriamente el retraso de los efectos.

—Exacto, pero ¿estaba o no estaba envenenado el café? Nos encontramos con una pequeña dificultad, ya que la señora Inglethorp no llegó a tomarlo.

—¿Qué?

El grito de sorpresa fue general.

—No. ¿Recuerdan que les hablé de una mancha en la alfombra del cuarto de la señora Inglethorp? La mancha presentaba ciertas particularidades. Estaba todavía húmeda y despedía un penetrante olor a café, y entre la lana de la alfombra encontré algunas pequeñas partículas de porcelana. Además, no hacía ni dos minutos había colocado mi carpeta sobre la mesa próxima a la ventana, y la mesa, tambaleándose, había hecho caer la carpeta en el sitio exacto de la mancha. Con todos estos datos vi claramente lo que había ocurrido. Del mismo modo, la señora Inglethorp, al entrar en su cuarto la noche anterior, había dejado la taza de café en la traidora mesa y ésta le había jugado la misma broma.

»Sobre lo que ocurrió después sólo puedo hacer conjeturas, pero creo que la señora Inglethorp recogió la taza rota y la puso sobre la mesa de noche. Como necesitaba un estimulante, cualquiera que fuese, calentó su chocolate y se lo tomó inmediatamente. Ahora nos enfrentamos con un nuevo problema. Sabemos que el chocolate no contenía estricnina. La señora Inglethorp no tomó el café. Sin embargo, la estricnina tuvo que ser ingerida aquella tarde, de siete a nueve. ¿De qué medio podía haberse valido el asesino? Había un tercer medio, y tan a propósito para disimular el gusto de la estricnina, que es extraordinario el que nadie haya pensado en ello. ¿Qué medio era éste? —Poirot dirigió una mirada a su alrededor y después se contestó a sí mismo con gesto teatral—: ¡Su medicina!

—¿Quiere usted decir que el asesino mezcló la estricnina con el tónico?

—No hubo necesidad de mezclar. El preparado contenía estricnina. La estricnina que mató a la señora Inglethorp fue la misma que recetó el doctor Wilkins. Para que lo entiendan mejor,

les leeré un extracto de un recetario que encontré en el dispensario del Hospital de la Cruz Roja en Tadminster. Es una receta famosa en los libros de texto —Poirot leyó la receta, a base de estricnina y bromuro de potasa, y luego continuó—: Y escuchen lo que dice el libro a continuación: «Esta solución precipita a las pocas horas la mayor parte de la sal de estricnina, en forma de un bromuro insoluble, en cristales transparentes. Una señora en Inglaterra perdió la vida tomando una mezcla similar: ¡la estricnina precipitada se acumuló en el fondo y con la última dosis la tomó casi toda!».

»Claro que en la receta del doctor Wilkins no había bromuro, pero recordarán que les hablé de una caja vacía de polvos de bromuro. Una pequeña cantidad de esos polvos, introducida en el frasco de la medicina precipitaría la estricnina, según dice el libro, acumulándola en la última dosis. Después verán ustedes que la persona que acostumbraba a darle a la señora Inglethorp su medicina ponía gran cuidado en no agitar la botella para no mover el sedimento del fondo.

»A lo largo del caso hemos tenido pruebas de que la tragedia se había proyectado para la noche del lunes. Aquel día, el alambre de la campanilla de la señora Inglethorp había sido cortado y la señorita Cynthia pasaba la noche con unos amigos, de modo que la señora Inglethorp hubiera estado completamente sola en el ala derecha, sin poder recibir auxilio de ninguna clase y hubiera muerto con toda seguridad, antes de poder avisar a un médico. Pero en sus prisas por llegar a tiempo a la función del pueblo, la señora Inglethorp olvidó tomar la medicina, y al día siguiente almorzó fuera de casa, de modo que la dosis última y fatal tomada, en realidad, veinticuatro horas más tarde de lo que había previsto el asesino; y gracias a este retraso está ahora en mis manos la prueba final, el último eslabón de la cadena.

En medio de enorme expectación, Poirot mostró tres tiras delgadas de papel.

—¡Una carta escrita de puño y letra del asesino, amigos míos! Si hubiera estado redactada con más claridad quizá la señora Inglethorp, advertida a tiempo, hubiera podido salvarse. Así, se dio cuenta del peligro que corría, pero no supo el modo como el crimen había sido planeado.

En medio de un silencio mortal, Poirot unió los trozos de papel y, aclarándose la garganta, leyó:

Queridísima Evelyn:

Todo va bien, pero en vez de esta noche será mañana. Ya me entiendes. Nos esperan muy buenos tiempos cuando la vieja haya muerto y no nos estorbe. Nadie podrá atribuirme el crimen. ¡Tu idea del bromuro ha sido un golpe genial! Pero tenemos que andar con cuidado. Un paso en falso…

—La carta, amigos míos, quedó sin concluir. Sin duda, el asesino fue interrumpido; pero su identidad es evidente. Todos conocemos su letra y…

Un grito que casi era un alarido rompió el silencio.

Una silla rodó por el suelo. Poirot, de un salto ágil, se hizo a un lado y con rápido movimiento desarmó a su atacante, que cayó al suelo estrepitosamente.

—Señoras y caballeros —dijo Poirot, haciendo una reverencia—, ¡les presento al asesino, el señor Alfred Inglethorp!

CAPÍTULO XIII

POIROT SE EXPLICA

—¡Poirot, viejo zorro! —dije—. ¡Casi me dan ganas de estrangularle! ¿Qué pretendía usted al engañarme como lo ha hecho?

Estábamos sentados en la biblioteca, después de unos días de febril excitación. En la habitación de abajo, John y Mary estaban juntos de nuevo, mientras Alfred Inglethorp y la señorita Howard habían sido arrestados. Al fin tenía a Poirot para mí solo y podría satisfacer mi curiosidad, todavía candente.

Poirot no me contestó enseguida, pero finalmente dijo:

—Yo no le engañé, amigo mío. Lo más que hice fue dejar que se engañara usted mismo.

—Bueno, pero ¿por qué?

—Es difícil de explicar. Usted, amigo mío, es de una naturaleza tan honrada, tan sumamente transparente, que… *en fin*, ¡le es imposible ocultar sus sentimientos! Si le hubiera dicho lo que pensaba, en la primera ocasión en que hubiera usted visto al señor Inglethorp, el astuto caballero habría «olido la rata», como dicen ustedes muy expresivamente. Y entonces, ¡adiós a nuestras probabilidades de cogerlo!

—Creo que soy más diplomático de lo que usted supone.

—Amigo mío —suplicó Poirot—, ¡no se enfade, se lo ruego! Su ayuda me ha sido valiosísima. Lo que me detuvo fue su modo de ser, tan extraordinariamente hermoso.

—Bueno —rezongué, apaciguándome un poco—. Pero sigo creyendo que debió haberme insinuado algo.

—Si eso es lo que he hecho, amigo mío. Lo hice varias insinuaciones, pero usted no las entendió. Piense un poco, ¿le he

dicho alguna vez que creyera culpable a John Cavendish? ¿No le dije, por el contrario, que era casi seguro que lo absolverían?

—Sí, pero…

—¿Y no hablé inmediatamente después de la dificultad de entregar al asesino a la justicia? ¿No estaba claro que hablaba de dos personas distintas?

—No —dije—, para mí no estaba claro.

—Y además —continuó Poirot—, al principio, ¿no le repetí varias veces que no quería que el señor Inglethorp fuera arrestado entonces? Esto debía haberle dicho algo a usted.

—¿Quiere decir que ya sospechaba de él entonces?

—Sí; para empezar, aunque hubiera otras personas beneficiadas con la muerte de la señora Inglethorp, ninguna como su marido. Esto era indiscutible. Cuando fui a Styles con usted por primera vez no tenía idea de cómo se había cometido el crimen, pero por lo que sabía del señor Inglethorp comprendí que sería muy difícil encontrar algo que lo relacionara con él. Cuando llegué a la casa me di cuenta inmediatamente de que había sido la señora Inglethorp la que había quemado el testamento; y en eso, amigo mío, no puede usted quejarse, porque he hecho todo lo posible por hacerle comprender el significado de aquel fuego en medio del verano.

—Sí, sí —dije con insistencia—. Continúe.

—Bien, amigo mío, como le iba diciendo, mi opinión sobre la culpabilidad de Inglethorp se hizo mucho más débil. En realidad, había tantas pruebas en contra de él que me sentí inclinado a creer en su inocencia.

—¿Cuándo cambió de opinión?

—Cuando vi que cuantos más esfuerzos hacía yo para salvarle, más hacía él para ser arrestado. Y cuando descubrí que Inglethorp no tenía nada que ver con la señora Raikes, sino que era John Cavendish el que tenía relaciones amorosas con ella, tuve la completa seguridad.

—¿Pero por qué?

—Muy sencillo. Si hubiera sido Inglethorp el que estaba interesado por la señora Raikes, su silencio sería comprensible. Pero cuando descubrí que todo el pueblo sabía que era John el que se sentía atraído por la linda esposa del granjero, tuve que interpretar su silencio de modo completamente distinto. Era estúpido pretender

que tenía miedo al escándalo, pues no podía relacionársele con ningún escándalo. Esa actitud suya me hizo devanarme los sesos y, lentamente, llegué a la conclusión de que Alfred Inglethorp debía ser arrestado. *Eh bien!*, desde aquel mismo momento yo deseé igualmente que no fuera arrestado.

—Un momento. No veo por qué quería ser arrestado.

—Porque, amigo mío, según la ley de su país, un hombre que ha sido absuelto no puede volver a ser juzgado por el mismo delito. ¡Ajá! ¡Era una idea magnífica! Desde luego, es un hombre de método. Fíjese, sabía que era seguro que se sospecharía de él y concibió la idea, extraordinariamente inteligente, de preparar un montón de pruebas en contra de sí mismo. Quería que se sospechara de él. Quería ser arrestado. Entonces presentaría su perfecta coartada y ¡libre para toda la vida!

—Pero todavía no veo como pudo probar su coartada y estar en la farmacia.

Poirot me miró sorprendido.

—¿Es posible? ¡Pobre amigo mío! ¿No sabía usted que fue la señorita Howard la que compró estricnina en la farmacia?

—¿La señorita Howard?

—¡Pues claro! ¿Quién si no? Para ella fue facilísimo. Tiene buena estatura, su voz es profunda y varonil; además, recuérdelo, ella e Inglethorp son primos y hay un parecido innegable entre los dos, especialmente en su modo de andar y en sus movimientos. Era sencillísimo. ¡Son una pareja inteligente!

—Todavía no veo muy claro cómo fue hecho lo del bromuro.

—Bien. Reconstruiré el caso hasta donde sea posible. Me inclino a pensar que la señorita Howard era la mente directora de este asunto. ¿Recuerda usted que mencionó un día el hecho de que su padre había sido médico? Es muy posible que le preparara las medicinas, o puede habérsele ocurrido la idea leyendo alguno de los muchos libros que la señorita Cynthia dejaba por todas partes cuando estaba preparando su examen. Como quiera que sea, sabía perfectamente que añadiendo bromuro a una mezcla que contuviera estricnina se precipitaría esta última. Probablemente, la idea se le ocurrió de pronto. La señora Inglethorp tenía una caja de polvos de bromuro que tomaba por las noches, de cuando en cuando. Nada más fácil que disolver una pequeña cantidad de estos polvos en el

frasco de la medicina de la señora Inglethorp cuando la envió la farmacia de Coots. El riesgo era prácticamente nulo. La tragedia no tendría lugar hasta unos quince días más tarde. Si alguien hubiera visto a cualquiera de los dos manipulando la medicina lo habrían olvidado para entonces. La señorita Howard habría ya provocado la pelea y abandonado la casa. El tiempo transcurrido y su ausencia hubieran evitado cualquier sospecha. ¡Sí, era una idea muy hábil! Si lo hubieran dejado así, posiblemente nunca se les hubiera atribuido el crimen. Pero no se conformaron con eso. Quisieron ser demasiado hábiles y esto les perdió.

Poirot aspiró el humo de su diminuto cigarrillo.

—Prepararon un plan para hacer recaer las sospechas sobre John Cavendish, comprando estricnina en la farmacia del pueblo y firmando en el libro con su letra. El lunes, la señora Inglethorp tomaría la última dosis de su medicina. Por tanto, el lunes, a las seis de la tarde, Alfred Inglethorp se las arregla para ser visto por varias personas en un lugar alejado del pueblo. La señorita Howard inventó una historia fantástica acerca de él y de la señorita Raikes, para explicar el silencio que posteriormente había de guardar Inglethorp. A las seis, la señorita Howard, haciéndose pasar por el señor Inglethorp, entra en la farmacia, cuenta la historia del perro, obtiene la estricnina y firma el nombre de Alfred Inglethorp con la letra de John que previamente había estudiado con todo cuidado. Pero como todo el plan fallaría si John podía presentar una coartada, le escribe una nota anónima, siempre copiando su letra, en la que le cita en un lugar muy apartado, donde era sumamente improbable que nadie pudiera verle. Hasta aquí todo va bien. La señorita Howard vuelve a Midlingham. Alfred Inglethorp vuelve a Styles. Nada puede comprometerle, ya que es la señorita Howard quien tiene la estricnina, que, por otra parte, sólo se utilizará para hacer recaer las sospechas sobre John Cavendish. La señora Inglethorp no toma la medicina aquella noche. La campanilla estropeada, la ausencia de Cynthia, preparada por Inglethorp a través de su esposa, todo en vano. Y ahora es cuando él comete su equivocación. La señora Inglethorp está ausente y su marido se sienta a escribir a su cómplice, a la que supone presa de pánico por el fracaso del plan. Es posible que la señora Inglethorp regresara antes de lo que él esperaba. Al ser sorprendido, Inglethorp cierra

con llave su buró, un poco aturullado. Teme que si sigue en el cuarto tenga que abrir de nuevo el mueble y que la señora Inglethorp pueda ver la carta antes de que él la retire. De modo que se marcha a pasear por los bosques, sin sospechar que la señora Inglethorp abriría el buró y descubriría el documento acusador. Pero esto, como sabemos, es lo que ocurrió. La señora Inglethorp lee la carta y se entera de la perfidia de su esposo y de Evelyn Howard, aunque, por desgracia, la frase sobre el bromuro no le dice nada. Sabe que está en peligro, pero no sabe por dónde viene. Decide no decir nada a su esposo pero le escribe a su abogado, pidiéndole que vaya a verla a la mañana siguiente, y también determina destruir el testamento que acaba de hacer. La señora Inglethorp guarda la carta fatal.

—Entonces, ¿fue para encontrar la carta por lo que su marido forzó la cerradura de la caja de documentos?

—Sí, y por el tremendo riesgo que corrió vemos que se daba perfecta cuenta de su importancia. Con excepción de aquella carta no había nada que lo relacionara con el crimen.

—Hay una cosa que no comprendo: ¿por qué no la destruyó enseguida que la tuvo en su poder?

—Porque no se atrevió a correr el mayor riesgo de todos: conservarla en su persona.

—No comprendo.

—Considérelo desde su punto de vista. He descubierto que sólo tuvo cinco minutos durante los cuales pudo coger la carta; los cinco minutos inmediatamente anteriores a nuestra llegada a la escena, porque antes, Annie estaba barriendo las escaleras, y hubiera visto a cualquiera que se dirigiera al ala derecha. ¡Figúrese usted la escena! Entra en la habitación, abriendo la puerta con otra de las llaves, todas eran muy parecidas. Se precipita sobre la caja morada; está cerrada y no encuentra las llaves. Es un golpe terrible para él, porque no puede ocultarse su presencia en el cuarto, como esperaba. Pero comprende que hay que jugarse el todo por el todo con tal de conseguir la maldita prueba. Rápidamente fuerza la cerradura con un cortaplumas y revuelve en los papeles hasta encontrar el que busca. Pero ahora se presenta un nuevo problema: no se atreve a guardar consigo el papel. Puede ser visto al dejar la habitación, puede que le registren. Si le encuentran el papel encima

su perdición es segura. Probablemente, en este momento, oye al señor Wells y a John que salen del *boudoir*. Tiene que actuar rápidamente. ¿Dónde podría esconder ese terrible papel? El contenido del cesto de los papeles es conservado y, de todos modos, lo examinarán. No hay medio de destruirlo y no se atreve a llevarlo encima. Echa una mirada a su alrededor y ve…, ¿qué cree usted que ve, amigo mío?

Moví la cabeza negativamente.

—En un momento rompió la carta en tres tiras largas y las enrolló en la forma en se enrollan las mechas, metiéndolas apresuradamente entre las otras mechas en el recipiente para ellas colocado en la repisa.

Lancé una exclamación.

—A nadie se le hubiera ocurrido mirar allí —continuó Poirot— y podía haber vuelto sin prisas a destruir esta única prueba que existía contra él.

—Entonces, ¿estuvo todo el tiempo en el recipiente de las mechas del cuarto de la señora Inglethorp, delante de nuestras narices? —exclamé.

Poirot asintió.

—Sí, amigo mío. Éste fue mi «último eslabón» y a usted le debo el afortunado descubrimiento.

—¿A mí?

—Sí. ¿Recuerda que me dijo que mis manos temblaban mientras ordenaba los objetos de la repisa?

—Sí, pero no veo…

—No, pero yo vi. Porque recordé que aquella misma mañana, más temprano, cuando estuvimos juntos en la habitación, había colocado ordenadamente los objetos de la repisa. Y habiendo sido ordenados no habría sido necesario ordenarlos nuevamente, a no ser que alguien los hubiese tocado.

—¡Válgame Dios! —exclamé—. ¡De modo que ésa es la explicación de su extraña actitud! ¿Fue usted corriendo a Styles y todavía estaban allí, en el mismo sitio?

—Sí, y fue una carrera contra reloj.

—Pero todavía no comprendo cómo Inglethorp fue tan estúpido como para dejar allí la carta, teniendo tantas oportunidades de destruirla.

—¡Ah, pero es que no tuvo oportunidad! De eso me encargué yo.

—¿Usted?

—Sí. ¿Recuerda que me censuró usted por haberme confiado a toda la servidumbre a ese respecto?

—Sí.

—Bien, amigo mío, sólo había una oportunidad. Yo no estaba seguro entonces de si Inglethorp era el criminal o no; pero si lo era no podía llevar el papel encima, sino que lo habría escondido en alguna parte, y, asegurándome la simpatía de la servidumbre, pude prevenir su destrucción. Inglethorp era ya sospechoso, y dando publicidad al asunto conseguí la ayuda de unos diez detectives aficionados, que le vigilarían sin cesar. Inglethorp, por su parte, sabiéndose observado, no se atrevía a ir en busca del documento para destruirlo. De este modo, tuvo que abandonar la casa dejando la carta en el recipiente de las mechas.

—Pero la señorita Howard tendría la oportunidad de ayudarle.

—Sí, pero la señorita Howard no conocía la existencia del papel. De acuerdo con el plan preparado de antemano, no le dirigiría la palabra a Alfred Inglethorp. Se les suponía enemigos irreconciliables, y hasta que se sintieron seguros con la detención de John no se arriesgaron a celebrar una entrevista. Naturalmente, yo vigilaba al señor Inglethorp, esperando que tarde o temprano acabaría conduciéndome al lugar del escondite. Pero fue demasiado hábil para arriesgarse. El papel estaba seguro donde estaba. No habiéndosele ocurrido a nadie mirar allí en la primera semana, no era probable que lo hiciera después. A no ser por su afortunada observación quizá nunca hubiéramos podido entregarlo a la Justicia.

—Ahora lo entiendo. Pero ¿cuándo empezó usted a sospechar de la señorita Howard?

—Cuando descubrí que había mentido en la encuesta, al hablar de la carta que recibió de la señora Inglethorp.

—¿Qué mentira había en ello?

—¿Ha visto usted la carta? ¿Recuerda usted su aspecto?

—Sí, más o menos.

—Recordará usted entonces que la señora Inglethorp tenía una escritura muy característica y que dejaba amplios espacios entre las palabras. Pero mirando la fecha de la carta se ve que el «17 de

julio» es completamente distinto. ¿Comprende lo que quiero decir?

—No, no comprendo —confesé.

—¿No ve usted que la carta no fue escrita el diecisiete de julio, sino el siete, el día siguiente de la marcha de la señorita Howard? El «uno» fue puesto delante del «siete» para convertirlo en «diecisiete».

—Pero ¿por qué?

—Eso es precisamente lo que yo me pregunto. ¿Por qué la señorita Howard suprime la carta escrita el diecisiete y muestra esta otra? Porque no quiere enseñar la del diecisiete. Pero ¿por qué? Y entonces empecé a sospechar. Recordará que le dije que es conveniente desconfiar de quienes no dicen la verdad.

—¡Y, sin embargo —exclamé con indignación—, después de eso me dio usted dos razones por las que la señorita Howard no podía haber cometido el crimen!

—Y razones de peso —replicó Poirot—. Como que durante mucho tiempo me indujeron a error, hasta que recordé un hecho muy significativo: que ella y Alfred Inglethorp eran primos. Ella no podía haber cometido el crimen por sí sola, pero no había razón que le impidiera ser cómplice. ¡Y además, aquel odio suyo, tan apasionado! Ocultaba un sentimiento muy diferente. No cabe duda de que les unía un lazo de pasión mucho antes de que él se presentara en Styles. Habían organizado ya su infame complot. Él se casaría con aquella señora rica, pero de poca cabeza; la induciría a hacer un testamento dejándole a él el dinero y alcanzarían sus fines por medio de un asesinato planeado con gran habilidad. Si todo hubiera salido como suponían, seguramente a estas horas habrían dejado Inglaterra y vivirían juntos con el dinero de su pobre víctima. Son una pareja muy astuta y sin escrúpulos de ninguna clase. Mientras las sospechas se dirigían hacia él, ella pudo hacer tranquilamente toda clase de preparativos para un *dénouement* completamente diferente. Llega de Midlingham con todas las cosas comprometedoras en su poder. Nadie sospecha de ella. Nadie se fija en sus idas y venidas por la casa. Esconde la estricnina y las gafas en el cuarto de John. Guarda la barba en el desván. Ya se encargará ella de que, más tarde o temprano, sean descubiertos.

—No comprendo por qué trataron de hacer recaer la culpa sobre John —observé—. Hubiera sido mucho más fácil atribuir el crimen a Lawrence.

—Sí, pero eso fue pura casualidad. Todas las pruebas contra Lawrence surgieron accidentalmente. En realidad, esto debe haber molestado bastante a los dos cómplices.

—Lawrence estuvo afortunado —observé, pensativo.

—Sí. Naturalmente, ya se habrá dado usted cuenta de lo que había tras todo ello.

—No.

—¿No comprendió usted que creía a la señorita Cynthia culpable del crimen?

—¡No! —exclamé, atónito—. ¡Imposible!

—En absoluto. Yo mismo tuve la misma idea. La tenía en la cabeza cuando le hice al señor Wells aquella pregunta sobre el testamento. Estaban, además, los polvos de bromuro que ella había preparado y lo bien que interpretaba los papeles masculinos, según nos contó Dorcas. Realmente era la más comprometida de todos.

—¡Poirot, usted bromea!

—No. ¿Quiere que le diga por qué Lawrence se puso tan pálido cuando entró por primera vez en la habitación de su madre la noche fatal? Porque mientras su madre yacía en su cama, evidentemente envenenada, vio que la puerta de la habitación de Cynthia tenía el cerrojo descorrido.

—¡Pero si declaró que estaba corrido! —exclamé.

—Exacto —dijo Poirot jocosamente—. Y fue precisamente eso lo que me confirmó en mi idea de que estaba descorrido. Estaba escudando a la señorita Cynthia.

—Pero ¿por qué tenía que escudarla?

—Porque estaba enamorado de ella.

Me reí.

—¡En eso sí que está usted equivocado, Poirot! Precisamente he tenido ocasión de enterarme de que no sólo no está enamorado de ella, sino que hasta la tenía antipatía.

—¿Quién le ha dicho a usted eso, amigo mío?

—La propia Cynthia.

—¡Pobre muchacha! ¿Y estaba disgustada?

—Dijo que no le importaba en absoluto.

—Entonces es seguro que le importa mucho —observó Poirot—. ¡Son así las mujeres!

—Es una sorpresa para mí lo que dice usted de Lawrence —dije.

—¿Por qué? Está clarísimo. ¿No ponía Lawrence cara de pocos amigos cada vez que Cynthia hablaba y reía con su hermano? Se le había metido en su cabeza alargada la idea de que Cynthia estaba enamorada de John. Cuando entró en la habitación de su madre y la vio en aquel estado, sacó la conclusión de que Cynthia sabía algo de aquel asunto. Desesperado, trituró la taza de café con el pie, recordando que ella había subido con su madre la noche anterior, y decidió evitar que el contenido de la taza pudiera ser analizado. Desde entonces se esforzó en sostener la teoría de la «muerte natural», inútilmente, como sabemos.

—¿Y qué me dice de la taza de café perdida?

—Estaba bastante seguro de que la había escondido la señora Cavendish, pero necesitaba la seguridad absoluta. Lawrence no supo lo que yo quería decir, pero reflexionando llegó a la conclusión de que encontrando la taza perdida la dama de sus pensamientos quedaría libre de sospechas. Y tenía razón.

—Otra cosa. ¿Qué quiso decir la señora Inglethorp con sus últimas palabras?

—Eran, naturalmente, una acusación contra su marido.

—¡Vaya, Poirot; creo que lo ha explicado usted todo! —dije con un suspiro—. Me alegro de que todo haya terminado tan felizmente. Hasta John y su mujer se han reconciliado.

—Gracias a mí.

—¿Cómo gracias a usted?

—Querido amigo, ¿se da usted cuenta de que lo único que los ha reunido de nuevo ha sido el proceso? Estaba convencido de que John Cavendish seguía queriendo a su mujer y que ella estaba igualmente enamorada de él. Pero habían llegado a distanciarse mucho. Todo partía de un malentendido. Ella se casó con él sin quererle y él lo sabía. John es un hombre sensible a su manera; no quiso imponerle su amor si ella no lo deseaba. Y al retirarse él se despertó el amor de su esposa. Pero los dos son extraordinariamente orgullosos y su orgullo los mantuvo separados. Él se metió en un lío con la señora Raikes y ella cultivó a propio intento la amistad del doctor Bauerstein. ¿Recuerda usted el día en que John Cavendish fue detenido, que me encontró usted deliberando sobre una decisión muy importante?

—Sí, y comprendí perfectamente su pesar.

—Perdón, amigo mío, pero no lo comprendió usted en absoluto. Estaba dudando entre justificar o no inmediatamente a John Cavendish. Pude evitar que lo detuvieran, aunque posiblemente eso hubiera significado la imposibilidad de coger a los verdaderos culpables. Hasta el último momento los asesinos no tuvieron la menor idea de mis intenciones, y a ello, en parte, debo mi éxito.

—¿De modo que pudo evitar el que John fuera procesado?

—Sí, amigo mío. Pero por último me decidí por «la felicidad de una mujer». Sólo el gran peligro por él que pasaron pudo reunir de nuevo a esas dos almas orgullosas.

Me quedé mirando a Poirot, mudo de asombro. ¡Qué maravillosa desfachatez la del hombrecillo! ¿Quién, sino Poirot, hubiera utilizado un proceso por asesinato como medio para salvar la felicidad de un matrimonio?

—Puedo leer sus pensamientos, amigo mío —dijo Poirot sonriéndome—. ¡Sólo Hércules Poirot se hubiera atrevido a semejante cosa! Y hace usted mal en condenar mi actitud. La felicidad de un hombre y una mujer es lo más importante del mundo.

Sus palabras trajeron a mi memoria acontecimientos ya pasados. Recordé a Mary echada en el sofá, pálida, agotada y escuchando, escuchando. Desde el piso de abajo había llegado el sonido de una campana. Mary se había levantado de un salto. Poirot había abierto la puerta y contestado afablemente a la pregunta de sus ojos agonizantes: «Sí, señora —dijo—, se lo traigo». Se había apartado a un lado, y yo, saliendo de la habitación, sorprendía la expresión de Mary cuando su marido la estrechaba entre sus brazos.

—Puede que tenga usted razón —dije afablemente—. Sí, es lo más importante del mundo.

En aquel momento llamaron a la puerta y Cynthia asomó la cabeza.

—Yo… yo… sólo…

—Pase —dije, levantándome de un salto.

Entró, pero no quiso sentarse.

—Yo… sólo quería decirles una cosa…

—¿Qué cosa?

Cynthia jugó nerviosamente durante unos segundos con una borla que adornaba su vestido y súbitamente, exclamando: «¡Cuánto

les quiero!», me besó a mí primero, después a Poirot y se precipitó fuera de su cuarto.

—¿Qué quiere decir todo esto? —pregunté, sorprendido.

Había sido muy agradable ser besado por Cynthia, pero la publicidad casi estropeó el placer de aquel beso.

—Quiere decir que ha descubierto que no le resulta Lawrence tan desagradable como pensaba —replicó Poirot filosóficamente.

—Pero…

—Aquí viene él.

Lawrence pasaba en aquel momento por delante de la puerta.

—¡Eh, señor Lawrence! —llamó Poirot—. Tenemos que darle la enhorabuena, ¿no es así?

Lawrence enrojeció y sonrió con torpeza. Un hombre enamorado es un espectáculo lamentable. Cynthia, en cambio, había sido encantadora.

Suspiré.

—¿Qué pasa, amigo mío?

—Nada —dije tristemente—. ¡Son encantadoras las dos!

—Y ninguna de las dos es para usted, ¿no es eso? —terminó Poirot—. No importa. Consuélese, amigo mío. Puede que volvamos a trabajar juntos, ¿quién sabe?, y entonces…

FIN

AGATHA CHRISTIE, escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable La señorita Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La ratonera* ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23 000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio

que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos*, *Asesinato en el Orient Express*, *Tres ratones ciegos*, *Muerte en el Nilo*, *El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de Misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.

Notas

[1] Hemos pretendido conservar el original porque, como se verá más tarde, en castellano se perdería el sentido. El significado de *possessed* es: «*Estoy seguro de mi mismo o en plena posesión de mis facultades*». *(N. del T.)*. < <

[2] La ortografía inglesa es infinitamente más complicada que la española. Así se explican las dudas de la señora Inglethorp. *(N. de la T.)*. <<

[3] Un grano: 0,6 gramos. *(N. de la T.)*. <<

[4] Alusión a un cuento infantil, uno de esos cuentos con una sola frase a la que se añade cada vez una palabra más, llegando a resultar interminable. *(N. de la T.)*. < <